ORIGENES DEL HOMBRE

Roma y Bizancio (II)

68

folio

Roma y Bizancio (II)

ORIGENES DEL HOMBRE

Roma y Bizancio (II)

folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autores: Clive Foss y Paul Magdalino
Asesores: Sir John Boardman, Basil Gray y David Oates

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño cubierta: STV Disseny
Traducción: Immaculada López Casado

Publicado por:
Ediciones Folio, S. A.
Muntaner, 371-373
08021 Barcelona

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A., (29-1-1996)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-413-0136-0 (volumen II)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-16734-94
Printed in Spain

Contenido

VOLUMEN II

Capítulo cuarto
La era de Bizancio 87

Las defensas del Imperio 107

Capítulo quinto
La Iglesia y las artes 115

Evolución de la iglesia bizantina 132

Capítulo sexto
Los logros bizantinos 141

Glosario 151

Capítulo cuarto: La era de Bizancio



Las Edades bárbaras o Edades oscuras, años 641 a 842 d. C. Las invasiones persas de principios del siglo VII inauguraron un período de la historia bizantina que podría denominarse con acierto las Edades bárbaras o Edades oscuras. Durante este período el imperio estuvo bajo los constantes ataques de los árabes, que convirtieron el Asia Menor en un perpetuo campo de batalla y en dos ocasiones amenazaron incluso Constantinopla. También los vecinos del norte hicieron sus incursiones hasta las puertas de la capital. La sociedad se hallaba en un estado continuo de alerta militar. La civilización urbana prácticamente dejó de existir fuera de Constantinopla y de Tesalónica. Incluso allí, la cultura que perduraba era puesta al servicio de las controversias religiosas, consecuentes con la multitud de desastres externos. Como resultado, el conocimiento que tenemos de lo que ocurría en Bizancio en aquellos tiempos cruciales, proviene de crónicas monásticas esquemáticas y partidistas, complementado por vidas de santos, monedas, algunos documentos e inscripciones y la importante evidencia arqueológica.

La capacidad del Imperio Romano Oriental para capear el temporal fue debida, en buena parte, a los esfuerzos de Heraclio y de sus descendientes que gobernaron el imperio durante casi un siglo y que formaron la primera dinastía bizantina auténtica. Los heraclianos tenían tendencia a ser autocráticos e intransigentes, lo que les llevó a cometer errores graves. Así, Heraclio y su nieto, Constante II (641-668), se hicieron detestar tratando de imponer una doctrina teológica semejante a la herejía monofisita. La idea de Constante de trasladar el gobierno a Siracusa era perjudicial ante la moral pública. Su hijo, Constantino IV (668-685), mediante una expedición irreflexiva (680), permitió que los búlgaros, una tribu turca que había aparecido en la frontera del norte, dominasen a los eslavos al sur del Danubio, constituyendo, de esta manera, una amenaza permanente para la seguridad imperial en los Balcanes. El hijo de Constantino, Justiniano II, gobernó con una tiranía desenfrenada, lo que le condujo a diez años de exilio (695-705) y a un final violento en el año 711, una época en que el estado necesitaba desesperadamente presentar un frente unido ante los árabes. Sin embargo, los descendientes de Heraclio realmente evitaron que los árabes se apoderasen del Asia Menor y que adquiriesen una preponderancia decisiva en el mar: en la década de los años 670, las fuerzas bizantinas impidieron con tanto éxito el prolongado intento de tomar Constantinopla desde bases del Asia Menor,



Representación iconólatra de la iconoclastia. Arriba: el patriarca Nicéforo y el líder del partido monástico, Teodoro el Estudita, sostienen una imagen de Cristo. Abajo, izquierda, Teodoro discute con un patriarca iconoclasta, en presencia de un emperador también iconoclasta. Derecha: obispos iconoclastas alancean una imagen de Cristo. Biblioteca Británica, Add.MS 19352.

que el dirigente árabe Muawiya, antiguo gobernador y entonces califa de Damasco, accedió a rendir tributo a Constantino IV. La victoria más duradera y fundamental de los heraclianos fue transformar Bizancio en una sociedad dispuesta para la guerra. Se dividió el imperio en cierto número de zonas militares llamadas *temas*, en las cuales el oficial al mando era también el administrador civil. El sistema de *temas* fue ampliado y modificado por gobernantes posteriores, pero en lo esencial perduró hasta finales del siglo XI. Después de que una serie de emperadores efímeros sucediesen a Justiniano II, el general León III subió al trono en el año 717, justamente cuatro meses antes de que los árabes lanzasen su ataque, una operación a gran escala por tierra y mar. De nuevo se utilizó con buen resultado el «fuego griego», pero en último término los árabes fueron derrotados, si bien por factores ajenos al control bizantino: el invierno excepcionalmente crudo de 717-718, el agotamien-

Página anterior: El emperador Constantino IV concede privilegios al arzobispo de Ravena, con sus hermanos Heraclio y Tiberio de pie junto a él y, en el extremo izquierdo, su hijo Justiniano II. San Apolinar in Classe, Ravena; mosaico del muro norte del ábside.

to de los graneros y almacenes árabes, un ataque búlgaro que mató a 20.000 sitiadores y una tormenta que destruyó la mayor parte de su flota mientras se retiraba. Las fuerzas de tierra del califa retrocedieron en bastante buen orden y pronto volvieron a la ofensiva en Asia Menor. No fue hasta que León y su hijo Constantino consiguieron una victoria decisiva en el año 739, que esta ofensiva fue seriamente rechazada. Sin embargo, había fracasado el intento de los árabes de dominar Europa y, como para simbolizar este fracaso, el califato Omeya de Damasco se colapsó a mediados del siglo VIII. El nuevo califato Abasida de Bagdad estaba más alejado de Bizancio y más dispuesto a aceptar la coexistencia con el imperio cristiano. Los bizantinos todavía debían sufrir algunas de sus peores humillaciones a manos de los árabes, pero éstas no se produjeron como consecuencia de un avance sistemático sobre Constantinopla.

Iconoclastia y cisma. Los reinados de León III (717-741), Constantino V (741-775) y León IV (775-780), constituyen la segunda gran sucesión dinástica de Bizancio. León III y Constantino V, se encuentran entre los emperadores bizantinos más capaces. Constantino protagonizó hazañas contra el reino búlgaro no menos valiosas para la seguridad del estado que las de su padre contra los árabes. León III se creó un nombre como legislador publicando el *Ecloga*, un código legal que tomaba como punto de partida algunos aspectos destacados del de Justiniano, pero que estaba destinado a ser, primordialmente, un sustituto práctico de los manuales anteriores. Sin embargo, a pesar de todo su talento, estos dos emperadores fueron execrados en el recuerdo bizantino posterior por sus intentos de abolir la veneración de los iconos, representaciones pintadas de Cristo y de los santos. En los años 726-727, León pronunció arengas contra la devoción a los iconos, e hizo que bajasen una imagen de Cristo que se hallaba sobre la Puerta de Bronce, al palacio imperial. Este incidente provocó disturbios en la capital, pero no pudieron disuadir a León de publicar un edicto ordenando destruir todos los iconos (730). A su muerte siguió una fuerte oposición cuando su yerno Artavasdes utilizó el apoyo de los iconólatras (o sea, partidarios de la adoración de las imágenes), para ser proclamado emperador en Constantinopla. Constantino V derrotó a Artavasdes en el año 743. Durante el resto de su reinado impuso la iconoclastia con un celo que superaba con mucho el de León. En el año 754, convocó un concilio iconoclasta en Hieria, cerca de Constantinopla. Después de ello, se difundió la destrucción de iconos, junto con una cruel persecución de monjes, que valió a Constantino el nombre de Copronimo: «llamado excremento».

Los papas se opusieron a la política iconoclasta de León y Constantino y contribuyeron a la separación de la antigua y de la nueva Roma. En el año 751 Ravena, que durante tres siglos había sido el centro del exarcado bizantino, cayó frente a los lombardos, y con ella todo lo que quedaba del poder bizantino en el norte y centro de Italia. Poco después, el emperador traspasó las provincias eclesiásticas de Sicilia, Calabria e Iliricum, en los Balcanes, de la jurisdicción de Roma a la de Constantinopla.

El hijo de Constantino, León IV, fue un iconoclasta más moderado que su padre. Tenía una esposa fanáticamente iconólatra, Irene, que después de su prematuro fallecimiento en el año 780, asumió la regencia de su hijo, pequeño entonces, Constantino VI. En el año 784 Irene se aseguró la elección de un patriarca iconólatra, Tarasios, y en el año 787 se encontraron en Nicea delegados de todo el mundo cristiano para celebrar un concilio que reinstaurase los iconos como objetos de intercesión divina. Sin embargo, durante largo tiempo continuaron impenitentes muchos agentes de Constantino V. El joven Constantino VI, irritado bajo la tutela de su madre, conspiró con ellos para destituirla y, aunque volvió pronto, él gobernó durante cierto tiempo como codirigente. Pero perdió el apoyo de todos al mutilar cruelmente a miembros de su familia, volverse contra sus seguidores iconoclastas y formar una relación bígama. En el año 797, Irene hizo cegar a su hijo. Durante cinco años reinó como única emperatriz. Sin embargo, no consiguió mejorar la situación exterior, que había ido empeorando desde la muerte de Constantino V, a lo que ella contribuyó rebajando los impuestos para ganar popularidad. Bizancio tuvo la desgracia de ser dirigido por su inepto gobierno de eunucos en un momento en que Italia cayó bajo el dominio de Carlomagno, rey de los francos, y el papa León III demostró su gratitud a este nuevo protector coronándolo emperador en Roma el día de Navidad del año 800, desafiando con ello la pretensión bizantina de ostentar la soberanía cristiana universal. En el año 802, una rebelión palaciega desterró a Irene de Constantinopla y nombró emperador a un oficial del tesoro, Nicéforo I.

Nicéforo decidió adoptar medidas impositivas, y hacer reformas administrativas y traslados de población, que restablecieron en gran medida la fortaleza del imperio, pero que le hicieron impopular con los monjes, cuyo odio lo expresó muy bien el cronista contemporáneo, Teófanes. Quizás la victoria más notable de su reinado fue el inicio de una política expansionista en la Grecia continental. Durante dos siglos la hegemonía bizantina había estado limitada a unas cuantas ciudades costeras fortificadas pero parece que entonces se hizo un intento sistemático por someter y cristianizar a los eslavos del interior.

En sus otras relaciones exteriores Nicéforo fue menos afortunado. Dejó sin resolver la cuestión del título de Carlomagno. La muerte, en el año 809 del gran califa abasida Harun-al-Rashid, le permitió un cierto respiro en la frontera del este. Pero en los Balcanes se enfrentó, a partir del año 805, con el dirigente búlgaro más formidable que nunca se había lanzado contra Bizancio: Krum. En el año 809, Krum capturó el importante puesto avanzado bizantino de Serdica (la actual Sofía). En el año 811, las incursiones eran tan intolerables que Nicéforo encabezó una enorme expedición a Bulgaria que destruyó Pliska, la capital de Krum, pero fue aplastado cerca de Serdica. Nicéforo fue asesinado en su tienda –el primer emperador desde Valente que cayó en la batalla– y Krum se hizo una copa con su calavera.

El patriarca pronto coronó al yerno del último emperador, Miguel Rhangabe, cuyo único logro positivo fue el reconocimiento de la situación imperial de Carlomagno en unos términos que perjudicaban lo mínimo posible a Bizancio. Después de otra confrontación desastrosa con Krum en el año 813, Miguel dimitió y se exilió; ocupó su lugar León, general del *tema* de Anatolikon.

León subió al poder con el respaldo de los fuertes elementos iconoclastas del ejército, cuyo descontento había contribuido a los desastres recientes, y comenzó promulgando una moderada prohibición de las imágenes. En el año 820 fue asesinado en un servicio en Santa Sofía, y sustituido por su antiguo compañero de armas, Miguel de Amorion.

Miguel II (820-829), también un iconoclasta moderado, hubo de enfrentarse inmediatamente con la rebelión de su antiguo compañero de armas, Tomás «el Eslavo», que puso sitio a Constantinopla después de devastar el Asia Menor y no fue derrotado hasta el año 823. Miguel debió su victoria a la intervención del dirigente búlgaro Omurtag, sucesor de Krum, quien había muerto en el año 814 después de una última campaña de destrucción que emprendió para vengarse del intento traicionero de León V de acabar con su vida. A pesar de este respiro, Miguel II no pudo vencer a sus otros enemigos: hacia el año 826 un grupo de árabes españoles que operaban desde Egipto capturaron la isla de Creta y un año después los musulmanes iniciaron la conquista sistemática de Sicilia.

El hijo de Miguel, Teófilo, no hizo gran cosa por mejorar la situación exterior y mantuvo la iconoclastia en el país. Sin embargo, como era un hombre culto, con gustos exóticos en el arte y pasión por la justicia, simbolizó un cambio. Se pasó de un período en el que el dirigente debía ser un soldado, a otro en el que pudo dedicarse a cultivar las artes de la paz.

En las Edades bárbaras se construyeron algunos monumentos grandes e importantes, del tipo característico de la era bizantina: fortalezas e iglesias. Las grandes invasiones hicieron que se levantasen una red de poderosas fortalezas en las otrora pacíficas tierras del Asia Menor. Son de destacar las fortificaciones de Ancyra y de Cotyaeum, la reconstrucción de las murallas de Nicea, y una serie de fortalezas en la parte occidental del Asia Menor –Sarde, Pérgamo, Éfeso, Miletos y otras– en donde fueron abandonadas grandes ciudades y la reducida población se refugió tras gruesas murallas que protegían un área mucho menor.

En el mismo período se construyeron una serie de iglesias, algunas bastante grandes y elaboradas, importantes en el desarrollo de la arquitectura bizantina. Estas basílicas abovedadas, la mayoría construidas con ladrillos, representan una etapa transicional en el desarrollo de las iglesias en cruz griega, e incluyen la remodelación de la iglesia de Santa Irene en la capital, Santa Sofía en Tesalónica, y un grupo en Asia Menor: la de Koimesis en Nicea (ahora destruida), Santa María en Éfeso, la iglesia de Sige, en Bitinia, San Nicolás en Mira y el monasterio de Dere Agzi en Licia. De los edificios de Constantinopla nos ocuparemos por separado más adelante.

Las apuradas circunstancias de la época, en que los recursos que le quedaban al imperio habían de ser dedicados necesariamente a la defensa física y espiritual, excluían la construcción de edificios públicos y seglares que caracterizaran el final de la antigüedad, y con la decadencia de la vida ciudadana, muchos de ellos apenas eran necesarios o apropiados. Las edificaciones seculares no aparecerían en gran escala fuera de Constantinopla hasta el final de la era bizantina.

La gran era de Bizancio, 843-1025. La política iconoclasta de Miguel y de Teófilo no había conseguido la unidad religiosa para el imperio. La opinión pública ahora estaba a favor del restablecimiento de las imágenes y esto se llevó a cabo en el año 843 cuando Teodora, viuda del emperador y regente de su hijo pequeño, Miguel III, convocó un sínodo por el cual se reintroducían los decretos del concilio del año 787. No se volvió a hablar más del tema. Es difícil de decir hasta qué punto la iconoclastia había sofocado la vida cultural de Bizancio. Pero el arte, la arquitectura y la cultura que pueden considerarse auténticamente bizantinas, no empiezan hasta mediados del siglo IX. El siglo y medio que siguió a la muerte de Teófilo fue también el período en el cual Bizancio alcanzó su mayor poderío militar. Esta época de grandeza se asocia tradicionalmente con la dinastía «macedonia», si bien debería tenerse en cuenta que empezó con el reinado de Miguel III y que de los cuatro grandes emperadores-soldados del siglo X, sólo uno era descendiente de Basilio I «el Macedonio».



Moneda de León VI (886-912), apodado «el Sabio» por sus numerosas obras literarias y código legal. Dumbarton Oaks.

El régimen de Teodora destacó por la renovación de la guerra con el califato, en la cual Bizancio empezó por mejorar sus posiciones, y por una persecución a gran escala de los paulicios, un grupo herético al oeste del Asia Menor, cuyo tratamiento hostil a manos de los bizantinos les había hecho partidarios de los árabes. Teodora cometió el error de imponerse a su hijo y, en el año 856, Miguel, con la ayuda de su hermano Bardas, la destituyó y ocupó la jefatura del estado, aunque el gobierno quedó en manos de Bardas, que recibió el título de césar, y de su hermano Petronas. Su administración fue una de las mejores que jamás tuvo Bizancio. Aunque los bizantinos continuaban perdiendo terreno en Sicilia, volvieron al ataque en Asia Menor y en el año 863 Petrona consiguió una gran victoria contra el emir de Melitene.

Bardas era muy consciente del valor de la cultura en la política. Fomentó la educación en el interior y en el exterior organizó los primeros intentos de convertir a los eslavos al cristianismo ortodoxo. En el año 860 el imperio tuvo su primer enfrentamiento con los Ros, los dirigentes vikingos de los eslavos de Rusia, cuando una flota de aquel país apareció en el Bósforo. Los esfuerzos misioneros bizantinos en Rusia datan de la época. Se consiguieron resultados más inmediatos entre los eslavos de Europa central y de Bulgaria.

Allí, los misioneros bizantinos estaban dirigidos por dos hermanos de Tesalónica excepcionalmente capaces, Cirilo y Metodio, que facilitaron la conversión creando para los eslavos literatura religiosa en su propio idioma. A la cabeza de la iglesia bizantina se hallaba Focio, hombre de gran cultura e idealismo y político perspicaz. Su patriarcado fue tormentoso. Había sido nombrado por Bardas, en el golpe del año 856, para sustituir a Ignacio, un simple monje que representaba la facción fanática de la Iglesia. Esta facción objetó que Focio era seglar antes de su nombramiento, y sus quejas fueron tenidas en cuenta en Roma, en donde el papa Nicolás I estaba ansioso por sobrepujar a los bizantinos en el «contrato» de convertir a los búlgaros. Nicolás, el año 863 decretó la destitución del patriarca y la reposición de Ignacio. En el año 867 Focio respondió convocando un sínodo en el cual se excomulgó al papa y se declaró hereje a la Iglesia romana. Este cisma se vio exacerbado por el hecho de que Boris de Bulgaria había decidido que Roma podía ofrecerle el cristianismo en términos más favorables.

Mientras tanto, el gobierno político del imperio estaba trastornado por cambios violentos. Miguel III adoptó como favorito a Basilio, un joven campesino de la Macedonia bizantina, que se ganó hasta tal punto la voluntad del emperador que pudo asesinar a Bardas (865) y hacerse coronar coemperador (866). Completó su ascenso al poder al año siguiente asesinando a su benefactor.

Basilio destituyó inmediatamente a Focio, repuso a Ignacio y restableció las relaciones con Roma. Sin embargo, en otros aspectos apenas se desvió de la política del reinado anterior. No permitió que el papa tuviese jurisdicción en Constantinopla y Bulgaria fue reclamada para la Iglesia bizantina mediante la adopción de una actitud más conciliadora. Basilio también amplió la influencia bizantina al

oeste del área de los Balcanes, convirtiendo a los eslavos de las tierras interiores del Adriático, mediante el afianzamiento de su soberanía en Dalmacia. Al principio hubo algunos contratiempos al sur de Italia, que casi sucumbió ante los árabes y fue salvada por el nieto de Carlomagno, Luis II, que se sintió impulsado a desafiar a Bizancio y proclamarse emperador de los romanos. Pero Basilio se ganó la confianza de los príncipes lombardos locales y en el año 876 los bizantinos se volvieron a establecer en la importante ciudad costera de Bari. Pocos años después, un destacado general, Nicéforo Focas, llegó a encabezar una ofensiva que consolidó la hegemonía bizantina al sur de Roma. Los árabes eran dueños del mar, y en el año 878 tomaron Siracusa. Sin embargo, el poderío bizantino se había recuperado suficientemente como para que Basilio fuese temido y el papa considerase bienvenida su protección. A la muerte de Ignacio en el año 877 Focio recuperó el patriarcado, sin protestas por parte de Roma, y permaneció en él hasta la muerte de Basilio en el año 886.

A Basilio le sucedió su hijo León VI (886-912), apodado «el Sabio» por el gran número de obras literarias que creó y por un código de leyes, el *Basilica*, los fundamentos del cual habían sido puestos por su padre, y que efectivamente sustituyó la recopilación de Justiniano, como manual de la ley bizantina. Fue durante el reinado de León que la burocracia del imperio llegó a su punto más álgido y que el absolutismo imperial, en el estado y en la Iglesia, alcanzó su expresión más completa.

León hizo grandes esfuerzos para reforzar el ejército y la armada, pero los resultados no fueron evidentes durante su reinado. Bizancio comenzó entonces su batalla más terrible contra los búlgaros. En el año 894, el zar Simeón declaró la guerra cuando León autorizó medidas que reducían las ganancias del comercio de exportación búlgaro. León neutralizó temporalmente a Simeón cuando llamó a los nómadas magiares, que entonces vivían en áreas al norte y noroeste del mar Negro, para que atacasen a los búlgaros por la retaguardia. Pero Simeón contrarrestó este movimiento aliándose con los pechenegos, la tribu que se hallaba inmediatamente al este y que causaron gran destrucción entre sus vecinos. El resto de los magiares fundaron Hungría. Mientras tanto, Simeón consiguió la victoria, lo que le permitió imponer la paz en unos términos altamente favorables a sí mismo.

La situación en Asia Menor no cambió significativamente, pero Bizancio sufrió en el mar alguno de sus peores desastres. En el año 902, finalmente perdieron Sicilia frente a los árabes; en el mismo año, los árabes sometieron al pillaje Demetrias, una rica ciudad costera de Grecia y dos años más tarde, un griego renegado, León de Trípoli, saqueó Tesalónica, la segunda ciudad del imperio. En el país,



Josué, representado como el victorioso soldado bizantino del siglo x; fresco de la iglesia de San Lucas, cerca de Delfos.

León contribuyó a las divisiones internas de la Iglesia bizantina contrayendo un cuarto casamiento, a pesar del hecho de que un tercero no era canónicamente permisible.

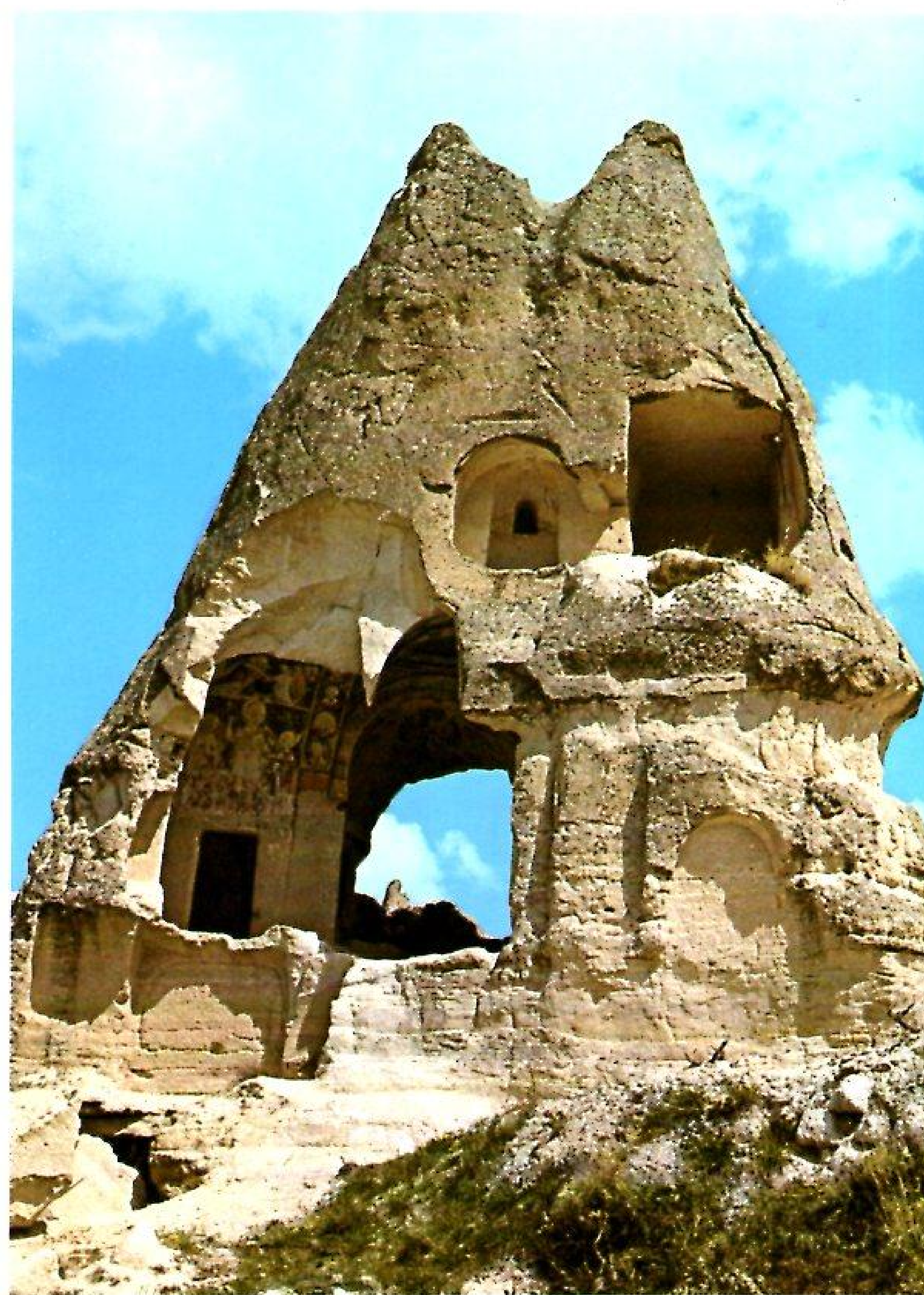
En la confusión que siguió a la muerte de León en el año 912, Simeón apareció a las puertas de Constantinopla pidiendo ser coronado emperador y que Constantino, el hijo de siete años y heredero de León, casase con una de sus hijas. Estas demandas fueron rechazadas por Zoe, la cuarta esposa de León y madre de Constantino cuando se hizo cargo, junto con su «administración de eunucos», de la regencia. Simeón asoló todos los territorios bizantinos de Europa. Una expedición enviada contra él en el año 917, acabó en desastre en las costas del mar Negro. Esto requería un cambio de gobierno. El comandante de la flota, Romano Lecapeno, triunfó gradualmente sobre todos sus rivales y se proclamó emperador (920).

Consolidación del imperio. Al concertar la boda de Constantino VII con su hija, Romano Lecapeno aparentemente no usurpaba los derechos de la dinastía legítima y al convocar un sínodo que declarase ilegales los cuartos casamientos, restableció la unidad de la Iglesia. Como era un jefe de estado nato y se rodeó de hombres de gran valía, Romano consiguió uno de los reinados más constructivos de la historia bizantina. Su accesión al trono frustró los designios de Simeón de Bulgaria, que continuó queriendo vengarse hasta su muerte, en el año 927. Sin embargo, desde este punto, los ejércitos bizantinos eran libres para tomar la ofensiva en Asia Menor. El trabajo organizativo de León VI pudo ser ahora igualado por un liderazgo brillante en el campo militar. Mandados por el general Juan Kourkouas, los ejércitos del este ganaron victoria tras victoria contra los emiratos árabes de Armenia y Cilicia, culminando con el sitio de Edessa (944), en el cual la reliquia más adorada de la ciudad –un sudario en el cual Cristo había dejado la impresión de Su Faz– fue trasladado en triunfo a Constantinopla. Poco antes de ello, en el año 941, los bizantinos habían infligido una gran derrota a una expedición que los rusos de Kiev habían lanzado contra Constantinopla.

En el año 944, Romano fue derrocado por sus hijos, que estaban enojados porque no les había preferido a Constantino VII. Sin embargo, fue Constantino el Porfirogéneta –o sea, el dirigente legítimo «nacido en la cámara púrpura del palacio»– quien se benefició de su golpe. Aunque Constantino ocupó el trono durante 33 años, fue mantenido en segundo plano y se consoló leyendo, escribiendo y pintando. Su reinado no se distinguió por ninguna hazaña militar. Sin embargo, su tratado sobre relaciones exteriores revela un buen dominio teórico de la diplomacia, y sus acuerdos con otros monarcas demuestran que a este conocimiento no le faltaba aplicación práctica. Aquel tratado y otro que compuso sobre el ceremonial de la corte, son una gran demostración de la concepción bizantina del imperio.

A Constantino le sucedió brevemente su hijo Romano II (959-963), Las fuerzas armadas estaban mandadas ahora por Nicéforo Focas, el más distinguido de una larga línea de soldados aristócratas. En el año 961 consiguió lo que no había conseguido ningún emperador desde Teófilo, reconquistar Creta de manos de los árabes. Al año siguiente, finalmente derrotó al principal enemigo de Bizancio en el este, el emir de Alepo, Saif-ad-Daulah. Cuando murió Romano, su viuda Teofano invitó a Nicéforo a compartir el poder con ella.

El nuevo emperador estaba obsesionado con la guerra contra el Islam y continuó el avance bizantino hacia el este con creciente velocidad; para el año 969 Antioquía estaba anexionada al imperio. En otros aspectos Nicéforo II no tuvo la misma suerte: trató al renacido Imperio Occidental de Otón el Sajón con tanto desprecio que puso en peligro las posesiones bizantinas del sur de Italia; cuando intentó utilizar a los rusos de Kiev para castigar a los búlgaros, permitió que su príncipe, Sviatoslav, consiguiese mayor ascendencia en Bulgaria; y perdió el respaldo de Teofano y de su mejor general, Juan Tzimiscés. A finales del año 969 conspiraron para que lo asesinasen.



Ninazan Kilise, una iglesia cortada en la roca, cerca de Macan, en Capadocia. Los frescos de estas iglesias son, quizás, la evidencia más bella del florecimiento monástico del siglo X.

Tzimiscés, que fue nombrado emperador, pertenecía a la misma clase militar aristocrática que su predecesor. Demostró ser más competente en asuntos occidentales: derrotó, aplastándolas, las fuerzas combinadas de Sviatoslav y de los búlgaros (971) y apaciguó a Otón el Grande enviándole su parienta, Teofano, para que se casase con el hijo del emperador alemán (972). Pero, al igual que Nicéforo II, sus ambiciones estaban centradas en el frente oriental. Sus ejér-





Abajo: Iglesia de Üç Ayak, en Capadocia. Este hermoso edificio, hecho con ladrillos, una elaborada técnica desarrollada en el período macedonio, pudo haber sido construida para celebrar la victoria de Basilio II contra el rebelde Bardas Focas.

Arriba: Constantino IX Monómaco, conmemorado por su generosidad con la Iglesia en una galería de Santa Sofía. El mosaico representaba, originalmente, al emperador Romano III Argyros (1028-1034); se cambió la cara y la inscripción, pero la emperatriz Zoe (esposa de los dos), continúa estando a la derecha.

Página siguiente: Paisaje monástico: valle de Ilhara, en Capadocia. Invisible desde las tierras circundantes, este valle proporcionaba refugio a numerosos monjes, que construyeron sus iglesias y capillas horadando la superficie de las rocas blandas de los peñascos durante el período macedonio.

citos avanzaron por Siria y Palestina y podría haber ido mucho más lejos si no hubiese muerto de fiebres tifoideas en enero del año 976.

Las victorias del siglo X no sólo habían proporcionado un gran prestigio social a la aristocracia militar del Asia Menor, sino que habían hecho ascender al trono a dos de sus más destacados representantes. A la muerte de Juan Tzimiscés, Bardas Escleros estaba presto a ocupar su lugar y dejar en segundo término a los legítimos herederos «macedonios» Basilio y Constantino, los hijos de Romano II y de Teofano. Pero Basilio no estaba dispuesto a aceptar este tratamiento. Gracias a su tío abuelo Basilio, un eunuco hijo ilegítimo de Romano Lecapeno que había estado al servicio de los tres últimos emperadores, pudo utilizar otro aristocrático general, Bardas Focas, para derrotar a Escleros y obligarlo a refugiarse en Bagdad (979). Dos años más tarde, Basilio II exilió a su tío abuelo acusándolo de traición y tomó el control del gobierno.

La campaña de Tzimiscés contra Sviatoslav de Kiev había colocado a Bulgaria bajo control bizantino, pero después de su muerte se produjo una sublevación, Samuel de Macedonia se proclamó zar y estableció su capital en Ochrid; gradualmente, casi toda el área de los Balcanes quedó bajo su influencia. En los años 985–986 Basilio II llevó a cabo una contraofensiva, pero fue derrotado estruendosamente. Esta derrota le valió el descontento de la aristocracia militar; en el año 987 Bardas Escleros y Bardas Focas encabezaron nuevas rebeliones que pudieron sofocarse solamente con la ayuda del príncipe ruso Vladimiro, a quien Basilio prometió su hermana en matrimonio. En el año 989 se restableció la paz y poco después se efectuó la boda entre Vladimiro y Ana, la hermana de Basilio; con ello también se llevó a cabo la conversión al cristianismo del estado de Kiev y la organización de su Iglesia bajo la dirección bizantina.

Basilio pasó el resto de su vida luchando contra los enemigos del imperio. Hizo tres apariciones memorables en el frente oriental, en las cuales fue pacificada Siria y ocupada Armenia. Pero su obra más importante fue la destrucción de Samuel y del nuevo imperio búlgaro. Empezó una ofensiva sistemática en el año 1001, cuya finalidad era dividir en dos el estado de Samuel y después vencer a la parte occidental, cuando se hubiese aposentado el enemigo. La lucha más encarnizada de la década siguiente acabó con la completa aniquilación del ejército de Samuel en la batalla cerca de Prilep, próxima al valle de Struma. Aunque Samuel consiguió escapar, murió de pena dos días después cuando su ejército volvió a él ciego. En el 1018 Basilio había eliminado los últimos focos de resistencia. Ahora estaba bajo el dominio bizantino toda el área al sur de los ríos Sava y Danubio y Bulgaria y Macedonia se hallaban integradas en la administración provincial del imperio.

A su muerte, en el año 1025, Basilio II dejó el Imperio Bizantino más extenso de lo que había sido nunca desde el reinado de Justiniano I y ello fue, en gran medida, obra personal. Contrariamente a cualquier otro emperador, gobernó únicamente por decisión propia y no en cooperación con algunos poderosos intereses internos. Las rebeliones de la primera parte de su reinado hicieron que decidiese



excluir la aristocracia militar de las posiciones dominantes, y sus visitas a Asia Menor le convencieron de la necesidad de atacar la base económica del poder de esta clase. Romano Lecapeno y Constantino VII habían legislado contra el proceso por el cual la aristocracia iba adquiriendo pequeñas parcelas a los agricultores, proceso que reducía tanto el potencial imponible como militar del campesinado. Basilio II amplió aquella legislación y la aplicó con mayor severidad y efectividad: de acuerdo con la letra de la ley dictada por él, buena parte de las propiedades de la aristocracia fueron declaradas ilegales y revertieron al estado. Basilio dirigió la burocracia y la Iglesia con igual mano dura.

La prosperidad de la época dinámica de los macedonios se refleja en la gran cantidad de iglesias y monasterios que se erigieron. El gran período de construcción de fortalezas había pasado, y se añadieron pocas a las ya existentes: la reconstrucción de las murallas de Nicea y de Ancira por Miguel III y de Atalia por León VI, son ejemplos sorprendentes de la arquitectura defensiva del período, que generalmente continuaba la obra de las Edades bárbaras y se extendía a los territorios anexionados recientemente.

Aquella paz duradera dio a la clase monacal la seguridad que necesitaba para prosperar. A finales del siglo X se fundaron los complejos monásticos bizantinos más famosos, los del monte Athos, al tiempo que también lo hacían muchos otros en Grecia y en Asia Menor: Hosios Loukas en la Grecia central, Daphni cerca de Atenas y Nea Moni en Quíos, todos ellos decorados con espléndidos mosaicos del siglo XI. Junto con las iglesias de Capadocia con sus frescos, cortadas en la roca, son, quizás, el ejemplo más destacado de este extenso fenómeno.

La construcción de iglesias en pueblos y ciudades era extraordinariamente activa, empezando a finales del siglo IX con la de Nea, en la capital (ahora destruida), Skripou en Beocia y las iglesias de Triglea en Bitinia. La época vio la moda casi universal de las iglesias con planta en cruz griega, de las cuales se pueden ver bellos ejemplos en Atenas, Tesalónica, Rodas, Chipre y, en menor escala, en Kastoria. En Asia Menor, son del mismo período los dos monumentos más destacados de Çanli Kilise y Üç Ayak, ambos en Capadocia.

Colapso y resurgimiento de los Comnenos, 1025-1180. La grandeza de Bizancio bajo Basilio II dependía tanto del

emperador, que la serie de ineptos monarcas que gobernaron durante el medio siglo que siguió a su muerte redujo el estado a una condición de la que nunca se recuperaría completamente. Estos emperadores, que en su mayor parte representaban los intereses de los burócratas cultos de Constantinopla, pudieron, gracias a Basilio, mantener a raya la aristocracia militar. Sin embargo, les faltaba autoridad para hacer cumplir la legislación de Basilio sobre las tierras, al tiempo que personalmente eran completamente incapaces de tener cualquier iniciativa militar. Como resultado, se perdieron las grandes conquistas del siglo anterior y el imperio se vio amenazado en todos los frentes. Una banda de aventureros normandos consiguió volverse contra los bizantinos y arrancar del imperio el sur de Italia. Los pechenegos, seguidos de otras tribus turcas procedentes de las estepas, cruzaron el Danubio y asolaron los Balcanes y Grecia. En el este, la belicosa dinastía turca selyúcida, se había hecho con el imperio musulmán de Bagdad. En el año 1071, el dirigente selyúcida, Alp Arslan, derrotó un gran ejército bizantino mandado por el emperador Romano IV en Manzikert, en Armenia. En las delicadas circunstancias del imperio en aquellos tiempos, tal derrota fue un desastre. Dejó toda el Asia Menor expuesta a los ataques de los turcos. Para 1080 los turcos la controlaban toda, excepto las áreas costeras, y habían fundado un sultanato en Iconium, en el centro de Anatolia. Asia Menor había suministrado alimentos y soldados al imperio durante muchos siglos. No podía haber sustituto para ello, y nunca se recuperó completamente.

A mediados de siglo, quedaba claro que sólo un emperador que gozase del apoyo de la aristocracia militar podría salvar el imperio. La situación era desesperada cuando, en el año 1081, al fin se presentó por sí mismo el candidato adecuado: Alejo Comneno. Heredó en el interior del país una tesorería mermada, un ejército desmoralizado y una armada inexistente. Y en el exterior apenas podía poner pie firme en el Asia Menor y los normandos, ahora dueños de Sicilia y del sur de Italia, atacaban las posesiones bizantinas al otro lado del Adriático. Alejo trató de quitarse primero esta amenaza. Empeñó los bienes de la Iglesia a fin de reclutar cuantas fuerzas pudiese y consiguió ayuda marítima de Venecia, al precio de pactar con la república italiana concesiones comerciales en puertos bizantinos, cosa que no complació en absoluto a sus propios súbditos. Estas medidas no impidieron a los normandos tomar la importante ciudad costera de Dyrrachion y fue la muerte, en el año 1085, de su rey Roberto Guiscardo, la que efectivamente frustró su estrategia.

Entonces fueron los pechenegos quienes constituyeron una amenaza. Con la ayuda de Tzachas, un emir turco que se había establecido en Esmirna, sitiaron Constantinopla en los años 1090-1091. Recurriendo al en otros tiempos afortunado truco diplomático bizantino de incitar potencias distantes a atacar al enemigo por la retaguardia, Alejo lanzó a los cumanos contra los pechenegos y otro turco contra Tzachas. En el año 1091, las fuerzas combinadas bizantinas y cumanas aniquilaron toda la tribu pechenega; en el año 1094 el emperador repelió una invasión cumana dirigida por un pretendiente bizantino.

En aquellos momentos, cuando Alejo hubiera podido emprender la ofensiva en Asia Menor, sus planes se vieron frustrados por el inicio del movimiento de las cruzadas en el oeste. La captura del Santo Sepulcro por los turcos (1077) había centrado el expansionismo entonces prevalente en Europa occidental. En el año 1096, el papa Urbano II predicó la Primera Cruzada, y al año siguiente sus jefes se reunieron en Constantinopla. Alejo consiguió que la mayor parte se unieran a él mediante juramentos feudales, y le hicieron el favor de tomar Nicea; después de ello, él recuperó la parte oeste del Asia Menor. Pero, tan pronto como los cruzados se establecieron en Palestina, algunos de ellos se pelearon con el emperador, Bohemundo, hijo de Roberto Guiscardo. Afortunadamente, Alejo pudo vencer un nuevo intento de atacar Bizancio desde el oeste (1107).

El hijo de Alejo, Juan II (1118-1143), continuó con éxito el proceso de recuperación. Pacificó a los serbios, infligió una derrota final a los pechenegos y restableció la influencia bizantina al sudeste del Asia Menor. Después de su muerte prematura en el año 1143, su hijo Manuel heredó una situación tan prometedora, que el nuevo dirigente se sintió estimulado para comportarse como si el imperio hubiese recuperado todo su antiguo poderío. Manuel era un diplomático hábil y un soldado competente. Su política exterior estaba al mismo nivel que su corte, lujosa y cosmopolita, y consiguió algunos éxitos notables en Hungría y en los estados orientales de las cruzadas. Sin embargo, en todas las otras áreas tuvo un estruendoso fracaso. El intento de dominar la costa oriental de Italia fue derrotado por una coalición hostil de potencias occidentales, incluyendo el nuevo y agresivo imperio alemán de Federico I Barbarroja y no se recuperó del saqueo normando de Corinto y Tebas. Después de años en que su hábil diplomacia no había dado más resultado que promesas de los gobernantes turcos de Anatolia, fue derrotada estrepitosamente una expedición contra ellos en Myriokephalon (1176).

Los comnenos no podían esperar, en absoluto, recrear el imperio de Basilio II, y su enérgica política dependía de medidas que debilitaban el gobierno y lo hacían detestable: la devaluación del patrón oro, el uso de mercenarios, la venta de cargos, la recaudación de impuestos, la concesión



Arriba: Restos del palacio, en Nymphaeum, cerca de Esmirna, en donde residía frecuentemente el emperador de Nicea.



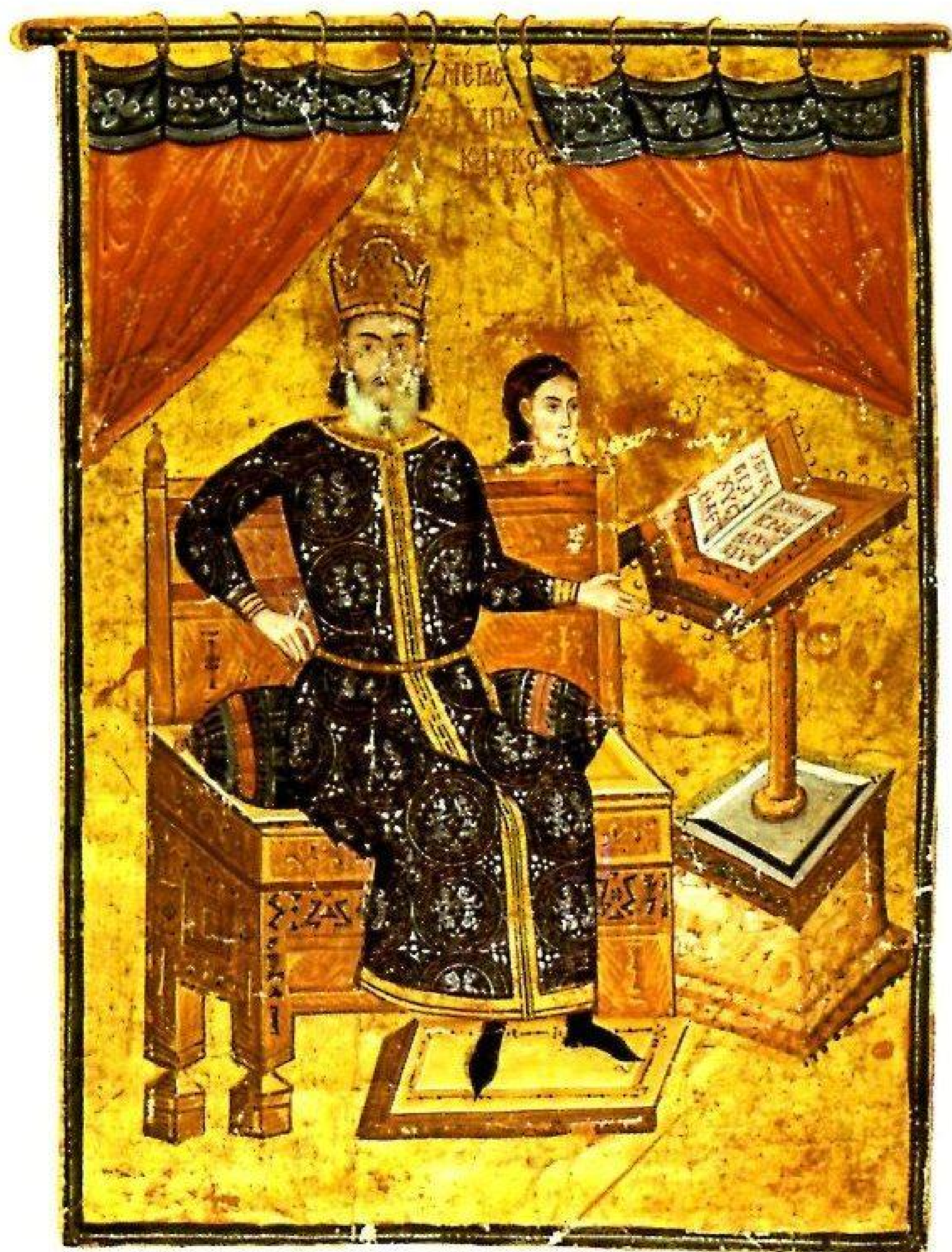


Derecha: Moneda de oro de Andrónico II (1282-1328). La decadencia de la economía bizantina desde el año 900 al 1300 queda de manifiesto si comparamos esta moneda con la de León VI (página 91). Dumbarton Oaks.

de beneficios sobre tierras del estado, impuestos excesivos sobre muchos e inmunidad para unos cuantos. Sin embargo, el estado consiguió una nueva estabilidad interna. Alejo I, Juan II y Manuel I, no sólo formaron una sucesión dinástica indiscutible sino que, mediante la ocupación de altos cargos por familiares suyos y el matrimonio con otras familias prominentes, hicieron del nombre Comnenos un símbolo altamente apreciado de categoría social. Crearon nuevos títulos que permitieron a gran número de sus íntimos tener el sentimiento de compartir la dignidad imperial e hicieron de la administración un asunto más bien «doméstico», dependiente de lazos personales con el emperador. Este cerrar filas era sin duda una medida defensiva, pero demuestra la habilidad bizantina para adaptar sus sempiternos ideales a cambios drásticos de circunstancias. La decadencia bizantina en los siglos XI y XII es sorprendente, sobre todo teniendo en cuenta el auge contemporáneo del cristianismo latino, que se reflejaba en el vigor de las Cruzadas y en la iniciativa comercial de las repúblicas marítimas italianas: Amalfi, Pisa, Génova y Venecia.

A pesar de sus grandes logros, los Comnenos dejaron pocos monumentos importantes en provincias. Ello se debe, en parte, a la precariedad de sus reconquistas en Asia Menor, en donde incluso la pequeña zona costera que controlaban estaba sujeta a continuos ataques, y en parte a los imponderables de su conservación. En el Asia Menor sus obras son visibles en las fortificaciones de Pérgamo y en numerosas pequeñas capillas en la costa sur, y en los Balcanes en las importantes iglesias de Nerezi, cerca de Skopje y Pherrai (Bera), cerca de Alejandrópolis. En Grecia, el monasterio de Chilandari, en el monte Athos, pertenece a aquella época, así como el atractivo grupo de pequeñas iglesias con una elaborada decoración de ladrillos en Argólida, y varias pequeñas capillas e iglesias en otros lugares.

La desintegración del imperio Comneno, el exilio y el imperio de Nicea, 1180-1261. Manuel I murió en el año 1180, dejando su viuda latina, Mari, como regente de su joven hijo Alejo II; sin embargo, Andrónico, primo de Manuel, trató de asegurar el trono condenando las tendencias proaristocráticas y occidentales del reinado anterior y fue



Alejo Apokaukos, *megas doux* (1340-1345), de un manuscrito de Hipócrates en la Biblioteca Nacional, París.

llevado al poder en una oleada popular por la cual las turbas de Constantinopla masacraron a la mayoría de latinos de la ciudad (1182). En poco tiempo, el nuevo emperador había eliminado muchos viejos abusos en la administración. Sin embargo, para conseguirlo utilizó medios violentos, que despertaron reacciones también violentas, especialmente en la aristocracia. Andrónico se comportó entonces con una crueldad feroz que alejó a sus partidarios e hizo que se deterioraran las defensas del imperio. Con la ayuda húngara se separó Esteban Nemanja, fundador del reino medieval de Serbia, y Chipre fue escindido del imperio. Los normandos de Sicilia marcharon, sin oposición, desde Dyrrachion a Tesalónica, que tomaron y saquearon brutalmente (1185). Este acontecimiento precipitó la caída de Andrónico y se ofreció la corona a Isaac Ángelo, nieto de Teodora, hija de Alejo I.

Isaac II (1185-1195) consiguió librar al imperio de los normandos, pero en todos los demás aspectos la situación se deterioró rápidamente bajo su gobierno y el de su hermano, Alejo III (1195-1203), que le había derrocado. La decadencia administrativa del reinado de Manuel se acabó con una venganza y propició una serie de rebeliones en todas las provincias. La más importante de ellas tuvo lugar en Bulgaria (1186) y dio como resultado el resurgimiento del imperio búlgaro. Fue sólo cuestión de tiempo que los latinos intentaran sacar provecho de la situación. El hijo de Isaac II, Alejo, pidió ayuda a los occidentales contra su tío. Los líderes de la Cuarta Cruzada, que habían partido de Egipto en el año 1203, se desviaron hacia Constantinopla y pusieron en el trono a Alejo IV. Cuando fue derrocado por una revuelta popular, los cruzados tomaron por asalto la ciudad (1204). Después de un espantoso saqueo, pusieron a un emperador y patriarca latino y se repartieron las provincias.

El imperio latino de Constantinopla (1204-1261) fue algo ignominioso, paralizado por problemas de sucesión y por falta de fondos que Venecia, que se había llevado la parte del león en los beneficios, no hizo nada para remediar. La iniciativa pasó rápidamente a los enemigos ortodoxos del imperio. El zar de Bulgaria, Kalojan, aplastó un ejército latino en Adrianópolis (1206), aunque pronto se indispuso con los griegos por su excesivo salvajismo. Entonces obtuvieron grandes ganancias los parientes de los emperadores Ángelos que se habían establecido en Epiro: Miguel y su hermano Teodoro. Teodoro consiguió expulsar a los latinos de Macedonia y del oeste de Tracia y se proclamó emperador en Tesalónica (1225). Sin embargo, su imperio se derrumbó en 1230, cuando fue derrotado por los búlgaros. Ahora el futuro estaba en el imperio de Nicea, fundado por refugiados bizantinos al oeste del Asia Menor. El fundador de este imperio, Teodoro I Láscaris (1204-1222) había rechazado importantes ofensivas de los latinos de Constantinopla y del sultán turco. Continuando la política de Alejo I según la cual la aristocracia debía «cerrar filas» en torno al emperador, Teodoro legó a su yerno Juan III Vatatzés (1222-1254) un patrimonio compacto y militarmente eficiente. Juan, un buen soldado y administrador sabio, prevaleció contra los gobernadores occidentales latinos, búlgaros y griegos. Él y su hijo Teodoro II (1254-1258) ampliaron su dominio sobre Macedonia y Tracia. Pero estaba reservado a un usurpador, Miguel VIII Paleólogo, el conseguir volver a entrar en Constantinopla (verano de 1261).

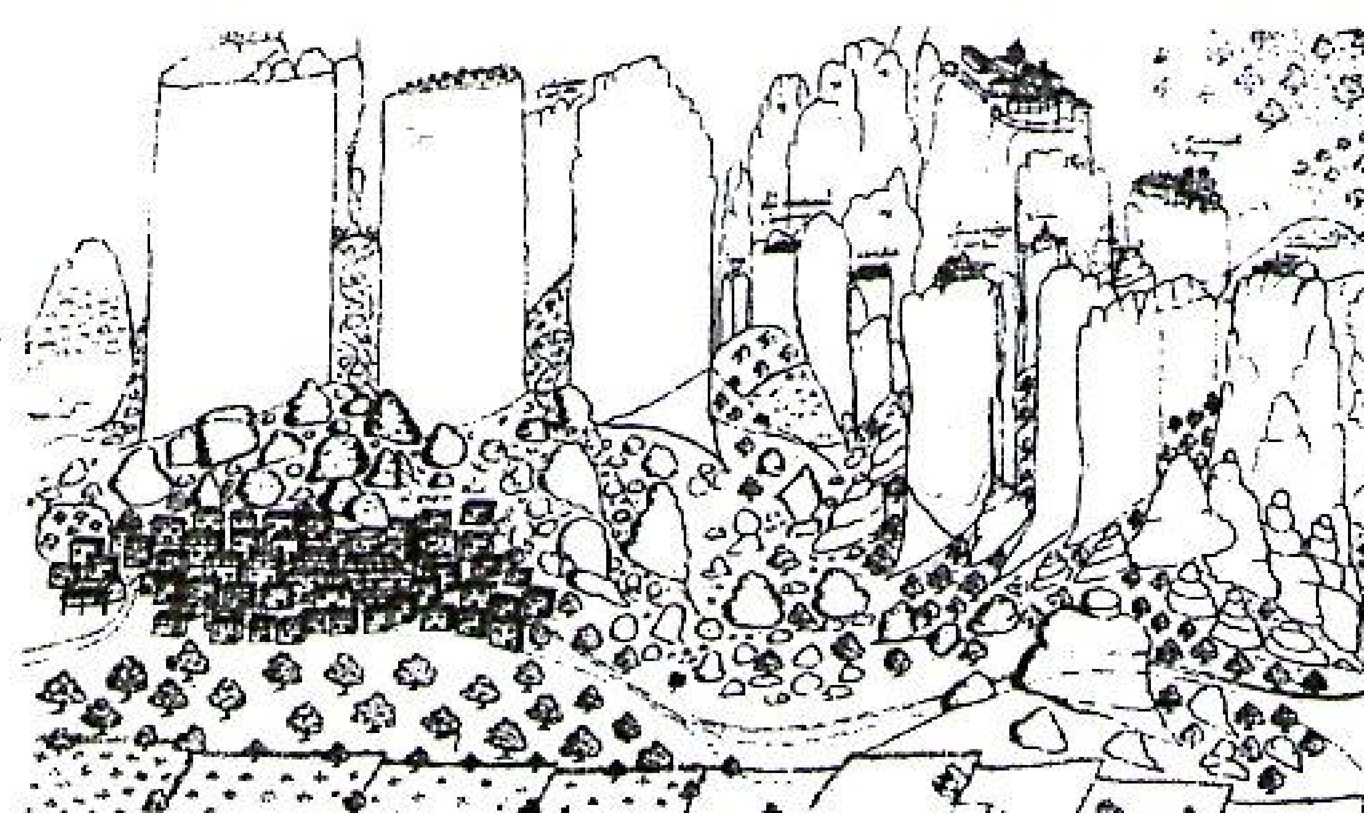
Los láscaris se esforzaron mucho en promocionar la seguridad y la prosperidad en sus dominios, para lo cual implantaron un gobierno honesto y eficiente y medio siglo de paz. Estas condiciones propiciaban un extensivo programa de construcciones, que ha dejado sus huellas en la parte oeste del Asia Menor. Se reconstruyeron las murallas de Nicea, a las cuales se añadió un muro exterior más bajo. A Magnesia, la capital, se la dotó con nuevas defensas y se

erigió en todos sus dominios una extensa red de fortalezas, de un estilo que se caracteriza, normalmente, por el uso decorativo de ladrillos sobre una obra de sillería. Los láscaris fundaron dos famosos monasterios, Lembos, cerca de Esmirna, y Sosandra, cerca de Magnesia, pero ninguno de ellos ha sobrevivido. Sólo una iglesia en ruinas, en Sardes, refleja su devoción. Además, ellos son responsables de uno de los pocos monumentos seglares de la época, el palacio bien conservado de Ninfeo, residencia de los emperadores.

Los Paleólogos y la caída de Bizancio, 1261-1461. El restablecido imperio tuvo que enfrentarse con los mismos problemas con que se habían enfrentado los comnenos, los ángelos y otros. Para conseguir una armada, Miguel Paleólogo había tenido que hacer grandes concesiones a los genoveses (1260). Una victoria en el año 1259 le había permitido poner un pie en el Peloponeso desde 1262, pero los latinos permanecían fuertemente atrincherados allí, en Atenas y en las islas; los griegos de Epiro y Tesalia se negaban a prestar a Miguel más que una obediencia nominal. Incluso en Macedonia y Tracia, generaciones de dominio inestable habían hecho que los ciudadanos profesasen una tibia lealtad a cualquier cosa que no fuesen sus propios intereses comunitarios. Aunque Miguel siguió el ejemplo de Alejo Comneno haciendo de la corte un asunto de familia, el estigma de la usurpación unido a su accesión y su crueldad al cegar al joven Juan IV, hijo de Teodoro II, causó el mayor cisma que se había producido en la Iglesia durante siglos. Las divisiones religiosas se vieron exacerbadas por la política exterior. Los latinos estaban determinados a no aceptar su derrota y encontraron un poderoso defensor en el rey Carlos I de Nápoles. Miguel intentó privar a Carlos del apoyo papal prometiendo zanjar las diferencias de su Iglesia con Roma y someterse incondicionalmente al papa. Pero durante más de un siglo, y especialmente desde el saqueo de Constantinopla por parte de los cruzados en el año 1204, el pueblo bizantino no había sentido más que odio por los latinos y por su Iglesia. Incluso la propia familia de Miguel se opuso a la unión, que perdió todo su valor como instrumento político en el año 1280, cuando fue elegido un papa francés. Afortunadamente, los planes de invasión de Carlos se vieron frustrados por una derrota militar en Albania (1281) y una rebelión en Sicilia (1282). En aquel año murió Miguel VIII.

El reinado de Andrónico II (1282-1328), fue uno de los períodos de más rápida decadencia bizantina. Toda el Asia Menor, aparte de las ciudades de Nicomedia y Filadelfia, sucumbió ante los turcos. Andrónico no era totalmente responsable de ello; el sistema de defensa fronterizo había sido negligido por Miguel VIII en su lucha con el oeste. Sin





Los monasterios de Meteora, al norte de Grecia. *Abajo:* Las escarpadas rocas, coronadas por monasterios, se destacan por encima de Stagoi. Esta ciudad fue sede de un obispo desde el siglo IX pero, probablemente, nunca fue mayor de como aparece en este bosquejo de 1744. *Arriba:* Vista actual de Roussanou, una ermita fundada en 1388 y convertida en monasterio en 1639.

embargo, al emperador le faltó el deseo de hacer las reformas necesarias tanto territoriales como en el ejército y las tropas fronterizas demostraron su actitud incitando a su único jefe con talento a una rebelión que fracasó. En el año 1302 recurrió a un remedio que demostró ser peor que la enfermedad, invitando a una compañía de mercenarios catalanes a que lucharan en Asia Menor. Después de algunas victorias de poca importancia, los catalanes empezaron a pillar y a exigir con amenazas el pago a sus patrones. Desde el 1304 al 1311 asolaron Tracia, Macedonia y Tesalia, hasta que buscaron pelea con los latinos de Grecia y se establecieron en Atenas y Tebas.

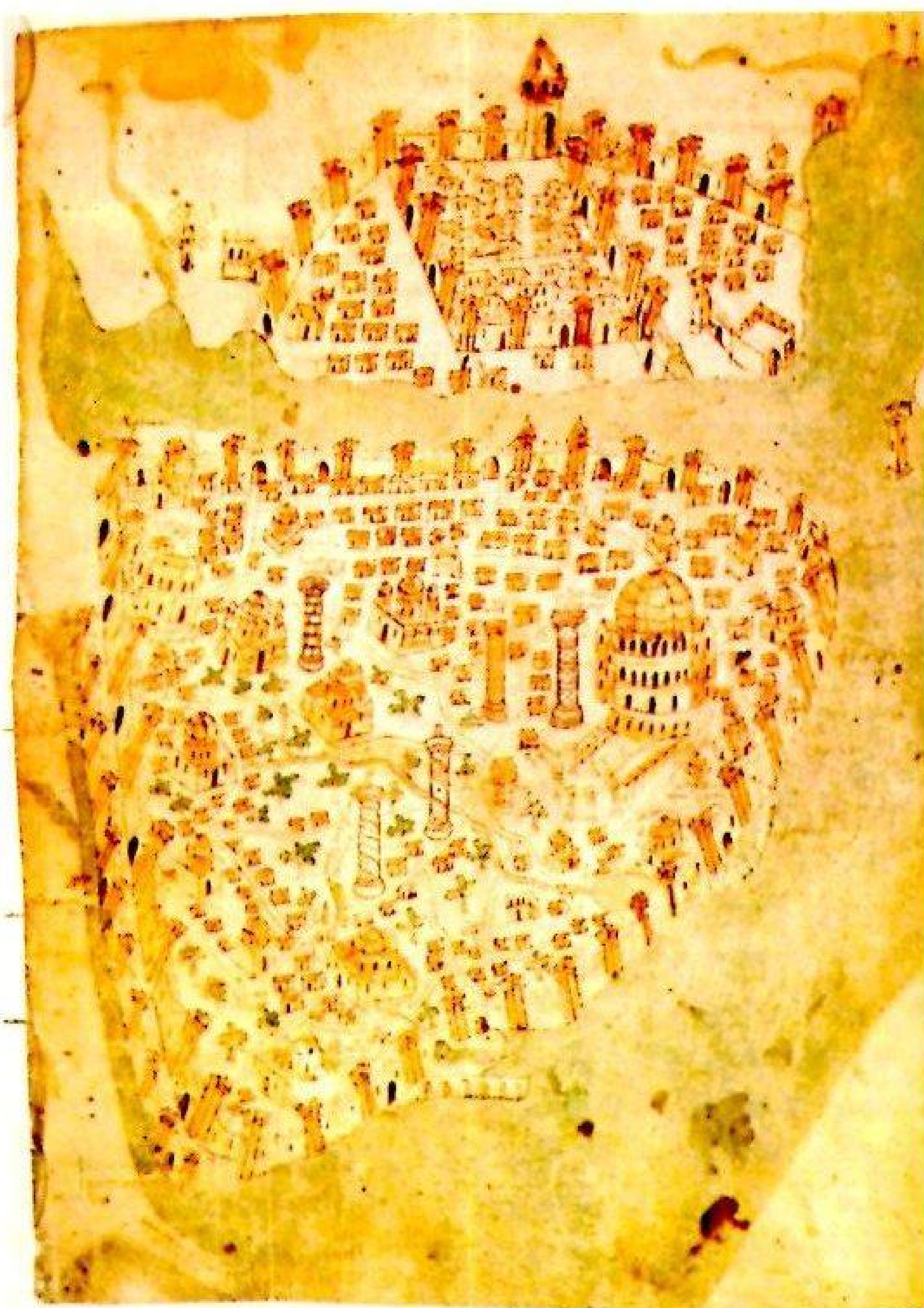
El imperio se vio pronto convulsionado por una serie de guerras civiles. En el año 1320 la lucha se desarrolló entre Andrónico y su nieto y tocayo, llevando a este último al poder supremo en Constantinopla en el año 1328 con el nombre de Andrónico III.

Una expedición contra los turcos acabó en desastre (1329) pero, por lo demás, el reinado de Andrónico fue el más brillante de la dinastía Paleóloga. El emperador defendió las ricas islas de Quíos y Lesbos contra los genoveses, conservó la frontera frente a serbios y búlgaros y restableció el dominio de Constantinopla sobre Epiro y Tesalia por primera vez desde el año 1204. Sin embargo, se forjaron dos conspiraciones en contra suyo y se crearon tensiones entre su poderoso confidente aristocrático Juan Cantacuzeno y los hombres nuevos de su administración. Después de la muerte prematura del emperador en el año 1341, Cantacuzeno se proclamó emperador.

La guerra civil que siguió es uno de los episodios más interesantes de la historia bizantina, ya que se puede considerar como una lucha entre clases sociales: la aristocracia terrateniente encabezada por Cantacuzeno y la reprimida «burguesía» que estaba a favor de impuestos comerciales más bajos y del mantenimiento de una poderosa flota que permitiese la competencia con venecianos y genoveses. La guerra empezó por revoluciones en casi todas las ciudades del oeste de Constantinopla hasta Tesalónica e incluida ésta, en donde las clases gobernantes fueron destituidas por regímenes radicales. Juan VI Cantacuzeno entró triunfante en Constantinopla en el año 1347 y casó a Juan V con su hija. Al poco tiempo, el joven emperador fue persuadido para que se rebelase contra su suegro. Siguió otra guerra civil que acabó con la abdicación de Cantacuzeno en el año 1354, que se retiró a la corte de su hijo Manuel en el Peloponeso.

Los auténticos triunfadores de estas guerras civiles fueron los rivales extranjeros de Bizancio: los genoveses, que se apoderaron de varias islas, y los serbios y turcos. El reino de Serbia se había convertido en una gran potencia desde que la explotación de importantes minas de plata a finales del siglo XIII había hecho del rey Esteban Milutin (1282-1321) el monarca más rico de los Balcanes. El nieto de Milutin, Esteban Dusan, conquistó casi toda el área de los Balcanes; durante la guerra civil bizantina de 1341-1347 ocupó Tesalia, Epiro y toda Macedonia, excepto Tesalónica. En el año 1345 se proclamó emperador y podría haber hecho realidad sus pretensiones a expensas bizantinas si no hubiese muerto en el año 1355.

El futuro estaba con los turcos, y especialmente con el estado que Osman (que dio su nombre a la dinastía otomana osmanlí) había fundado en la provincia bizantina de Bitinia. En el año 1346 Juan Cantacuzeno ganó la guerra civil aliándose con Orhah, hijo de Osman, que se casó con su hija y le suministró tropas. Ello estimuló a los osmanlíes a avanzar sobre Europa; se hicieron con una cabeza de puente en el año 1354, cuando un terremoto sacudió las murallas de Gallípoli.



Mapa de Constantinopla, ilustración del *Libro del Archipiélago*, de Cristóforo Buondelmonti. Las representaciones de los edificios son un tanto imaginativas. Biblioteca Británica, MS Cotton Vespasian A XIII, h. 1422.

El emperador Juan V (1355-1391) hizo lo que pudo para remediar la situación, pero la guerra civil había dejado el imperio completamente falto de recursos materiales. Incluso la promesa de la unión de la Iglesia y un viaje al oeste del emperador en el que suplicó ayuda militar a las potencias latinas, no dio resultado. Al mismo tiempo, Juan debía enfrentarse con la oposición de su propia familia: sus hijos Manuel II y Andrónico IV, y su nieto Juan VII pretendían obtener un título imperial y tierras que pudiesen llamar propias. Sólo Manuel puso por delante los intereses del imperio; los otros se prestaron a intrigar con cualquier potencia extranjera que pudiese favorecer sus intereses. Los osmanlíes no tuvieron grandes dificultades para conquistar Tracia y Macedonia. En el año 1369, el sultán Murad I estableció su capital en Adrianópolis. En 1371 barrió a un ejército serbio en la batalla del río Maritza. Manuel II resistió durante poco tiempo en Tesalónica, ciudad que se vio obligado a abandonar en 1387. El hijo de Murad, Ba-



Niketas Choniates, historiador del período 1118-1206. Retrato en miniatura de un manuscrito suyo del siglo XIV. Biblioteca Nacional, Viena, Hist. Gr. 13.

yezid I, recibió la sumisión de la Grecia continental y conquistó Bulgaria.

El imperio quedaba ahora reducido a la propia Constantinopla y Manuel II (1391-1425) empezó su reinado como vasallo turco. El peligro turco causaba alarma en el oeste y se hicieron algunos esfuerzos para liberar Constantinopla. Manuel partió para Italia, Francia e Inglaterra, pero no consiguió ninguna ayuda efectiva. Constantinopla hubiera podido caer durante su ausencia si Bayezid y su ejército no hubiesen sido aniquilados en el año 1402 por el conquistador mongol Timur (Tamerlán). Esto dio al imperio un tiempo de respiro durante el cual reconquistó brevemente Tesalónica. Sin embargo, con la accesión de Murad II en 1421, los osmanlíes volvieron de nuevo al ataque. El hijo de Manuel, Juan VIII, desesperado, reabrió las negociaciones con el papa; esto dio como resultado el Concilio de Florencia (1439), al cual asistió el emperador, y que puso a la Iglesia bizantina bajo la jurisdicción papal. Pero, al igual que había ocurrido con la unión de 1274, despertó la encarnizada oposición de los ortodoxos, y pronto se convirtió en letra muerta.

La batalla final entre Bizancio y los turcos tuvo lugar bajo un nuevo emperador, Constantino XI (1449-1453), hermano de Juan VIII, y un nuevo sultán, Muhammad II (1451-1481). El sitio empezó en abril de 1453. Constantino montó una valerosa defensa, pero los turcos tenían superioridad numérica y la ventaja tecnológica del cañón que habían adquirido en occidente. El 29 de mayo, los sitiadores tomaron las murallas por asalto. Mataron al emperador, saquearon la ciudad, y Muhamad entró triunfalmente en su nueva capital.

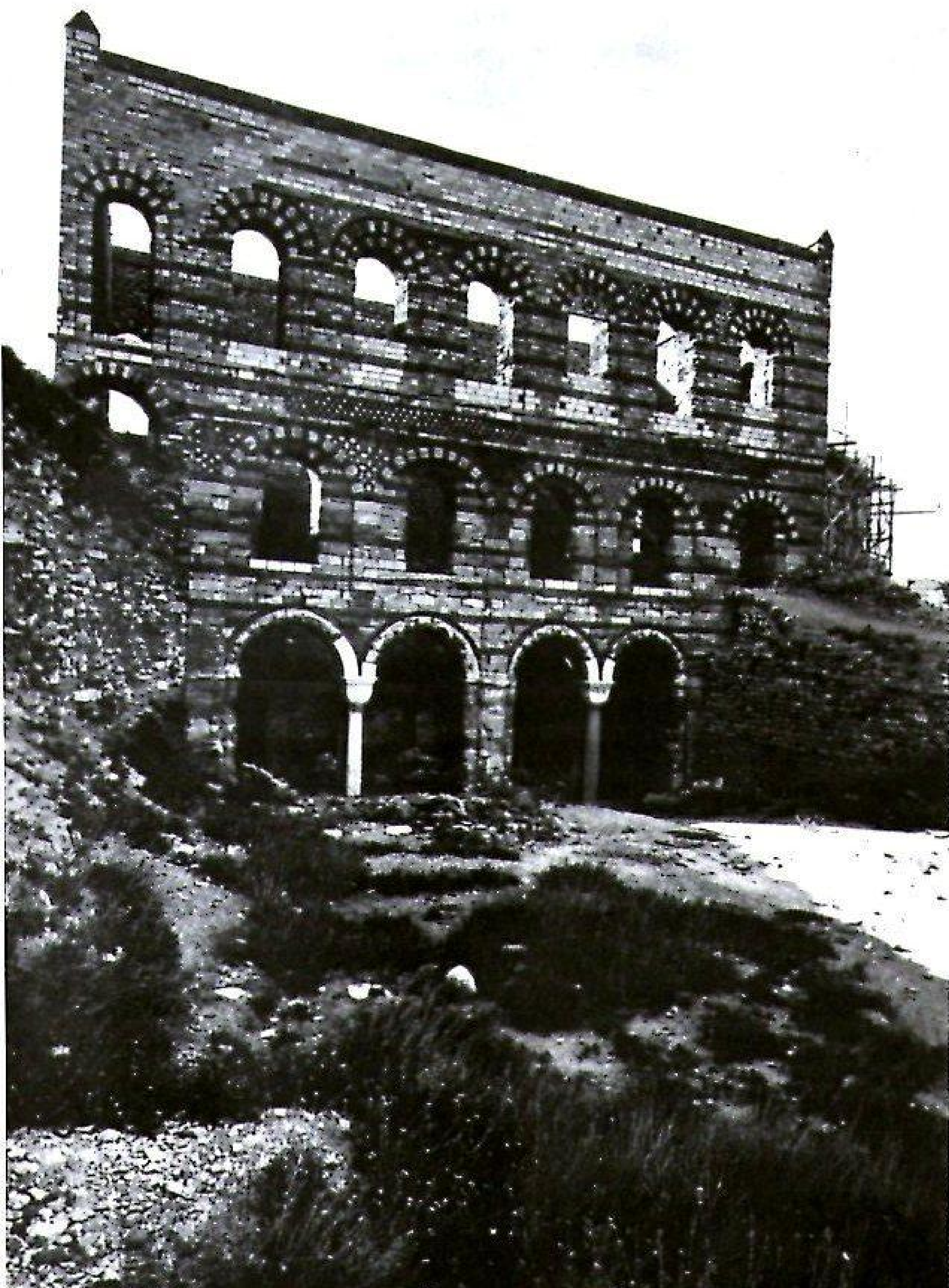
No fue hasta el año 1460 que Muhammad expulsó a los paleólogos de la ciudad de Mistra, cerca de Esparta. La descentralización imperial y las malas comunicaciones, habían transformado la provincia bizantina del Peloponeso en un exarcado independiente que, a partir de la década de 1370, se había ampliado a expensas de los dirigentes latinos de la península y había creado en Mistra una corte más brillante que la de Constantinopla. Al imperio de los paleólógos le sobrevivió, durante algo más de un año, el estado que la familia comnena había fundado en 1204 en la parte más oriental del mar Negro, y que sus descendientes insistían en llamar imperio, desafiando a Constantinopla. Su capital, Trebisonda, cayó en el año 1461.

La era final de Bizancio, si bien vio el colapso del imperio, fue un período de prosperidad general, que se reflejó en los ricos y elaborados monumentos del imperio y de sus principados rivales. Fuera de la capital, los restos más importantes son, sin duda, los de Mistra, capital de los dominios bizantinos en el Peloponeso, en donde se conserva prácticamente una ciudad entera, con varias iglesias decoradas con frescos y un importante palacio, así como las calles. Dos iglesias de Tesalónica, Santa Catalina y los Santos Apóstoles, datan del período paleólogo, al igual que las iglesias de Mesembria (Nessebar, en Bulgaria), y los monasterios de Meteora, colgados de altos y escarpados peñascos. En otros estados, la iglesia de Paregoritissa en Arta y en Épiro, y la de Santa Sofía en Trebisonda, pueden contarse entre los monumentos más bellos de la época. El período también vio el desarrollo de la pintura, de un estilo más vívido, como evidencian los frescos de la capital y de Mistra.

La sociedad bizantina. Bizancio era, racialmente, una sociedad extremadamente diversa. Las invasiones y migraciones de finales de la antigüedad redujeron la población nativa de los Balcanes y del Asia Menor y añadieron elementos germanos, celtas, eslavos y hunos al ejército y a la población rural, mientras que las ciudades recibían un

flujo constante de inmigrantes procedentes del norte de África, Italia, Egipto, Palestina, Siria y Armenia. Durante la Edad Media entraron en los territorios europeos del imperio oleadas de invasores procedentes del Asia central, mientras que las costas de la frontera oriental estaban abiertas a los árabes y, más tarde, a los turcos. A partir del siglo XI, hubo un movimiento de europeos occidentales hacia Oriente Medio, como cruzados, mercaderes y mercenarios. Para apreciar esta diversidad étnica, sólo hay que considerar el origen de algunos de los nombres de las últimas aristocracias bizantinas: Tornikes (armenio), Asan (cumano), Raoul (francés) y Melikes (turco).

Dos pueblos merecen especial atención: los eslavos y los armenios. Los eslavos no sólo colonizaron toda la península de los Balcanes durante los siglos VI y VII, sino que gran número de ellos fueron trasladados a la fuerza a Asia Menor por ciertos emperadores. La tierra nativa armenia era el área montañosa del Cáucaso pero, a causa de la emigración, natural o forzada, y del servicio en el ejército, los armenios se instalaron en todas partes del Asia Menor y estaban representados en todas las clases sociales. Ningún otro grupo proporcionó al imperio tantos soldados y administradores de talento.



Los bizantinos no tenían en cuenta el origen racial de un hombre, mientras se profesase cristiano ortodoxo y súbdito leal del emperador «romano» en Constantinopla. En la práctica, también debía ser versado en griego que, desde el siglo VII, era el único idioma oficial.

La herencia romana, cristiana y griega de la civilización bizantina, estaba investida poderosamente en la ciudad de Constantinopla. Con sus grandes dimensiones, su trazado ordenado de avenidas, columnatas y *fora*, con columnas y estatuas imperiales, sus termas, hipódromo y cisternas, Constantinopla era la ciudad cristiana más majestuosa de la temprana y alta Edad Media. La vieja Roma era todavía un centro metropolitano gracias al gran prestigio de su tradición apostólica, pero la curia papal apenas era el equivalente de la vasta corte imperial que aspiraba a la dominación política del mundo y absorbía los beneficios de un subcontinente. El ceremonial, personal y gastos del régimen imperial, mantenían la población de una ciudad que, como mínimo antes del año 1204, ascendía a varios cientos de miles.

Muchas ciudades podían jactarse de tener una tradición cristiana más antigua que la de Constantinopla, pero pocas podían exhibir tantos signos visibles de santidad. Las fuentes de información revelan los nombres de unas 500 iglesias que fueron fundadas dentro de sus murallas, durante la dominación cristiana. Aparte de ello, Constantinopla poseía la mayor colección de reliquias cristianas que se pudiera encontrar. La mayor parte se conservaban en la capilla del palacio imperial; habían sido coleccionadas por generaciones de emperadores con una falta de escrúpulos

Izquierda: Tekfur Saray, cerca de las murallas de Constantinopla, llamado el palacio de Constantino Porfirogéneta. Probablemente se refiere a un hijo de Miguel VIII, y no al emperador del siglo X.

Página siguiente: Kariye Cami, en Constantinopla, el centro de la cual probablemente fue obra de Isaac, el hijo pequeño de Alejo I.

Abajo: Subestructura del palacio construido por el emperador Teófilo en Bryas (Maltepe), cerca de Constantinopla.

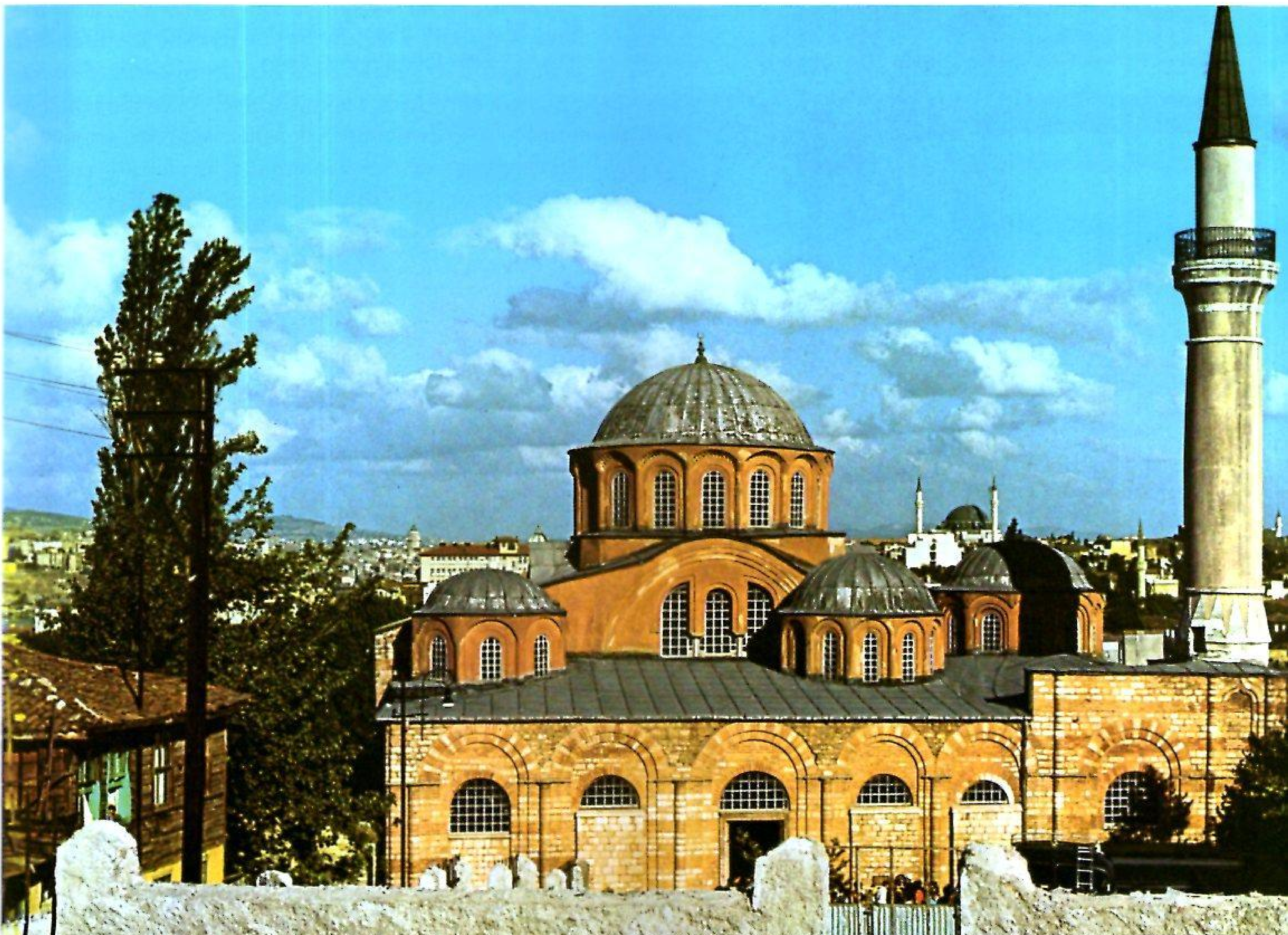


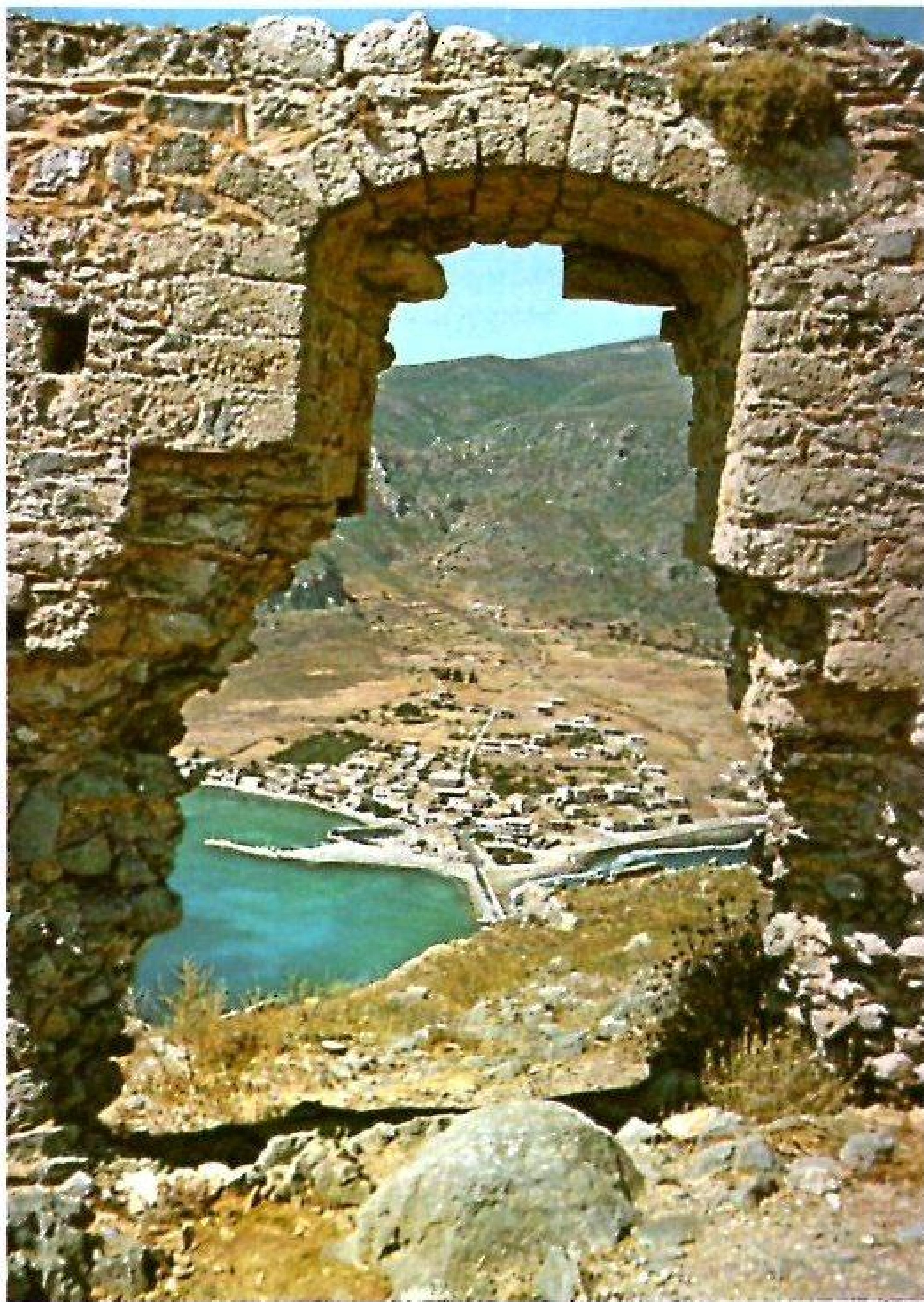
equivalente a la de los modernos coleccionistas de arte. Una reliquia sagrada representaba la protección sobrenatural, el *genius loci,* del palacio donde se conservaba y, al formar esta enorme colección, los emperadores no sólo deseaban mejorar su capital, sino reducir el prestigio de todos los otros centros.

No es probable que los dirigentes bizantinos, aparte de casos individuales raros, como León VI y Constantino VII, hicieran esfuerzos similares para coleccionar antiguas obras literarias griegas. Incluso a fines de la antigüedad, probablemente la educación clásica en Constantinopla era menos concienzuda que la de Atenas, Antioquía o Alejandría. Pero Constantinopla sobrevivió hasta 1204 sin que sus bibliotecas fuesen saqueadas: todos los textos que forman la base para los estudios griegos actuales nos han llegado a través de la tradición escrita que, en uno u otro momento, pasaron por la Constantinopla medieval, principalmente las bibliotecas de palacio y del patriarcado. Durante el período bizantino continuó haciéndose la copia de textos antiguos lo cual da testimonio de su constante, aunque limitada, demanda. Los intelectuales bizantinos adoptaron el griego antiguo como lengua oficial con resultados lamentables, tanto para el idioma como para ellos pero, al hacerlo, perpetuaban una tradición que existía desde el siglo III a.C. y que de lo contrario hubiese muerto.

La ciudad de Constantinopla. Durante su historia como ciudad cristiana, Constantinopla vivió dentro de los mismos límites que se habían establecido en los siglos IV, V y VI. El perímetro fijado por Teodosio II a principios del siglo V demostró ser más que suficiente para la futura expansión. Los emperadores se construían palacios de verano fuera de sus murallas, y los genoveses tenían su propia colonia fortificada de Galata (Pera) al otro lado del puerto. Por otra parte, la vieja ciudad acogía tanto la vida de «ghetto» de las minorías extranjeras, como la privacidad «suburbana» de los ricos. El marco arquitectónico de la vida pública continuaba siendo el mismo que había sido a finales del siglo VI: las defensas, las diversiones públicas, calles y plazas, hipódromo y Santa Sofía, eran todo obra de emperadores que habían reinado antes del período tratado en este capítulo. Durante los períodos medio y final de Bizancio, se hicieron muchas construcciones importantes, cuyo propósito no era embellecer la ciudad ni servir a su comunidad.

El punto de decadencia a que había llegado la vida cívica





en el siglo XII queda patente en la descripción que hizo un visitante francés, Odo de Deuil, a la corte de Manuel I. Después de describir el palacio de Blachernae (ver más adelante), Odo escribe: «El tercer lado del triángulo de la ciudad está formado por campos, pero se halla fortificado por una doble muralla con torres, que va desde el mar hasta casi dos millas del palacio. Esta muralla no es gruesa, ni sus torres se elevan a gran altura pero la ciudad, tal como yo lo entiendo, confía en su considerable densidad de población y en el largo período de paz que ha disfrutado. Dentro de las murallas los terrenos están vacíos; imperan el arado y la azada y hay huertos que suministran todo tipo de verduras. Desde fuera penetran acueductos subterráneos, que distribuyen abundante agua dulce a la ciudad. Ésta es sucia y maloliente y en muchos lugares condenada a oscuridad perpetua, ya que los ricos cubren las calles con sus edificios, dejando la suciedad y las sombras a los pobres y los extranjeros. Al amparo esta oscuridad se comenten asesinatos, robos y otros delitos. Como no existe la justicia en esta ciudad, que tiene casi tantos dueños como hombres ricos, y casi tantos ladrones como indigentes, los delincuentes no

Izquierda: La ciudadela de Monemvasia, en la costa oriental del Peloponeso. La ciudad fue famosa por su comercio de vinos; pueden verse los bancales de viñedos vacíos.

Abajo: El palacio de Mistra, la capital de los paleólogos en el Peloponeso. El edificio principal es del siglo XV.



tienen ni miedo ni vergüenza. Los delitos no son castigados por la ley ni salen a la luz del día. Se aparta de las normas en todos los aspectos porque de la misma manera que supera a otras ciudades por sus riquezas, también lo hace por sus vicios».

Dos siglos más tarde, después de la despoblación y del estado ruinoso causado por la ocupación latina, las dimensiones de Constantinopla no impresionaban a los extranjeros. Un geógrafo árabe escribía: «En el interior de la ciudad hay campos labrados, huertos y muchas casas en ruinas», y un observador occidental decía que «apenas está habitada una tercera parte de la ciudad, el resto son huertos o campos, o viñedos, o tierras yermas». Hasta el final continuó funcionando la corte imperial y el culto público en Santa Sofía pero en el hipódromo, en donde se habían celebrado los importantes actos en que el emperador aparecía ante su pueblo, había cesado toda actividad desde el año 1204, y sólo habían tenido lugar algunas justas ocasionales.

Los únicos edificios seculares erigidos en la capital por los emperadores de las Edades bárbaras y posteriores fueron palacios y para ello, como mínimo, no se escatimaron gastos. Justiniano II, Teófilo, Basilio I, Constantino VII, Nicéforo II y Manuel I, todos ampliaron y modificaron el gran palacio cercano al hipódromo. De las numerosas residencias imperiales en otras partes de la ciudad, dos son dignas de mención: el palacio de Mangana, debajo de la antigua acrópolis de Bizancio, construido en el siglo IX, y el complejo del barrio de Blachernae, en el extremo norte de los cercados, junto a la iglesia que contenía un precioso velo de la Virgen. Este palacio se edificó en los siglos XI y XII, especialmente por los comnenos y después de 1261 se convirtió en la residencia principal de los emperadores paleólogos. Esta «huida a los suburbios» era sintomática del hecho de que la dinastía imperial era ahora solamente una familia aristocrática entre muchas otras. Un cronista afirma que los familiares y seguidores de Alejo I «construían casas que, por sus dimensiones parecían ciudades y por su magnificencia no eran inferiores a los palacios reales».

De todas estas estructuras prácticamente no ha quedado nada. Las ruinas de Tekfur Saray, junto a los cercados, probablemente se pueden identificar con el palacio construido por Constantino Paleólogo, hijo de Miguel VIII. En Maltepe, en la parte asiática del Bósforo, se ha descubierto una gran estructura, identificada como el palacio de Bryas, que construyó el emperador Teófilo de acuerdo con un modelo árabe.

Al igual que sus predecesores de los siglos V y VI, los emperadores bizantinos del período posticonoclasta fueron grandes constructores de iglesias. Sus obras consistían en monasterios y capillas para uso restringido, más que para el culto público. El tipo de arquitectura era una variante de la planta en cruz griega abovedada (véase páginas 132 a 140), con cuyo estilo se construyó la iglesia de la Virgen de Pharos, que edificó Miguel III como la capilla de palacio. Otra iglesia de palacio fue Nea Ecclesia, construida por Basilio I, que también restauró la de los Santos Apóstoles, el tradicional mausoleo imperial y edificó otras dentro y fuera de la ciudad. No ha perdurado ninguna de ellas, aunque la de Nea, con una estructura de cinco cúpulas fue seguida en la iglesia monasterio que un funcionario del gobierno, Constantino Lips, construyó durante el reinado de León VI y que todavía perdura, si bien en muy mal estado, como la de más al norte del complejo denominado Feneri-Isa Cami. Desde el reinado de Romano Lecapeno, tenemos la iglesia del monasterio de Myrelaion. De las iglesias que los pródigos emperadores de mediados del siglo XI construyeron dentro y alrededor de Constantinopla, no queda ninguna, aunque la del monasterio de Nea Moni, en la isla de Quíos, fundada por Constantino IX Monómaco en el año 1405, da idea de cómo debieron ser. Queda mayor número de iglesias del período comneno, la mayor parte de ellas fundadas por la dinastía reinante. El coro de Kariye Cami probablemente fue obra de Isaac, el hijo menor de Alejo I. La Eski Imaret Cami, cerca del Bósforo, se identifica con el monasterio de Cristo Pantepoptes, fundado hacia el 1100 por la madre de Alejo, Ana Dalassena. El monasterio de Cristo Pantocrátor fue fundado por Juan II y su esposa Irene. Sus tres iglesias, (Zeyrek Kilise Cami), de las cuales la principal se utilizó como mausoleo de la dinastía, forman el conjunto arquitectónico más hermoso del período comneno.

Ninguna de las iglesias que quedan en Estambul conserva la estructura íntegra del período paleólogo, si bien se sabe que se construyeron algunas de nueva planta y quedan ejemplos de iglesias de las cuales tomaron posesión y restauraron prominentes miembros de principios de la corte paleóloga. Teodora, la esposa de Miguel VIII, edificó una iglesia al sur de la de Constantino Lips y la rodeó, en dos de sus lados, por un claustro. Tanto la iglesia como el claustro están llenos de *arcisolia* (recesos) en donde se hallan las tumbas de la familia. Un fenómeno parecido se puede observar en las iglesias que contienen los mosaicos más famosos del período: la de Chora (Kariye Cami), y la de la Virgen Pammakaristos (Fethiye Cami). Aquí, las estructuras paleólogas añadidas en el siglo XII sirven de capillas funerarias y contienen tumbas en las que constan, en retratos e inscripciones, los nombres de los difuntos, todos familiares de los restauradores: Teodoro Metochites, ministro de Andrónico II y Miguel Glabas Tarchaneiotes, un oficial

militar. Estas construcciones son testimonio de hasta qué punto el patrocinio religioso del momento estaba vinculado al orgullo de las familias aristocráticas.

Decadencia de las ciudades provinciales. La existencia continuada de Constantinopla aseguraba que a la sociedad bizantina no le faltase nunca la cultura urbana. Sin embargo, parecería que esta cultura se hubiese mantenido a expensas de la vida urbana de casi todas las otras partes del imperio. Sólo una ciudad consiguió mantener la forma y dimensiones de una antigua metrópolis: Tesalónica, la segunda del imperio. El silencio de las fuentes de información implica, y la evidencia arqueológica confirma, que la mayor parte de ciudades de provincias de Bizancio, incluso si ocupaban el lugar de otras ciudades antiguas, estaban edificadas a escala muy humilde. Los cascotes y desechos de derribo eran los materiales de construcción más habituales. Los edificios, en su mayoría, constaban de una sola planta y no había planificación urbana. En los lugares en donde se conservaban las murallas de la antigua ciudad romana, como en Nicea y Filadelfia, la población podía ocupar una amplia área, si bien no tenía mayor densidad que Constantinopla. Si no, quedaban generalmente restringidas al estrecho espacio de una ciudadela fortificada. Parece que prácticamente no había otros edificios más que casas, fortificaciones e iglesias.

No es difícil hallar explicación para la decadencia de esas ciudades provinciales. Las invasiones de la primera parte de la Edad Media destruyeron y despoblaron las ciudades romanas y cuando se volvieron a ocupar las provincias la necesidad primordial era tener bases fortificadas para poder resistir; no había lugar para la cultura o para la actividad económica más allá del aprovisionamiento del ejército. La palabra usada comúnmente para designar una ciudad, no era *polis* sino *kastron*, una helenización de la palabra latina de la cual se deriva «castillo». La aristocracia provinciana estaba formada por una clase guerrera, con valores heroicos y la moralidad austera del Antiguo Testamento. Los provincianos con otras inclinaciones debían ponerlas en práctica en la capital y, una vez establecidos allí, ni ellos ni sus descendientes tenían motivos para abandonarla. Cualquier consuelo que el eclesiástico del siglo XII, Miguel Choniates, pudiera obtener del hecho de que su sede provincial se hallase en la histórica ciudad de Atenas, no hubiese podido superar el contacto con los bárbaros atenienses de aquellos días, aunque no tardó en darse cuenta de que sus desdichas se debían, en gran parte, a la rapacidad de Constantinopla. En estas condiciones, se necesitaba más que paz, para que prosperaran las ciudades de provincias; se necesitaba la caída temporal de Constantinopla a manos extranjeras y el debilitamiento permanente del gobierno central. Las ciudades del oeste del Asia Menor recobraron su vigor durante el período del imperio de Nicea. Los impresionantes monumentos de finales de la era bizantina en Arta, Mistra y Trebisonda deben su existencia, y su sabor cosmopolita, al hecho de que estas ciudades eran centros políticos independientes de Constantinopla.

Sin duda, el comercio jugó su papel en la prosperidad de las ciudades: aparte de Constantinopla y Tesalónica, grandes puertos con importantes manufacturas, estaba la industria de la seda de Tebas, el comercio de pieles de Kastoria y el de vinos de Monemvasia. El gobierno se dio cuenta de la importancia del comercio para los ingresos del estado e hizo lo que pudo para proteger a sus mercaderes, como mínimo hasta el siglo XI. No eran tan estrictos contra la usura como en la cristiandad latina y la riqueza podía comprar los atributos de la categoría social. La clase dirigente de la Ioannina del siglo XIV, que englobaba algunas familias de rancio abolengo, se dedicó al comercio. Sin embargo, la actitud preponderante en Bizancio, al igual que en la mayor parte de monarquías, desaprobaba el mercantilismo profesional. Teniendo en cuenta que los intereses comerciales bizantinos no podían, como en otras organizaciones sociales más laxas de Europa occidental, beneficiarse de las luchas por el poder entre las potencias fácticas de la sociedad –la monarquía, la aristocracia y la Iglesia– a fin de emanciparse se veían obligados a someterse a la competencia extranjera.

Por lo tanto, fuera del ámbito de Constantinopla, y soportando la superestructura administrativa dominante, el imperio era una sociedad rural, «medieval» en el sentido más popular del término: una sociedad en la que los hombres se dividían en: los que luchaban, los que rezaban, y los que cultivaban la tierra. Durante los siglos VII, VIII y IX pudo haber existido alguna confusión entre la primera y la tercera de estas categorías, pero no cabe duda de que el campesinado existía para permitir a las otras clases servir a Dios y a su gobernador con el mínimo de preocupaciones triviales. La continuidad de la ley romana, la cultura griega y la economía basada en el dinero dio a Bizancio una sofisticación que, en último término, fue engañosa, porque negaba una experiencia potencialmente más valiosa: descubrir de nuevo estas tradiciones.

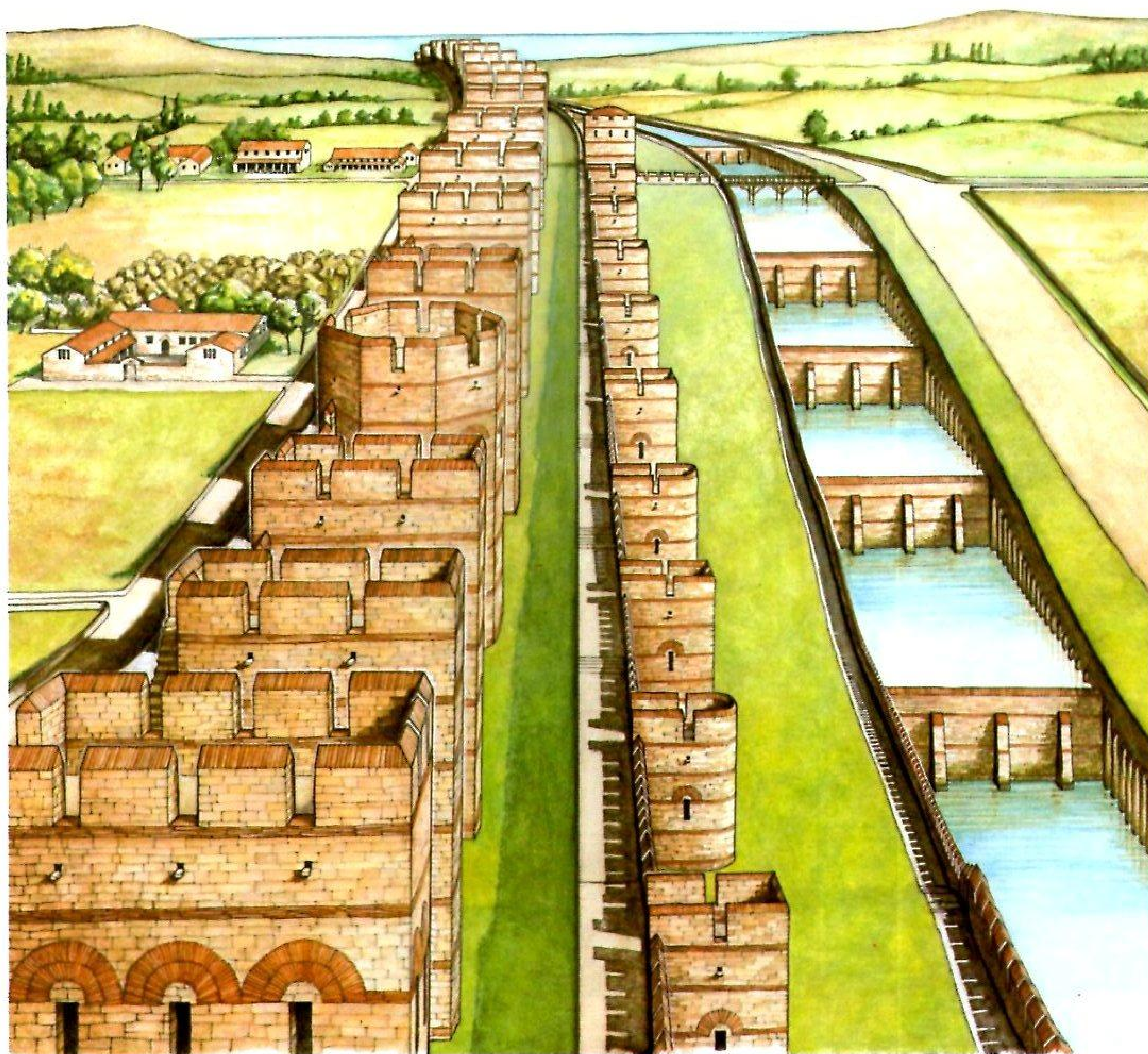
Las defensas del Imperio

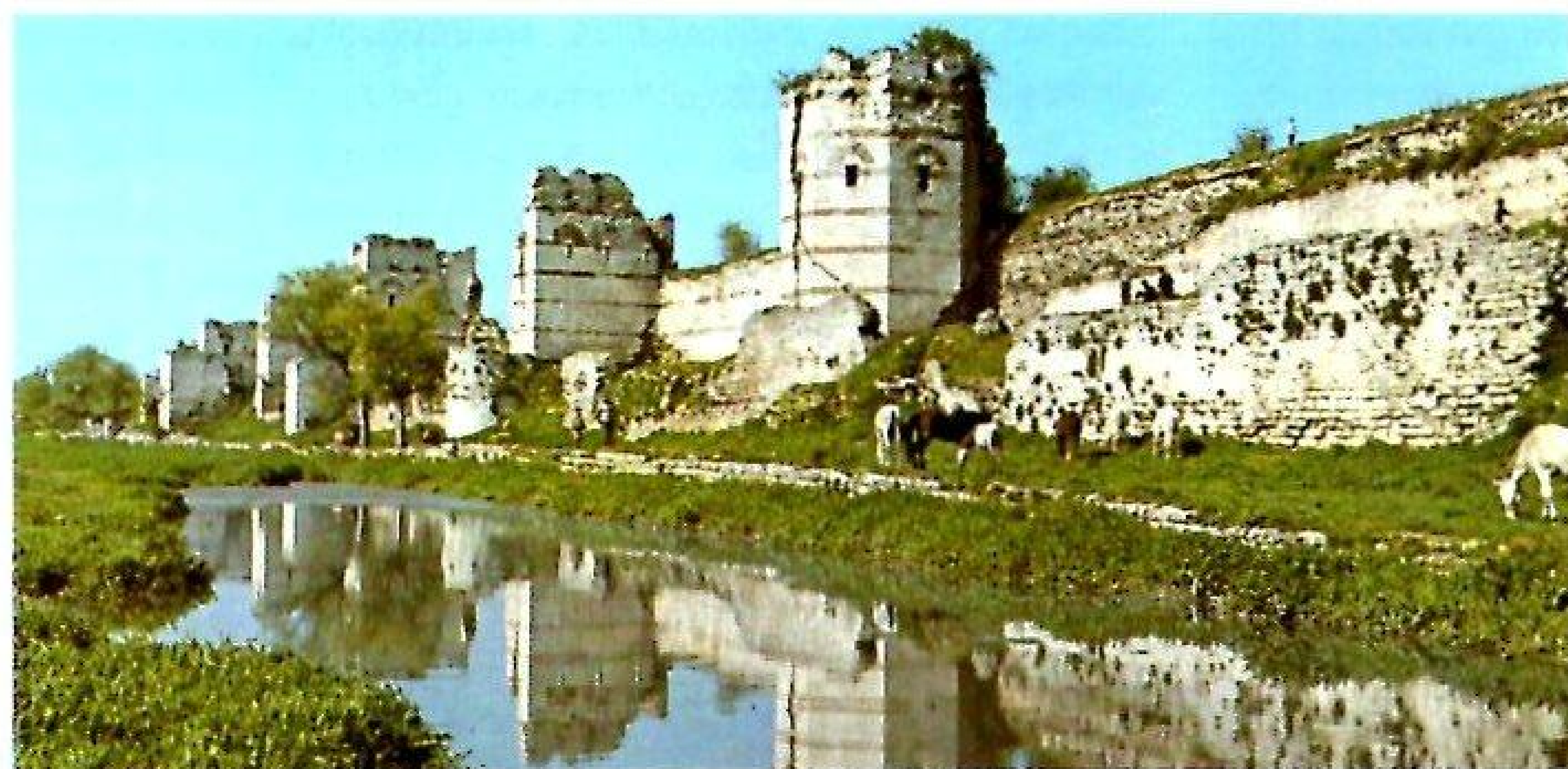


Después de la pérdida de occidente, las provincias orientales se defendieron con éxito durante tres siglos con fortificaciones, tropas y diplomacia. Pero, finalmente, no pudieron resistir los violentos ataques de principios del siglo VII, cuando ávaros y eslavos invadieron los Balcanes y los persas, apoderándose de las provincias orientales, dejaron en ruinas el Asia Menor. Si bien éstos fueron derrotados por los esfuerzos heroicos de Heraclio, apareció un enemigo nuevo y más resuelto, los árabes, que arrancaron permanentemente a Siria, Palestina y Egipto del control imperial. En esta crisis suprema de la existencia del imperio había que desarrollar un nuevo sistema de defensa; su eficacia hizo posible la supervivencia del estado bizantino que pudo, finalmente, pasar a la ofensiva.

La estructura social y económica del Asia Menor había sido destruida por la larga guerra con los persas, que había dejado devastados las ciudades y el campo. En su lugar, los bizantinos crearon un sistema administrativo en el cual grandes distritos, llamados «temas», sustituían las provincias. Cada tema estaba gobernado por un *strategos,* o general que mandaba las tropas de todo el distrito y al cual estaba subordinado el gobierno civil. El sistema era simple y eficiente. La sede central de cada uno de los ejércitos de los tres temas en que se dividía el Asia Menor, se hallaba en ciudades poderosamente fortificadas, situadas en importantes vías de comunicación. *Arriba:* Las murallas de Ancira (Ankara), una capital temática que, a partir del siglo VIII, era el cuartel general de un ejército de 8.000 hombres.

La fuerza del imperio y su habilidad para resistir al enemigo más persistente residía en su organización centralizada, en su ejército y armada bien entrenados y equipados, en su tecnología avanzada y en sus potentes obras defensivas.





Las murallas de Constantinopla. Las originales construidas por Constantino fueron reemplazadas en tiempos de Teodosio II para abarcar un área mayor y enfrentarse a la amenaza de Atila, el huno. Las fortificaciones, las más avanzadas de la época, constaban de un foso de 60 pies de ancho y 20 de profundidad, un muro exterior de 15 pies de alto detrás del cual podían apostarse las tropas, y la muralla principal cuyos muros, de 15 pies de espesor y 40 pies de altura, estaban protegidos por torres. La muralla era tan potente que resistió hasta que los cañones de los turcos le abrieron una brecha en 1453. Reconstrucción de Krischen.





Arriba y derecha: La escarpada e inaccesible acrópolis de Sardes ilustra la suerte de muchas ciudades en la época de las invasiones. A finales de la antigüedad, Sardes era una activa capital provincial que se extendía profundamente en la llanura. Después de su destrucción por los persas en el año 616, la ciudad se retiró a la cumbre de la montaña y fue rodeada por fuertes murallas construidas con los materiales de sus antiguos edificios destruidos. Algunos de los habitantes vivían en la ciudadela, saliendo durante el día a apacentar el ganado y cultivar los campos; otros ocupaban asentamientos, que parecían pueblos diseminados, sobre el antiguo emplazamiento, uno de ellos sobre el templo de Artemisa en ruinas, cuyas columnas pueden verse a media distancia (*arriba*).

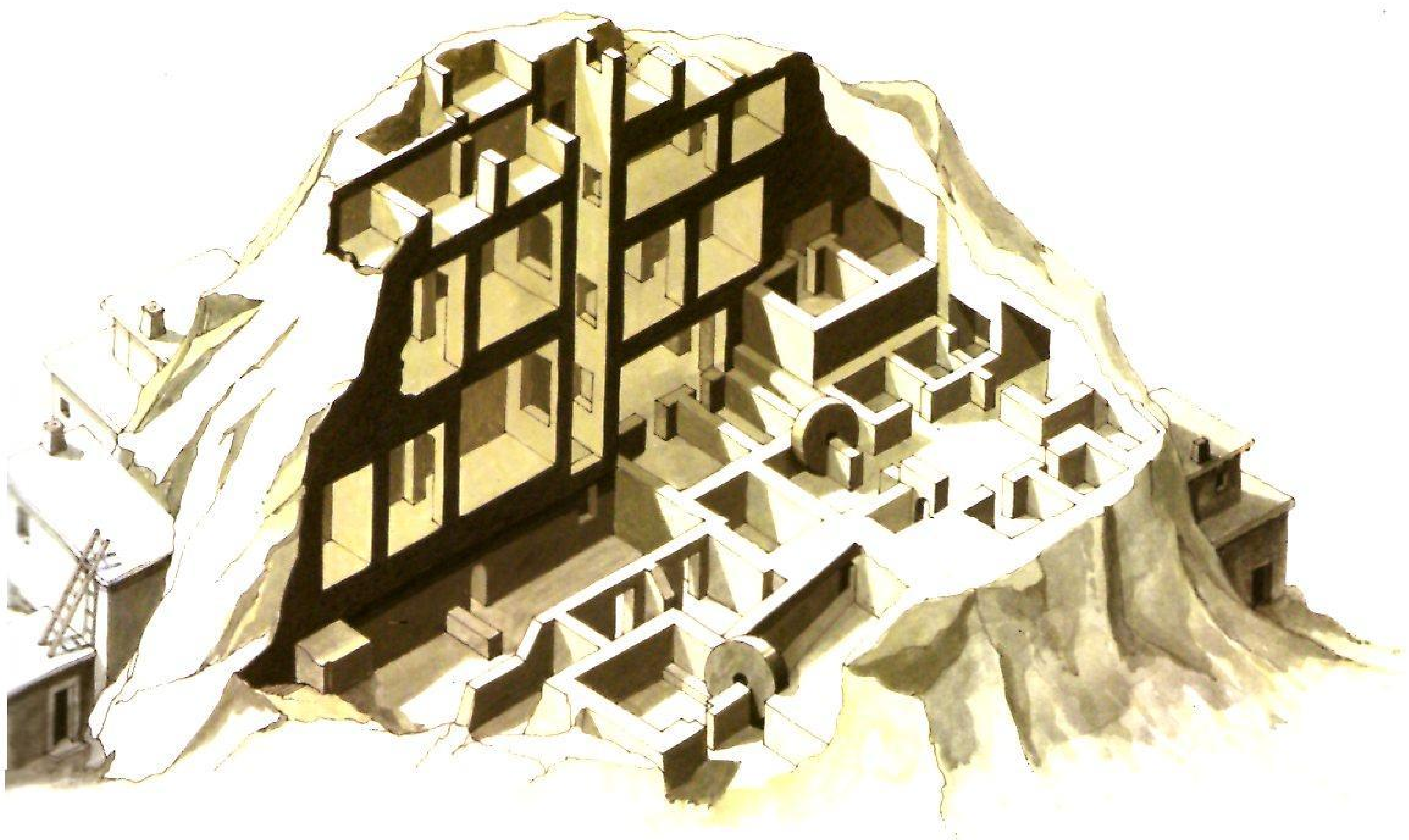


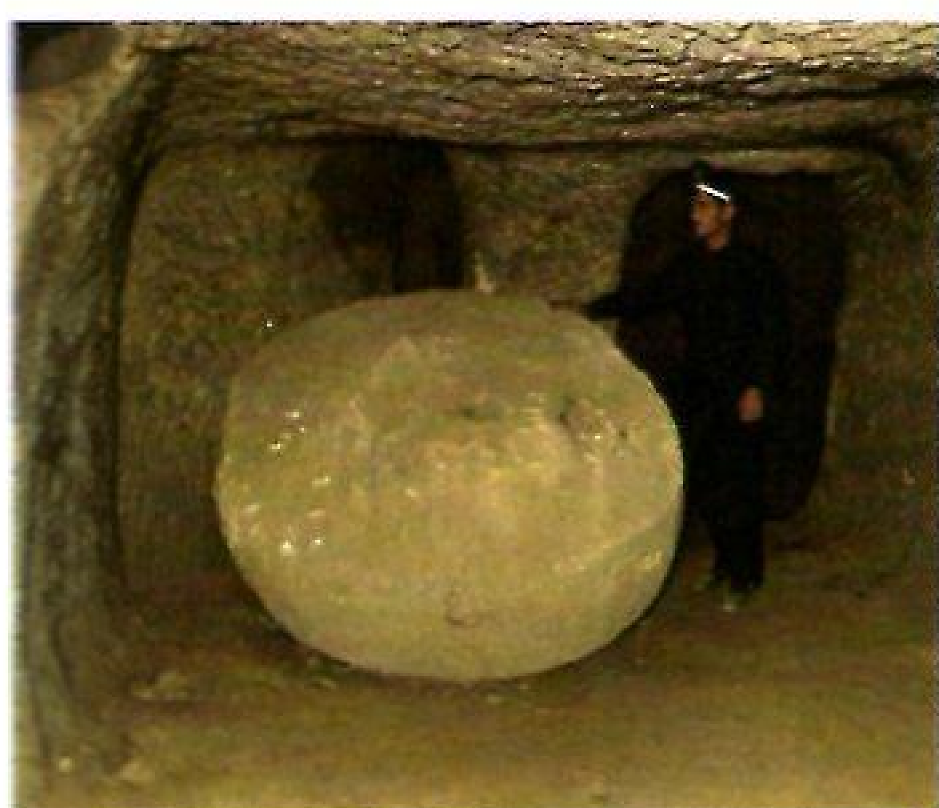
Abajo, derecha: Asia Menor durante los ataques árabes. Éstos consistían en grandes expediciones por tierra o por mar, normalmente con la capital como objetivo, y en incursiones anuales para obtener botín. La mayor parte de los ataques por tierra se hacían a través de las puertas cilicias hacia las llanuras de Anatolia, en donde los invasores se diseminarían en distintas direcciones para reunirse y marchar después de haber devastado y robado el país. Las fuerzas temáticas podían movilizarse fácilmente contra los invasores y, si se trataba de una importante expedición enemiga, se podía notificar rápidamente a la capital mediante una serie de fogatas en la cumbre de las montañas entre las puertas cilicias y el mar de Mármara. Entonces las fuerzas imperiales podían avanzar a través de Anatolia para encontrarse, en un lugar determinado, con los contingentes temáticos.





El puerto de Atalia (Antalya), *arriba,* en un grabado de 1840, e *izquierda,* tal como es hoy. El enemigo llegaba por tierra, pero también por mar, costeando la orilla sur del Asia Menor en incursiones de saqueo o grandes expediciones. La flota árabe hizo grandes avances, llegando en dos ocasiones hasta la capital y sitiándola en los años 663 y 716. El tema naval de Cibyrrhaeots, organizado para combatir esta amenaza, tenía su cuartel general en Atalia, único lugar de la costa sur que había sobrevivido como gran ciudad. Era una base de materias primas y aprovisionamiento de la armada, de construcción de barcos y de la marina temática, que partiría de este puerto para interceptar un ataque o hacer incursiones contra los árabes. La ciudad y el puerto estaban rodeados de grandes murallas, reconstruidas a principios del siglo X.







Defensas ocultas: una ciudad subterránea en Capadocia. Bajo el ataque de los árabes, los habitantes excavaron varios de estos refugios en la roca blanda. Estas ciudades llegaban a tener una profundidad de ocho o diez pisos, con estancias para vivir, para el almacenaje y para el culto, situadas a lo largo de túneles que hacían de calles (*derecha*). *Arriba:* reconstrucción (según Akok) de parte de uno de estos complejos, con una «casa» individual a la derecha. *Centro:* se hacían rodar grandes mojones para bloquear las entradas.



Arriba: Ataque por tierra. El sitio de Amorium por los árabes en el año 838. En esta ilustración de un manuscrito del siglo XIII, los árabes son anacrónicamente llamados turcos. En el centro, una torre que simboliza una ciudad, está defendida por tropas temáticas. Las fuerzas sarracenas están representadas como arqueros con armas ligeras y caballería con armas pesadas.

Abajo: Ataque por mar. La captura de Tesalónica en el año 904 por el renegado cristiano León de Atalia. La ilustración muestra las tropas árabes, llevando turbantes, matando a los habitantes de la ciudad, representada por murallas y una arcada. En el centro, los árabes llevan a sus cautivos hasta la flota que aguarda en el puerto.





Arriba: El ejército bizantino. Una división de caballería, con armas pesadas, sigue a su líder. Los ejércitos temáticos, piedra angular de la defensa imperial, eran generalmente de este tipo: guerreros a caballo, vestidos con armadura y casco de metal, llevando espadas y lanzas. Estas fuerzas, de extraordinaria movilidad, estaban complementadas con infantería y tropas con armas ligeras.

Abajo: El arma secreta. El fuego griego, inventado en el siglo VII, era un líquido que aparentemente contenía salitre, sulfuro y aceite. Era propulsado desde largos tubos montados sobre barcos especiales y no era fácil apagarlo con agua. El fuego griego fue un elemento importante en las victorias bizantinas por mar. Biblioteca Nacional, Madrid.







Santos guerreros. Además de en sus murallas y armas, el imperio confiaba en la ayuda sobrenatural. Las reliquias santas y los santos patrones hacían milagros que podían, y consiguieron, salvar muchas ciudades de los asaltos del enemigo. Algunos santos, con frecuencia de origen oscuro, alcanzaron fama como guerreros cuya protección era especialmente efectiva para la defensa. Los más famosos fueron san Jorge de Lydda, en Palestina, san Teodoro de Euchaeta, al norte de Anatolia y san Demetrio de Tesalónica, que en muchas ocasiones salvó a esta ciudad de los ávaros y eslavos. *Arriba* vemos a san Teodoro Stratelates y *abajo* a san Teodoro Tiro, ambos frescos de la nave de la iglesia del Protaton, en el monte Athos, pintados por Manuel Panselinos (finales del siglo XIII o principios del XIV).

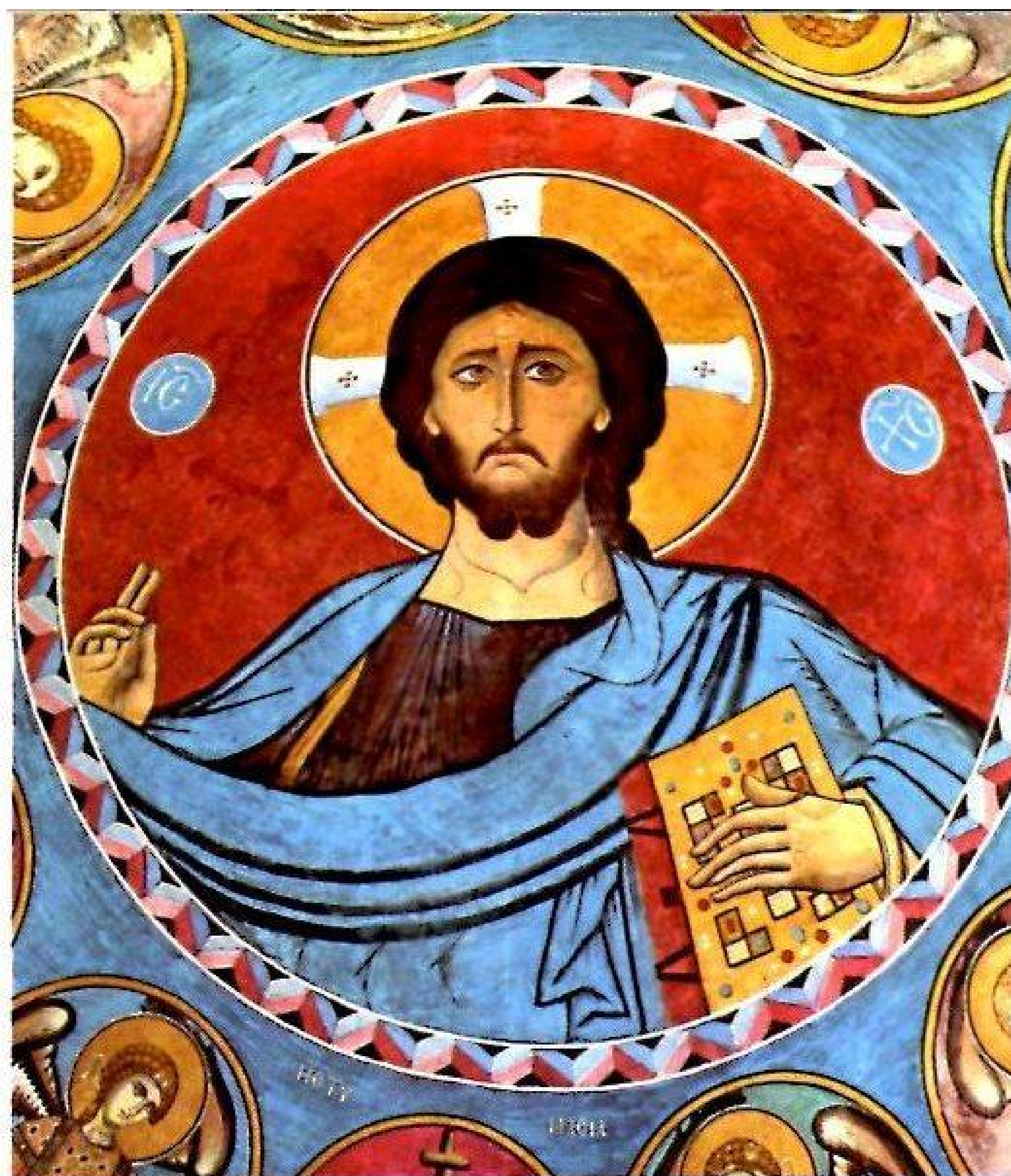
Capítulo quinto: La Iglesia y las artes



El papel de la religión. A fin de apreciar los monumentos de la civilización bizantina que todavía pueden verse hoy, es importante tener algunos conocimientos de su religión. Esto se puede abordar mejor desde las tradiciones cristianas de occidente, que nos son más familiares. De forma similar a la Inglaterra medieval, Bizancio era una sociedad en donde se daba conscientemente toda la prioridad a lo sobrenatural, en forma de un Dios cristiano bien definido, en donde se aducían demonios, brujas y milagros para explicar incluso los fenómenos más racionales, y en donde los románticos modernos han buscado la belleza y la santidad. No es accidental que en los Balcanes y en Asia Menor, como en toda Europa occidental, el tipo de edificios que se encuentran con más frecuencia sean las iglesias.

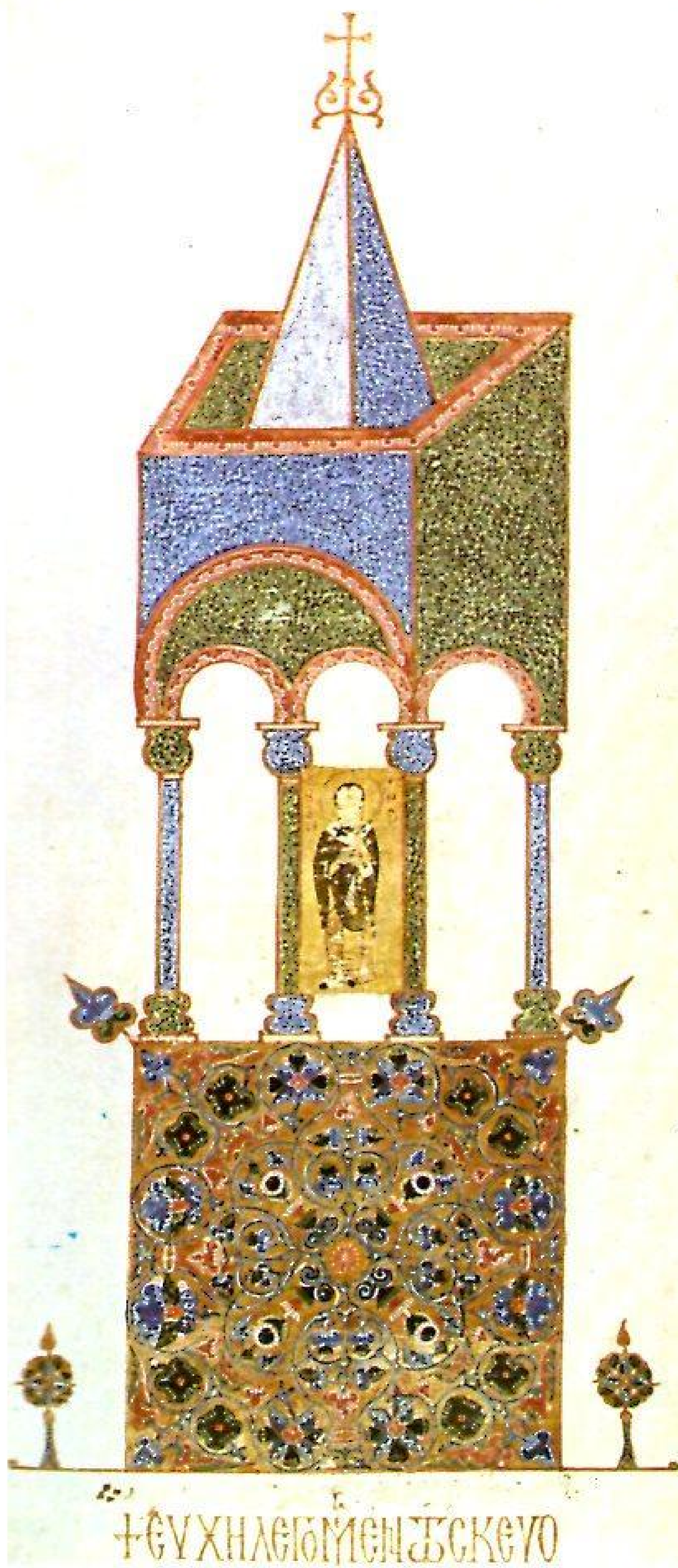
La Iglesia bizantina, que dio origen a las iglesias ortodoxas orientales de hoy en día, y la Iglesia latina, predecesora tanto de la Iglesia Católica Romana como de las Iglesias Protestantes, estaban basadas en la tradición teológica y jerárquica que había tardado siete siglos en producirse. En el siglo IX, cuando se suscitó la primera disputa seria entre Roma y Constantinopla, los puntos doctrinales más explosivos se habían resuelto mediante siete concilios ecuménicos, la autoridad de cuyos decretos fue indiscutida tanto en el este como en el oeste. Los concilios anteriores habían tratado de la herejía arriana, que había amenazado con destruir el concepto de la Trinidad. Casi todos los concilios que siguieron en los siglos V, VI y VII, estuvieron ocupados en definir a Cristo: la idea de que era una sola persona, pero con dos naturalezas, la divina y la humana, nunca fue aceptada sin importantes reservas por la mayoría de la gente en las provincias más orientales del Imperio Romano. De hecho, la disputa cristológica no fue propiamente zanjada hasta que buena parte de la población monofisita de Egipto y de Siria se convirtió al Islam, una fe que era, al mismo tiempo, más tolerante con sus diferencias y más simpatizante con su recelo sobre la Encarnación. Después de que en el séptimo y último concilio entre el este y el oeste se reconociese el segundo Concilio de Nicea (787), que restablecía la adoración de iconos, pareció que la Iglesia hubiese eliminado las amenazas más importantes contra la uniformidad y estabilidad. La autoridad eclesiástica residía entonces en dos ciudades en vez de en cinco, ya que con la caída de Alejandría, Antioquía y Jerusalén ante los árabes, estos patriarcados no podían proporcionar el mismo liderazgo que el de las antiguas capitales imperiales, Roma y Constantinopla. La civilización cristiana pertenecía ahora exclusivamente a la tradición grecorromana respecto a la lengua, conocimientos y en su devoción sin reservas a un Dios encarnado. En lo sucesivo, cualquier doctrina que oliese a monofisitismo extremo o a dualismo estaba castigada severamente, tanto en el occidente latino como en el oriente griego.

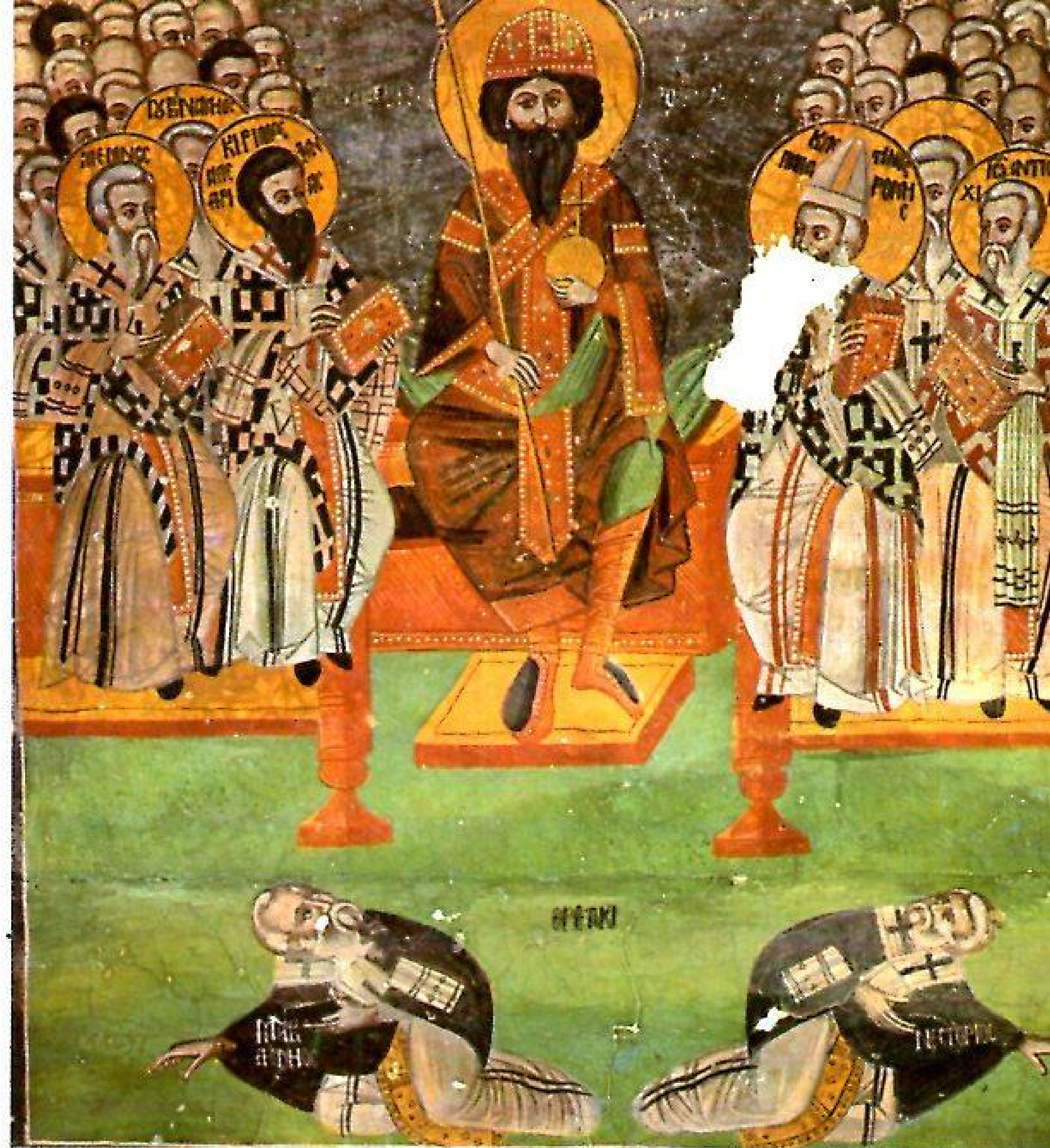
Página anterior: Sacerdote sosteniendo un icono del siglo XVI en el monasterio de San Neófito, en las montañas del sur de Chipre.



Pantocrátor del siglo XII, perfectamente conservado, en la cúpula de la iglesia Panagia tou Arakou, monasterio de Lagoudera, Chipre.

Al mismo tiempo, sin embargo, las Iglesias de Roma y de Constantinopla habían desarrollado profundas diferencias que, en el siglo IX, y de nuevo en el X, condujeron a la separación y al cisma. El latín había caído en desuso en el este y el griego en el oeste, lo que significaba que los cristianos de una y otra parte no leían los mismos Padres de la Iglesia ni usaban el mismo vocabulario teológico. Ya en el siglo IX las diferencias visibles eran tales como para inflamar los prejuicios de los incultos: los latinos utilizaban pan sin levadura en la Eucaristía y los griegos con ella; se observaban distintas reglas para el ayuno; los sacerdotes bizantinos llevaban barbas largas, mientras que los clérigos latinos iban afeitados. Sin embargo, estas diferencias no constituían un motivo legítimo de cisma. Cuando los teólogos bizantinos y latinos se anatemizaban entre ellos, lo hacían porque los latinos habían añadido a la parte del Credo que trataba del Espíritu Santo una fórmula por la cual la tercera persona de la Trinidad procedía «del Hijo» (*Filioque*), así como del Padre. Los bizantinos clamaban que esta adición era injustificada, ya que no estaba sancionada por lo que ellos consideraban ser un concilio ecuménico; en todo caso, rebajaba la monarquía de Dios Padre. Los latinos defendían que la adición era necesaria a fin de







Arriba: Miniatura de icono de Basilio el Grande en su soporte, de un manuscrito de la liturgia de Athos, Dionisio 105. Siglo XIII.

Arriba, derecha: La Iglesia en concilio. Fresco del siglo XV de la iglesia de San Sozomenos, Galata, Chipre. Representa el tercer concilio ecuménico celebrado en Éfeso el año 431 d.C.

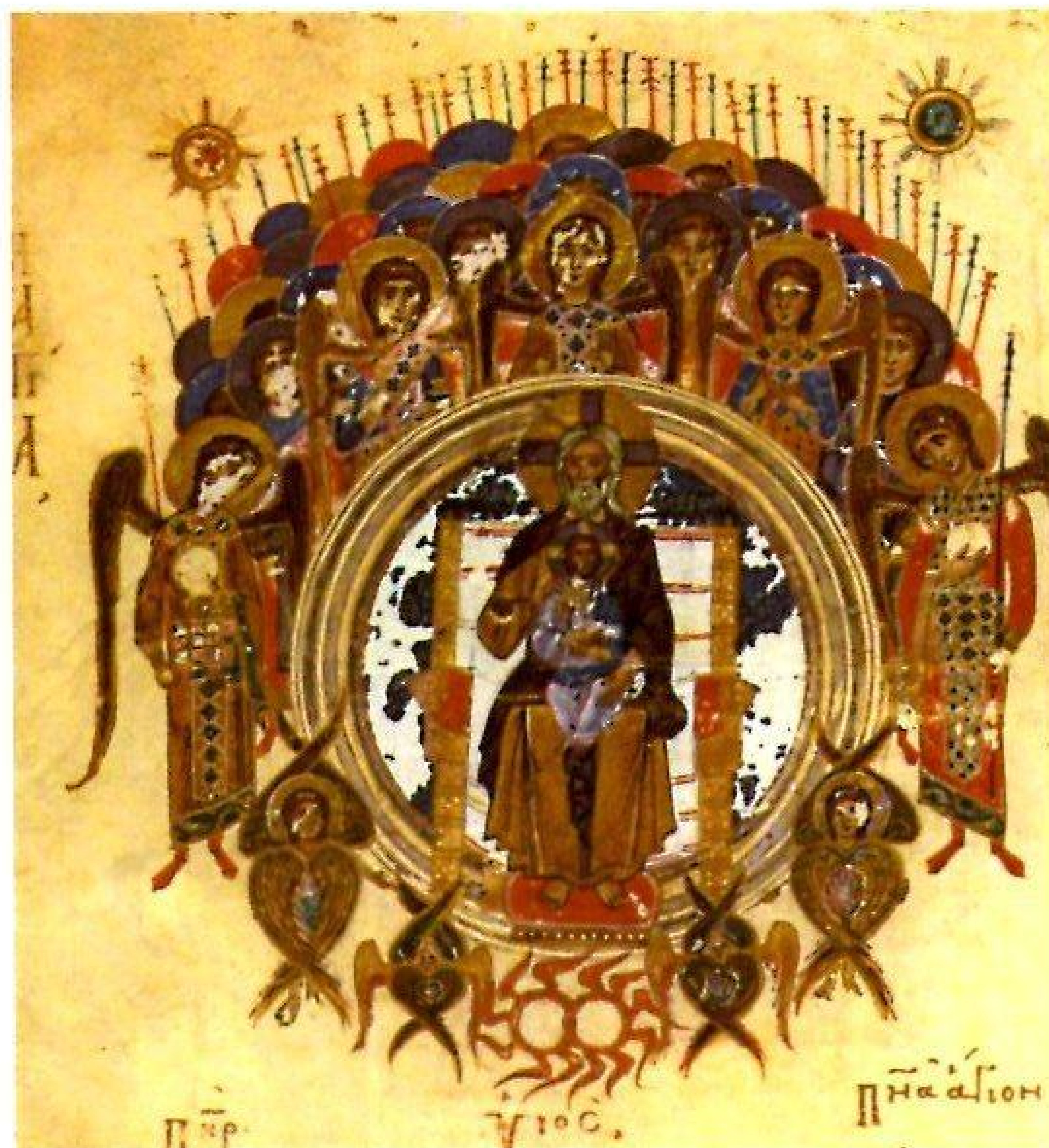
Abajo, derecha: Adoración pagana de Afrodita (siglo XII) de un manuscrito de Athos (Panteleimon 6), de las homilías de san Gregorio de Nazianzen. Los artistas bizantinos pintaban habitualmente ídolos paganos de pie sobre columnas inspirándose, sin duda, en los muchos ejemplos de estatuas antiguas que se podían ver en Constantinopla.

explicar el papel del Espíritu Santo y de que no quedase ninguna duda sobre la importancia del Hijo. La fórmula había sido introducida originalmente por misioneros que combatían la herejía arriana entre los visigodos de España. En el siglo IX, y de nuevo en las controversias que rodearon la malograda reconciliación de Lyon (1274) y de Florencia (1439), se escribieron volúmenes condenando, justificando o modificando el *Filioque*. Para la mente medieval, la discrepancia era vital y algunos ortodoxos

modernos sostienen que expresa fielmente las diferencias entre los puntos de vista de los cristianos orientales y occidentales. Sea como fuere, la cuestión del *Filioque* no explica o define adecuadamente lo que los bizantinos sentían que era especial en su forma de cristianismo.

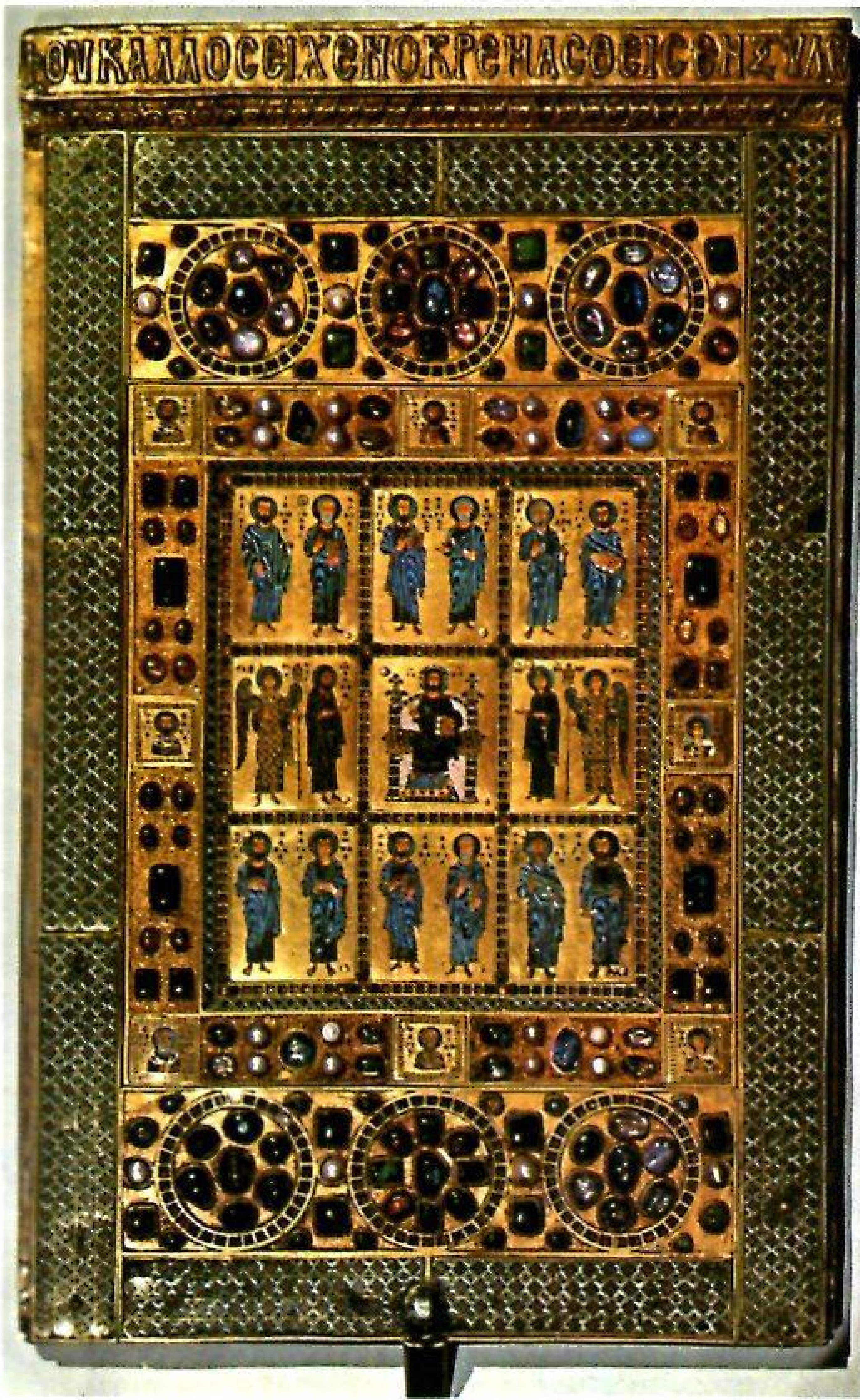
La organización de la Iglesia. Quizás el factor específico más importante de la Iglesia Bizantina es que se desarrolló dentro del marco de una monarquía poderosa y autoritaria a la cual estaba integrada orgánicamente a todos los niveles. Sus concilios y sínodos estaban presididos por el emperador. La catedral patriarcal de Constantinopla era también el monumento mayor de la munificencia imperial: las iglesias de Constantino y Justiniano de la Santa Sabiduría y de Santa Sofía. La Iglesia funcionaba como un departamento del estado. A la cabeza figuraba la clase dirigente, presidida por el patriarca y conocida colectivamente como la Gran Iglesia. Incluía muchos sacerdotes con funciones litúrgicas y gran cantidad de personal burocrático a cargo de sus propiedades, del derecho canónico, de los nombramientos eclesiásticos y de las relaciones con las Iglesias de fuera de la esfera política del imperio. La diócesis eclesiástica de Constantinopla estaba dividida en provincias, cada una administrada por un «metropolitano», que contaba con obispos subordinados a él en cada ciudad. De hecho, cualesquiera que fuesen las dimensiones del poblado, era la presencia del obispo lo que le daba la categoría de «municipal» a ojos de los bizantinos. Además, había arzobispos que, teóricamente, no tenían provincia, aunque dos arzobispados bizantinos de la última época, los de Ochrid y Chipre, llegaron a ser las sedes más importantes de Constantinopla. En los momentos en que los dirigentes eslavos de Bulgaria, Rusia y Serbia reclamaban su categoría imperial, los líderes eclesiásticos de estos países fueron reconocidos como patriarcas; en todo caso, eran considerados como arzobispos. Los obispos tenían a su servicio una plantilla de clérigos episcopales y sacerdotes parroquiales. En principio, los prelados cuya categoría era superior a la de obispo no decidían por sí mismos: los asuntos locales eran tratados por el sínodo provincial del «metropolitano», y las cuestiones importantes se referían al sínodo de Constantinopla, que incluía todos los «metropolitanos» y obispos que se encontrasen en aquel momento en la capital. En la práctica, el patriarca tenía un voto decisorio y, a su vez, estaba a merced del emperador.

Por lo tanto, en términos políticos, la Iglesia estaba subordinada al estado. Sin embargo, esta afirmación no refleja exactamente la posición que ocupaba en la sociedad o en la mente bizantinas. Para el creyente ortodoxo, la Iglesia era toda la comunión de los fieles existentes en la eternidad. El monarca, en este tipo de gobierno, era el propio Cristo, al que se dirigían en las plegarias con los títulos de *despotes* (dueño absoluto) y *basileus* (rey), pertenecientes a los gobernantes terrestres. La corte celestial estaba compuesta por la Sagrada Familia, los apóstoles, evangelistas, mártires y Padres de la Iglesia; tenía un ejército conducido por un arcángel, con san Miguel a la cabeza y numerosos santos mortales, cuyo culto disfrutaba de inmenso prestigio en los períodos de mediados y finales de Bizancio: los santos Jorge, Demetrio, Teodoro Tiro y Teodoro Stratelates. De esta monarquía, la de la tierra era solamente un virreinato transitorio que perdería su fuerza y su razón de ser si se separaba de su origen divino. Siendo la naturaleza humana lo que es, las posibilidades de perder el contacto con el cielo eran infinitas; sólo se podía mantener por hombres cuyas profesiones no estuviesen relacionadas automáticamente con la mundanería y el pecado.



La Trinidad, rodeada de la corte celestial. Miniatura del siglo XI de la Biblioteca Nacional, Viena, Suppl. gr. 52.

Los bizantinos no compartían la tradición de principios de la Edad Media, que sostenía que todo poder político era inherentemente perverso. Sin embargo, creían que no podía esperarse nada positivo si el emperador no era un buen cristiano, lo que significaba ser ortodoxo en su doctrina, puro en su moral, bondadoso con su pueblo, generoso con sus clérigos y humilde de espíritu para con sus confesores. El emperador que utilizase su poder para trai-



Relicario. Cajita encargada por el emperador Constantino Porfirogéneta, destinado a contener una reliquia de la Santa Cruz. Tesoro catedralicio, Limburg-an-der-Lahn.

cionar estos ideales no era mejor que un perseguidor pagano. Todos los emperadores podían hacer aceptar a la fuerza una legislación controvertida nombrando patriarcas y obispos sumisos, pero las reacciones despertadas por quienes llegaron a este punto –León III y Constantino V con su iconoclastia; Constantino VI con su segundo matrimonio «adúltero»; León IV con su cuarta boda; Alejo I requisando, en una emergencia, los bienes de la Iglesia; Miguel VIII con su unión de la Iglesia– actuaron como fuerzas disuasivas. La posición del emperador dependía, en gran medida, de la suerte política del imperio. En los últimos siglos de la decadencia de Bizancio la autoridad espiritual del patriarca infundía mayor respeto que la política del emperador tanto en la «commonwealth» bizantina de naciones eslavas, como en el interior, en don-de la unción patriarcal era parte importante de la ceremonia que consagraba la accesión al trono por parte del emperador.

Educación y filantropía. La ambigüedad de las relaciones de poder entre el emperador bizantino y sus sacerdotes, hace creer que Iglesia y estado no eran tan distintos en Bizancio como en el occidente medieval. Es cierto que los bizantinos nunca formularon una doctrina de dos órdenes distintos, el temporal y el espiritual, como la que surgió de la lucha de poderes entre el papado medieval y el Imperio Alemán. Es igualmente cierto que su existencia dentro de la estructura de un estado maduro, y dentro de los muros de una ciudad metropolitana casi inexpugnable, hacía que la Iglesia Bizantina estuviese menos dispuesta a asumir atributos seglares de lo que lo estaba la del oeste. El papado romano debía tratar los asuntos diplomáticos con lo que quedaba en Constantinopla de administración imperial, por lo que adquirió el carácter de una monarquía terrenal. En occidente, la Iglesia conservaba todo lo que había quedado de la civilización romana, dentro de una sociedad bárbara, por lo que se sentía responsable de la difusión de la educación y de la ley. En Bizancio existían (exceptuando, quizás, los siglos VII y VIII) escuelas elementales y academias privadas y el estado, de vez en cuando, concedía facilidades para la formación de los funcionarios imperiales. Tal como hemos visto, la literatura culta era accesible y se valoraba, ya fuese por admiración o para darse tono, de tal manera que los sacerdotes no sentían la necesidad de civilizar a los laicos excepto, quizás, en las tierras eslavas en donde debían convertir a los paganos. Y, de hecho, la literatura y la filosofía griegas podían contar cosas mundanas e infantiles, que los hombres que buscaban la sabiduría de Dios olvidaban al llegar a la juventud. Las escuelas de los monasterios y del patriarcado se ocupaban de la teología –la teología rica y filosófica de los «Padres Griegos»– que denominaban «aprendizaje interno» por oposición al «aprendizaje externo» consistente en retórica, matemáticas y lógica. Por lo tanto, siempre había dos tradiciones educativas distintas y autosuficientes.

Se ha hablado mucho de la filantropía y de la asistencia social a cargo de la Iglesia Bizantina y, de hecho, parece que los orfanatos, asilos de ancianos y hospitales de Constantinopla estaban atendidos por monjes. Sin embargo, la caridad, la filantropía y la beneficencia eran ideales imperiales al tiempo que atributos cristianos y la iniciativa para fundar instituciones de caridad, parece que partió con mucha más frecuencia de emperadores que de eclesiásticos. Como en cualquier otro tipo de mecenazgo, el

nombre que más destaca es el de Justiniano; entre los demás, podemos mencionar a Juan II Comneno, cuyo monasterio de Cristo Pantocrátor administraba un gran hospital con 50 camas y otros tantos doctores.

Al igual que en occidente, la administración provincial de la Iglesia era más estable y permanente que la del estado y cuando fallaban los procesos del gobierno secular, con frecuencia surgía el obispo como líder de la población local. Sin embargo, los obispos bizantinos nunca se convirtieron en señores feudales, gobernando como príncipes y comportándose como guerreros, a la manera de muchos prelados medievales del oeste. La idea de la guerra sagrada no era ajena a Bizancio, una sociedad cuya existencia transcurrió luchando contra los infieles orientales, pero sí que lo era la de las cruzadas. Los bizantinos no sentían el impulso occidental de ir y conquistar los Santos Lugares, en parte porque no tenían un exceso de población disponible para emprender distantes aventuras militares que no estuvieran relacionadas con sus propias necesidades defensivas, y en parte porque Jerusalén, Nazaret y Belén no tenían para ellos el mismo significado que tenían para los noreuropeos, para quienes la peregrinación significaba el principal punto de contacto con las reliquias de la antigüedad cristiana. Tal como hemos dicho en el capítulo anterior, en el año 1204 Constantinopla era el mayor depósito de piezas de museo cristianas de todo el mundo. Cuando los latinos conquistaron la ciudad, éstos eran los principales objetos que codiciaban. Un sacerdote inglés, en 1206 robó de la capilla imperial un trozo de la auténtica Santa Cruz y cuando, de vuelta a casa, se arrepintió del latrocinio, la reliquia pasó a manos de la oscura prioridad cluniacense de Bromholm, en la costa de Norfolk. Al cabo de una generación, este lugar se había convertido en el centro de peregrinaje más próspero de Inglaterra. Esto nos permite apreciar el efecto que la concentración en Constantinopla de tantas de estas reliquias debía tener sobre las mentes bizantinas: el nuevo Jerusalén, como la nueva Roma, debía de parecer muchísimo más impresionante que el antiguo.

Por lo tanto, los bizantinos crecieron en una sociedad en que las fuentes físicas de santidad eran muy inmediatas y familiares, y aunque pudieran sentir que su entorno terrenal no estaba en armonía con el cielo, podían formarse una idea de él mediante sus espléndidas iglesias y no necesitaban verlo a través de los ojos de los demás. El clero nunca fue una casta que actuase como único intermediario entre lo divino y lo humano. El bizantino laico era estimulado a sentir que podía participar en todos los aspectos del culto, excepto en la administración de sacramentos. Un observador occidental hostil comentaba en el siglo XIV que los griegos «se congregan en sus iglesias con extraordinaria asiduidad», y que «quienquiera que pueda disponer de una parte de sus posesiones para que un hombre pueda vivir de su producto, construye una iglesia en su campo, viña o casa y coloca en ella a un sacerdote, y sus sucesores hacen lo mismo después de él». Los occidentales condenaban esta piedad fácil porque la consideraban una tapadora para actividades conspirativas.

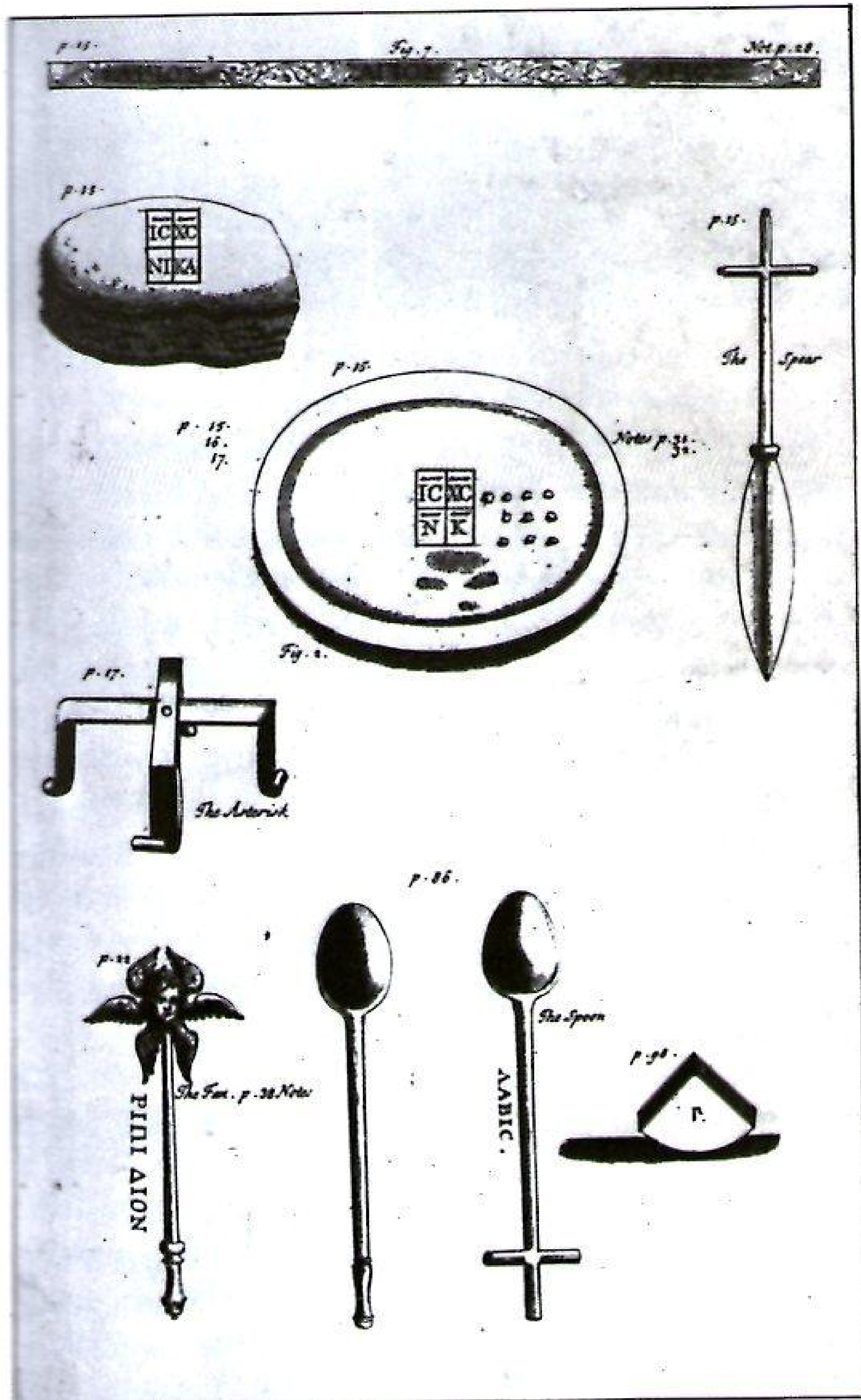
En resumen, la estructura de la sociedad bizantina era tal, que hacía de la religión algo a la vez muy íntimo y muy del otro mundo. Podemos apreciar la verdad de esta paradoja si examinamos aquellos aspectos de la vida de la Iglesia que eran comunes al este y al oeste y que, sin embargo, daban a la cristiandad bizantina un sabor distinto: la liturgia, la vida monástica y la representación pictórica de las personas sagradas.

La liturgia ortodoxa. Cualquiera que haya asistido a la liturgia ortodoxa está en condiciones de reconocer los rasgos que la distinguen de la misa romana. Si bien ambos servicios son, en esencia, celebraciones de la Eucaristía con muchas fórmulas en común, que incluyen la lectura del credo y de textos del Antiguo Testamento, el servicio ortodoxo dura, por regla general, una hora y media, incluye muchas letanías y está puntuado por dos procesiones principales y mucho abrir y cerrar de puertas. Los himnos son un comentario simbólico del argumento del drama simbólico –la pasión y resurrección de Cristo– y son cantados sin acompañamiento instrumental por un coro que, en un momento determinado, pretende representar a los querubines. La puerta central de la división (*templon, iconostasis*) que separa la congregación del santuario, representa tanto la Puerta Hermosa del templo, como la piedra a la entrada de la tumba de Cristo. Este ciclo de la liturgia es sólo la culminación del ciclo diario que incluye vísperas y maitines. Esta rutina, a su vez, existe dentro de un ciclo de ocho semanas, durante cada una de las cuales se cantan los himnos en uno de los ocho tonos musicales. Todos estos ciclos convergen en uno anual que culmina con la Semana Santa, la semana de Pasión en donde cada momento que conduce a la Resurrección es revivido con gran color y suspense. Cada día de la semana hay en el centro de la iglesia un icono representando el acontecimiento. Judas, el discípulo traidor, es abucheado como si estuviese presente. El momento supremo del servicio del Viernes Santo celebra una paradoja pintoresca: «Él, aquel que anduvo sobre las aguas, cuelga ahora de un trozo de madera». Se introduce el Antiguo Testamento en el lugar apropiado: la estancia de Cristo en el infierno se compara con la de Jonás en el vientre de la ballena.

La liturgia ortodoxa de hoy representa la fusión, completada en el siglo XIII pero prefigurada en siglos anteriores, de dos tradiciones litúrgicas: el «rito catedralicio» de las iglesias ciudadanas, especialmente de Santa Sofía, y el «rito monástico» que se había desarrollado en las comunidades monásticas de Tierra Santa y de Constantinopla. Es el documento *par excellence* para el estudio de la mente bizantina, ya que se trata de una recopilación de todo lo que las gentes conservadoras han retenido durante más de 1.000 años de existencia, así como de la antigüedad pagana y judía. El ciclo litúrgico es el trabajo de muchas

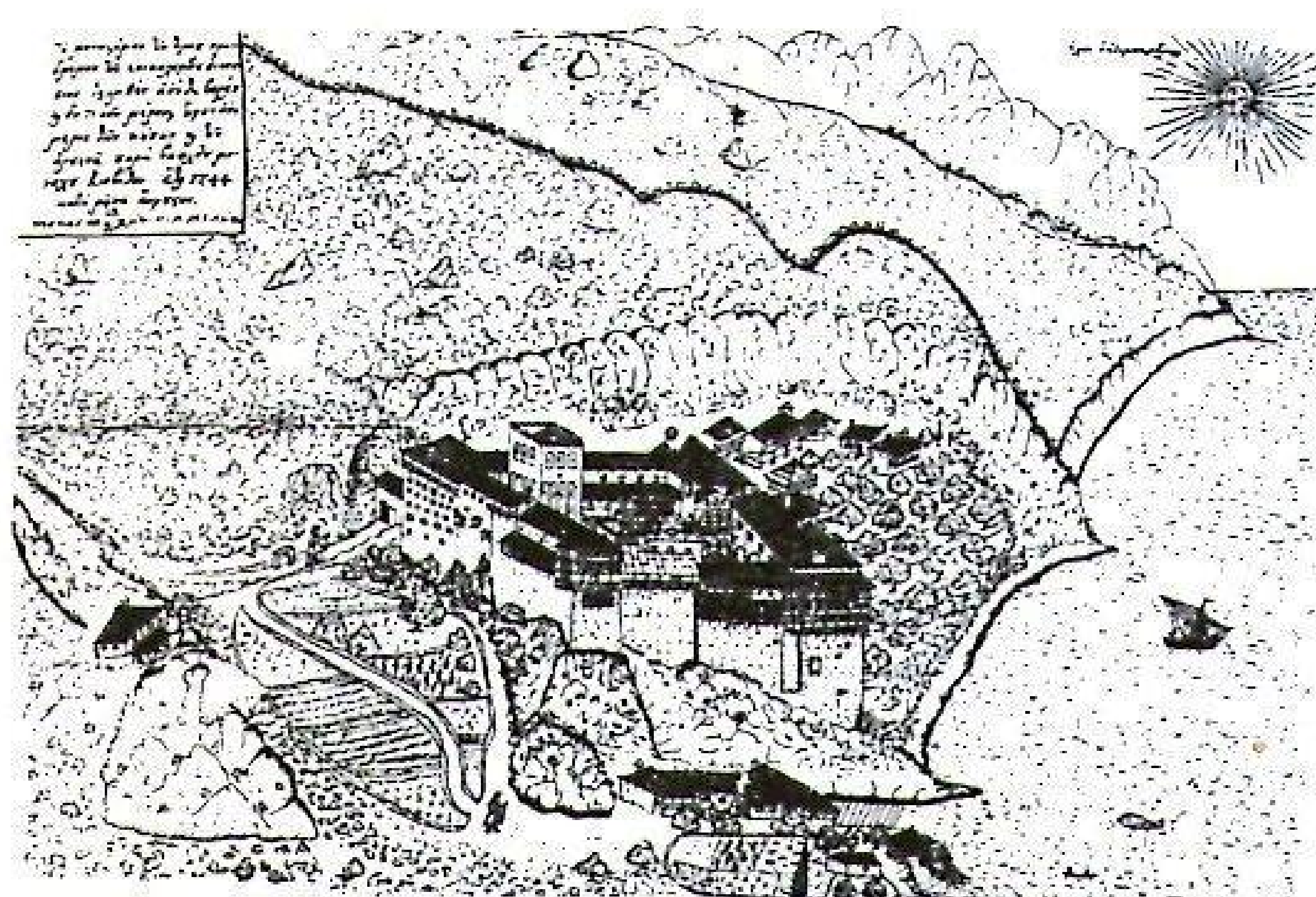
Derecha: Rollo litúrgico, que empieza con una miniatura de san Basilio y que sigue su liturgia. Patmos 707, siglo XIII.

Abajo: Artículos simbólicos utilizados en la Eucaristía ortodoxa. Ilustración del libro de John Covel *Algunos Relatos de la Iglesia Ortodoxa Actual* (1722). Fue escrito principalmente para modificar la opinión, habitual entonces en Inglaterra, de que la Iglesia griega era más afín al protestantismo que al catolicismo.









Monasterios del monte Athos. *Arriba:* Fundaciones del siglo XIV de Dionisio, de un dibujo de 1744. *Página siguiente:* Monasterio de San Panteleimon, fundado en el siglo XI, si bien los edificios actuales son de principios del siglo XIX.

Izquierda: San Simeón Estilita, de un manuscrito de Athos del siglo XI (Dionisio 587)

manos famosas: entre otras, los Padres de la Iglesia san Juan Crisóstomo y san Basilio; los himnógrafos Romano el Melodista y san Juan Damasceno. Hay himnos atribuidos a emperadores y uno de ellos, que se canta a la Virgen durante la cuaresma, puede conmemorar la liberación de Constantinopla del sitio de los ávaros y eslavos en el año 626. En una forma que no tiene equivalente en el oeste, la liturgia bizantina se convirtió en la recreación suprema de todas las clases de la sociedad, punto de encuentro de la cultura popular y de la cultura de elite, comparable a los festivales de la Grecia pagana. Combinaba las ceremonias lujosas dignas de la corte imperial (en las cuales podría haberse inspirado), con la simple plegaria. Servía a la piedad más mecánica al tiempo que hacía una pintoresca introducción a algunas de las más complejas doctrinas teológicas.

El movimiento monástico. La liturgia representaba la comunión de todos los creyentes, la santificación ante Dios de toda la creación. La vida monástica representaba exactamente lo contrario: una huida de la sociedad mundana, la renuncia de sus valores y la desconfianza de la posibilidad de salvación, excepto por medidas extraordinarias. Se puede ver claramente este motivo en los hombres que se consideran tradicionalmente sus fundadores, los padres del desierto del siglo IV en Egipto. Estos hombres, de los cuales san Antonio fue el representante más famoso, dejaron una de las existencias más activas y mediocres del mundo romano –la sociedad agrícola del delta del Nilo– por la libertad del desierto. La población ermitaña del desierto egipcio pronto fue tan abundante que sus abusos y excentricidades se convirtieron en motivo de preocupación. Ello llevó a la fundación de comunidades monásticas, con condiciones de admisión y un programa de culto; esta etapa se asocia, sobre todo, con san Pacomio. El movimiento monástico se extendió por el norte hacia Palestina, Siria y Asia Menor. A principios del siglo V, se fundaron monasterios en Constantinopla.

Era inevitable que, a medida que se hizo respetable, la vida monástica fue cada vez menos una cuestión de «retirada» (*anachoresis*) y cada vez más una cuestión de organización social. Las influyentes reformas y escritos del Padre de la Iglesia del siglo IV, san Basilio, pusieron de relieve la necesidad de disciplina comunitaria. La legislación imperial, especialmente la de Justiniano, puso a todos los monjes bajo el estricto control episcopal, si bien este control cesó durante el período iconoclasta y muchas casas obtuvieron su exención poniéndose directamente bajo la jurisdicción del emperador o del patriarca.

El modelo por el que se regían la mayor parte de comunidades monásticas de mediados y finales de la era bizantina, era el monasterio de Stoudios, en Constantinopla. Revitalizada a finales del siglo VIII bajo la dirección de Teodoro, su abad, se convirtió en una comunidad alta-



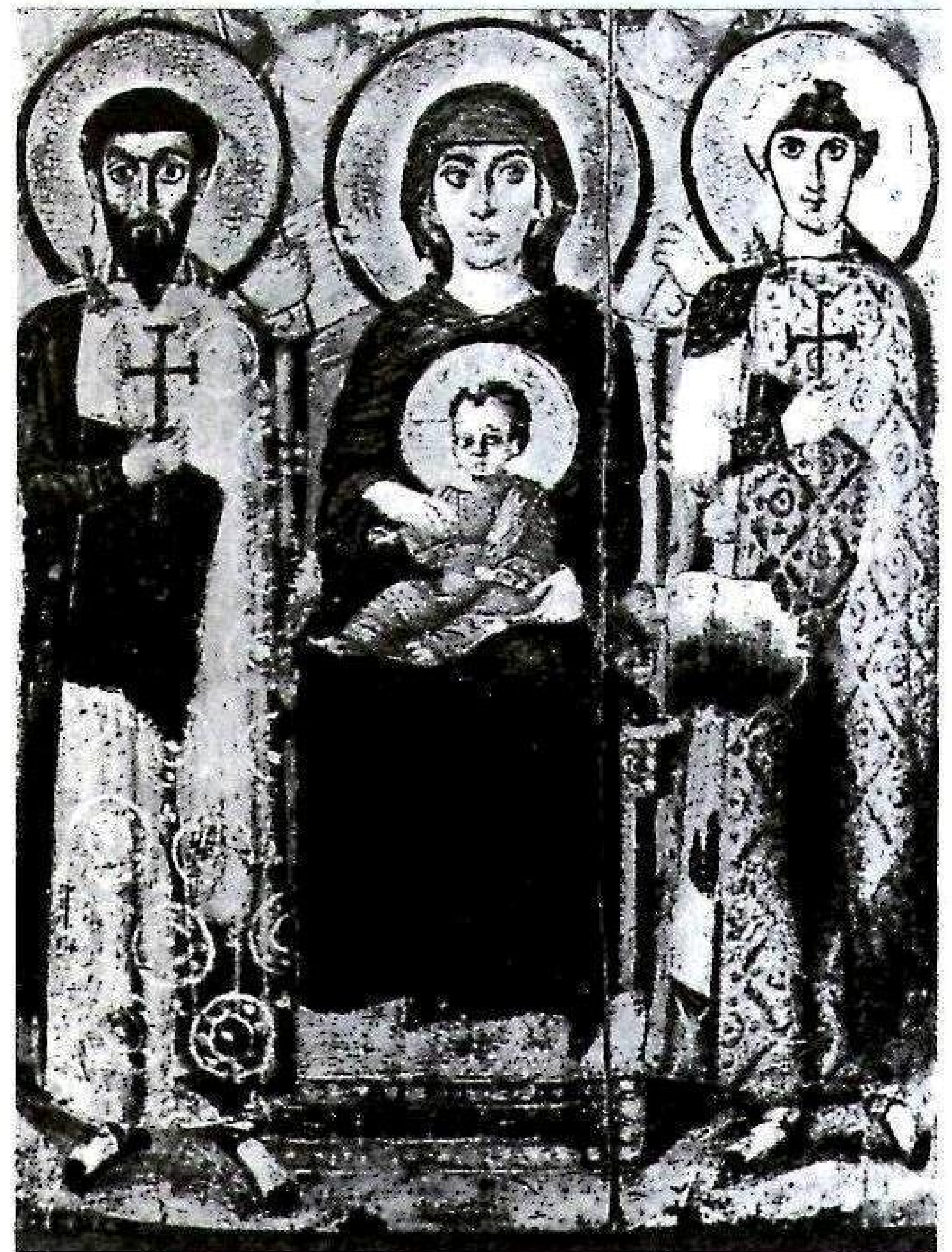
mente regulada y metódica, en donde los monjes realizaban tareas prácticas. El monasterio tenía uno de los mayores escritorios que existieron en el Imperio Bizantino. Otros monasterios proporcionaban servicios igualmente útiles, como educación y asistencia. La comunidad típica (*koinobion*) estaba construida en plano rectangular alrededor de un patio, en el centro del cual estaba, separada, la iglesia monástica (*katholikon*). Aparte de las celdas de los monjes, los otros edificios contenían un gran refectorio, cocina, almacenes para los productos agrícolas, una hostería y una enfermería. Si el monasterio estaba en el campo, presentaría el aspecto de una fortificación con muros altos e impenetrables y una puerta con torre almenada. En conjunto, el monasterio podía parecerse a una pequeña ciudad. A este respecto, la evolución en el este corría paralela con la del oeste, en donde la absorbente y variada rutina del trabajo cotidiano prescrito por san Benedicto (siglo VI) reducía la distancia entre monjes y seglares. Inevitablemente, los idealistas encontraban este tipo de existencia espiritualmente superficial. Sin embargo, las soluciones en oriente y occidente fueron completamente distintas. Los monjes latinos la reformaron desarrollando algunas actividades pías y así surgieron las órdenes religiosas de la alta Edad Media: los agrícolas Cistercienses, los guerreros Hospitalarios y Templarios y los píos Dominicos y Franciscanos. Los bizantinos no creían que la perfección espiritual residiese en las actividades mundanas. Para ellos, igual que para los hombres de finales del Egipto romano, la *anachoresis* era una huida, no de la barbarie, la ignorancia y la violencia, sino de la propia civilización. El monje ideal era un recluso que tenía todos los rasgos de un misántropo: su lugar ideal para vivir era el desierto.

Las figuras principales de la historia monacal bizantina eran con frecuencia buenos administradores y hombres con grandes conocimientos prácticos, pero éstas no eran cualidades que les convirtiesen en héroes. Las biografías de los fundadores de algunas de las principales comunidades monásticas los describen como individuos austeros y truculentos, cuya preferencia era la plegaria solitaria y la meditación. Se apartaban de su camino para no adquirir fama y desanimaban a los posibles seguidores, excepto a algunos discípulos determinados. Vivían de las dietas más exiguas o vegetarianas, aborrecían a todas las mujeres y decían lo que pensaban a ricos y poderosos. Sus virtudes eran del mismo orden que las de los «locos por Cristo», situados en el margen anárquico de la santidad bizantina,

que disfrutaban con la humillación pública, y las de los estilitas que vivían, un año sí y otro no, subidos a lo alto de columnas. Los monjes más entregados explotaban esta sensación de estar situados al margen fundando sus comunidades en lugares montañosos en donde sólo vivían pastores y bandidos, los elementos más inestables de la sociedad. Desde el siglo VIII al XI, la fuente de energía espiritual del mundo ortodoxo eran las montañas del Olimpo y de Auxentios, en Bitinia y Latros, en Caria. Con las invasiones de los Seljuk estos centros perdieron importancia, excepto en el período de Nicea. El monasterio de la isla de Patmos fue fundado en el año 1080 por un refugiado de Latros, Christodoulos. El mayor centro monástico de finales del período bizantino estaba, sin embargo, en el monte Athos, la «Montaña Sagrada», cuyos 20 monasterios todavía son completamente medievales en el estilo de vida, ya que no en la estructura. Otros distritos montañosos europeos fueron importantes durante los siglos XIII y XIV: Ganos y Paroria en Tracia, y Pelion y Meteora en Tesalia.

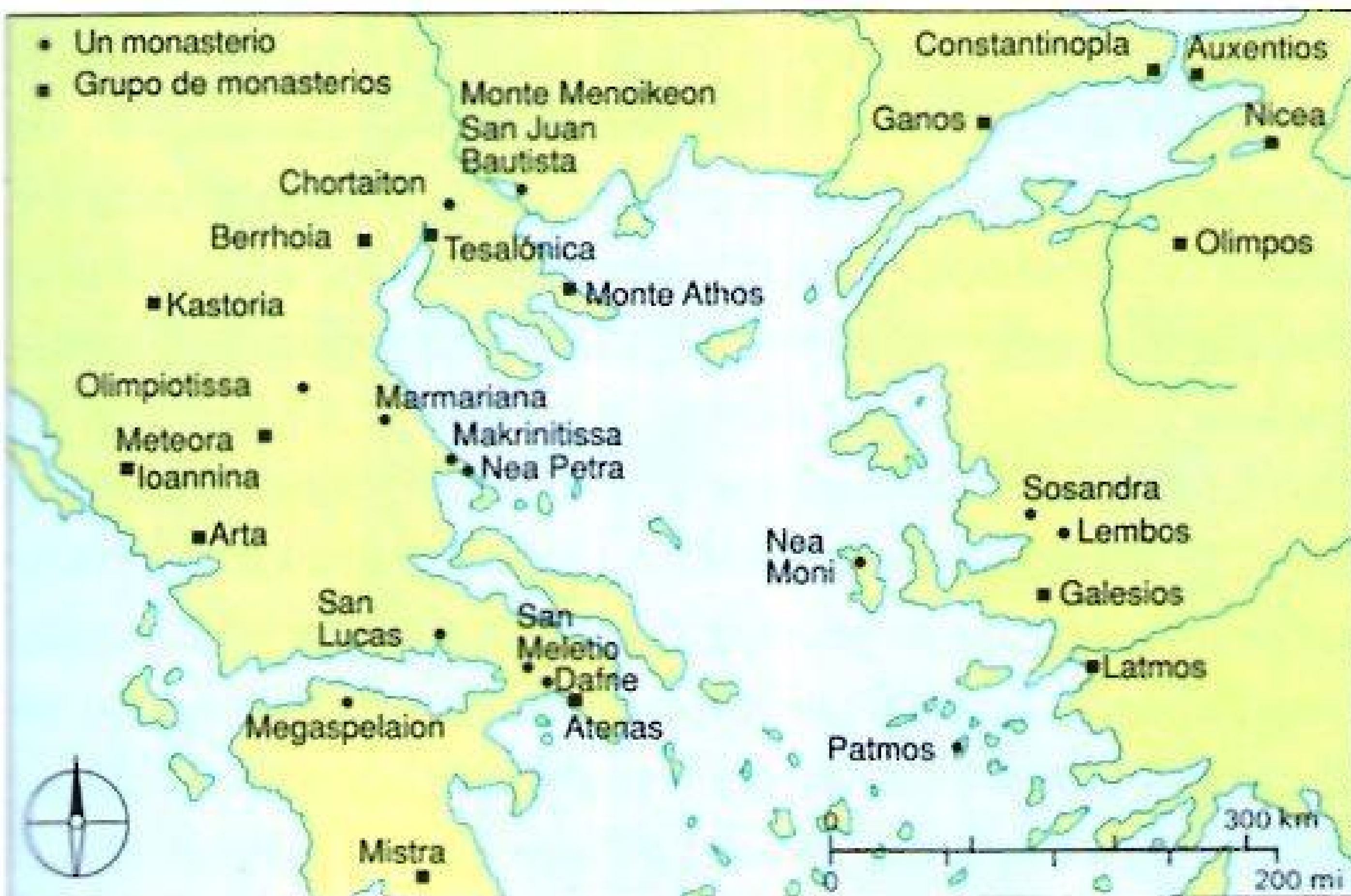
El papel del monasticismo. Precisamente porque representaba una negación de la sociedad socialmente aceptable, el monasticismo bizantino cumplía un papel vital en ella: la afectaba a todos niveles y era, a su vez afectado por ella. Los hombres santos vivían de espaldas al mundo, pero el mundo los buscaba porque disfrutaban con la familiaridad de su discurso (*parresia*) con Dios. Así, el pueblo de Antioquía consultaba a san Simeón Estilita como médico hechicero y oráculo. Andrés, el «Loco por Cristo» vivía en las calles de Constantinopla como un loco abandonado y ocultaba su santidad deliberadamente, aunque, para quienes podían apreciarlo, era un Sócrates cristiano. Cuando llegó la peste a Constantinopla, el emperador encabezó una procesión de suplicantes a la columna habitada por Daniel, otro estilita famoso. Pocos podían alcanzar esta santidad, pero todos podían probarlo. La vocación monástica estaba abierta a todo el mundo, ricos y pobres, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Prometía bienestar a todos los que, por alguna razón, estuviesen decepcionados de la vida; también daba a muchos una sensación de superioridad que no hubieran conocido de otra manera. Ser monje era su distinción, no se necesitaba destacar por riqueza, nacimiento o educación y, de hecho, estas cosas podrían ser un impedimento para el desarrollo espiritual. Al volver la espalda a los seglares, el monje adquiría una ventaja espiritual sobre ellos e, incluso, sobre sus superiores eclesiásticos, los obispos y patriarcas, ya que éstos debían llevar a cabo, hasta cierto punto, actividades mundanas. Por lo tanto, los monasterios eran los bastiones interiores de la ortodoxia. La controversia iconoclasta era, en buena medida, una batalla entre monjes por una parte, y las jerarquías de la Iglesia y del estado por la otra. Esta misma división ocurría en 1270 cuando Miguel VIII intentó comprometer a su pueblo en la unión eclesiástica con Roma. El poder de los monjes se puso de manifiesto claramente durante los dos últimos siglos de Bizancio. Los obispos eran reclutados, principalmente, en monasterios. El nombramiento del patriarca Atanasio I en 1289 basándose solamente en su religiosidad monástica, fue un experimento que despertó fuerte oposición pero, a mediados del siglo XIV la Iglesia estaba firmemente en las manos de tales patriarcas.

Sin embargo, era en la teología en donde los monjes tenían mayor impacto. En el siglo XIV un grupo encabezado por los monjes del monte Athos consiguió, después de una amarga controversia, establecer como doctrina ortodoxa la teoría de que un régimen de ayuno y rezo solitario conocido como «quietismo» (*hesychia*) podía hacer que los hombres viesen la luz sobrenatural observada por los tres discípulos de Cristo presentes en Su Transfiguración. Este misticismo no era nada nuevo, se remontaba



hasta Platón y Pitágoras y en la tradición cristiana oriental ya había sido publicado por un escritor del siglo XI, san Simeón el «Nuevo Teólogo». Lo que sí que era nuevo era la idea de que se podían conseguir resultados que no se podían alcanzar mediante la devoción sacramental y la vida piadosa normal. Los «hesychastas», como se conocía a sus practicantes, fueron retados a defenderse por un visitante escéptico del sur de Italia, Barlaam de Calabria, que insistía en que la luz sobrenatural de Dios no podía verse y que defender su visión era caer en una antigua herejía. Los hesychastas encontraron un portavoz intelectual en Gregorio Palamas, que respondió a Barlaam desarrollando la idea de que la luz vista por los discípulos, y por los místicos que eran considerados dignos de ello, pertenecía, aunque fuese sobrenatural, a la «energía» de Dios y no a su «esencia». Todos los bizantinos consideraron a Barlaam un alborotador insolente pero no todos ellos estaban de acuerdo con Palamas. El intelectual más destacado del siglo, Nicéforo Gregoras, y el teólogo moderado Gregorio Akindynos, lucharon enérgicamente para que la fórmula palamita no se proclamase dogma; sin embargo, en 1351 el emperador Juan Cantacuzeno, simpatizante de Palamas, convocó un sínodo que condenaba a sus oponentes. Las justificaciones de hesychasmismo no afectaron el credo o el culto litúrgico del laicado. El escritor místico más popular de finales del período bizantino, Nicolás Kabasilas, se inspiró poco en la teología palamita. Sin embargo, la victoria hesychasta representaba el triunfo de la tradición antiintelectual dentro de la Iglesia y reforzaba la convicción de todos los bizantinos, excepto unos cuantos, de que poseían todo lo necesario para la salvación.

Se creía que los monjes no podían alcanzar la concentración necesaria para orar con devoción, excepto si se hallaban completamente libres de cualquier preocupación mundana. Esto los hacía económicamente dependientes de la generosidad de los seglares, y éstos no les fallaban. Tanto si el bizantino era confiado como si era aprensivo,



Página anterior: La Virgen y el Niño, flanqueados por los santos Jorge y Teodoro, con ángeles detrás. Este icono, probablemente de principios del siglo VII, pertenece al monasterio de Santa Catalina, del monte Sinaí. Sobrevivió a la iconoclastia porque esta región estaba fuera de la jurisdicción política del imperio.

Izquierda: Centros monásticos del mundo bizantino.

Abajo: Iglesia del monasterio de Peribleptos, en Mistra (siglo XIV). El interior contiene excelentes frescos.



afortunado o decepcionado, no dejaba de haber un momento en su vida en que pudiesen irle bien las plegarias de un monje o que necesitase un monasterio amigo que le proporcionara refugio ante un mundo gobernado por el azar. No había legado demasiado generoso: al fin y al cabo, a los cristianos primitivos Ananias y Safeira san Pedro les había asestado un golpe mortal por haber ocultado una parte nimia de su propiedad. La reducción de impuestos sobre las propiedades monásticas nunca era excesiva, porque «lo que ya se ha ofrecido a Dios no puede ser explotado». Los monasterios atraían todos los beneficios que, en sociedades más seglares, los ricos podían haber dedicado a patrocinar las artes o a construir obras públicas. Esta gran afluencia de riqueza de manos laicas a monásticas estaba hasta cierto punto compensada por el hecho de que la mayoría de monasterios bizantinos eran de corta duración, víctimas de su propia castidad o de la avaricia de los invasores o incluso de sus patrocinadores laicos. Sin embargo, mediante la combinación de donaciones y de concesiones fiscales, las instituciones bizantinas, y especialmente el estado, alienaba a perpetuidad recursos que eran vitales para su defensa militar, sin tener en cuenta el gran número de jóvenes que privaban al estado de sus servicios al hacerse monjes. No parece que estos hechos causaran gran preocupación; después de la iconoclastia, sólo Alejo I y Manuel II requisaron las propiedades monásticas para salvar una situación militar casi desesperada. Nicéforo II, que legisló contra la fundación de nuevos monasterios, y Manuel I, que fundó un monasterio sin dotación, deseaban mejorar la calidad de la vida monástica, no abolir su parasitismo. Eustacio, metropolitano de Tesalónica a finales del siglo XII, escribió una larga diatriba contra los abusos monásticos. Sin embargo, después de condenar los monasterios por su preocupación excesiva por el dinero, la agricultura y los placeres de la mesa, Eustacio continúa alabando el materialismo monástico como algo potencialmente beneficioso, y cita el ejemplo del emperador Manuel Comneno que, enfrentado a la necesidad de dar un banquete durante la cuaresma y en la imposibilidad de encontrar suficientes manjares a corto plazo, encontró todo lo que necesitaba en el cercano monasterio de San Juan Bautista en Petra.

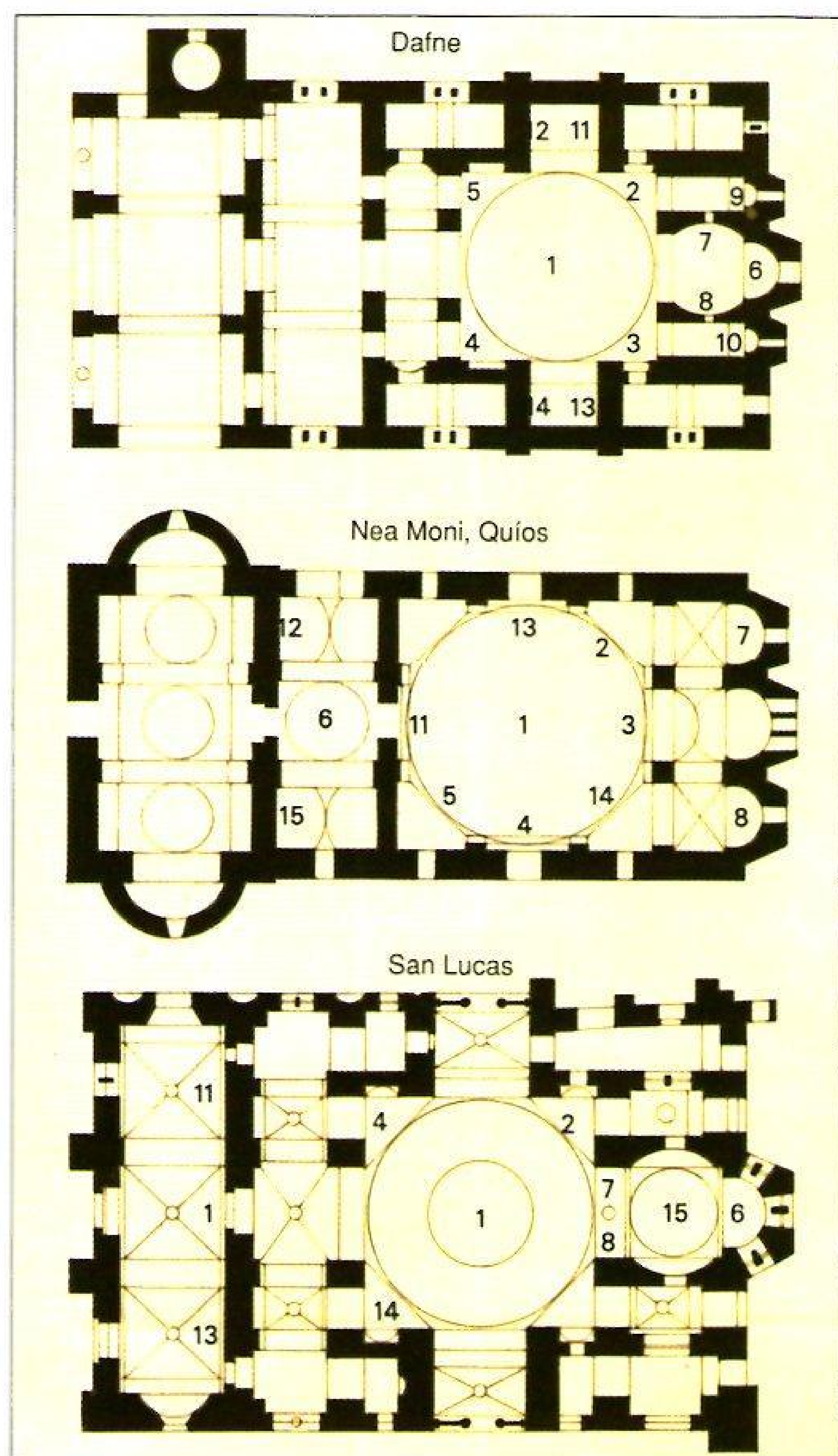
Los bizantinos consideraban que la población monástica formaba una sociedad superior, pero paralela a la suya: un «ejército santo», una «ciudad celestial». Si miramos la distribución geográfica de los monasterios en el mundo bizantino, debemos concluir que eran esencialmente un fenómeno urbano (de acuerdo con el nivel urbano de la época), que dependían para su existencia de la prosperidad de los ciudadanos y que reflejaban la vitalidad



Icono de la Virgen Hodegetria, llevado en procesión por el emperador Miguel VIII Paleólogo. Esta representación, en un sello de plomo, alude a la entrada triunfal en Constantinopla en el año 1261.

de la ciudad. Los centros principales –Constantinopla, Tesalónica, Nicea, Trebisonda, Atenas, Arta, Mistra– tenían importantes monasterios tanto dentro como fuera de sus murallas. Incluso en donde aparentemente estaban aislados, no era menos importante la conexión con una ciudad local. Los famosos monasterios sobre las rocas de Meteora, al noroeste de Tesalia, fueron fundados por hombres asociados con la ciudad de Trikkala, a unas 14 millas de distancia, en un momento en que era una ciudad floreciente y dinásticamente independiente. Investigaciones recientes han demostrado que el monasterio de San Lucas, cuyo *katholikon*, actual es sorprendentemente largo y espléndido a pesar de su aislamiento en las montañas de Grecia central, estaba estrechamente relacionado con Tebas, a unas 40 millas, cuando esta ciudad estaba en el apogeo de su prosperidad en los siglos XI y XII. Incluso por lo que se refiere a los del monte Athos, que atraían el patrocinio y miembros de todo el mundo ortodoxo y estaban situados a casi 100 millas de la ciudad más cercana, se puede ver a través de sus documentos que participaban en la vida de Tesalónica y Serres: al igual que estos lugares, Athos alcanzó su punto vital en el siglo XIV. Las consideraciones que influenciaban la localización de un monasterio están sucintamente expresadas, en el siglo XIII, por el metropolitano de Naupaktos, Juan Apokaukos, que escribía que el convento de monjas de Blacherna, cerca de Arta, estaba suficientemente cerca de las montañas para que las monjas más ambiciosas encontrasen soledad y suficientemente cerca de la ciudad para que la comunidad pudiese comprar ropa y calzado.

El grado en el que los bizantinos se llevaban a casa el monasterismo causó una profunda y desfavorable impresión en el observador occidental del siglo XIV, Brocard. Una de sus sugerencias para reformar el Imperio Bizantino de acuerdo con la línea latina era la siguiente: «todos los monjes a los que llaman *calogeri*, que quiere decir "viejos buenos", deberían ser expulsados del imperio... Estos



Programación de los mosaicos de tres iglesias de mediados del período bizantino.
1 Pantocrátor, 2 Anunciación, 3 Nacimiento de Cristo, 4 Bautismo de Cristo, 5 Transfiguración, 6 Virgen con Niño, 7 Miguel, 8 Gabriel, 9 Juan el Bautista, 10 Nicolás, 11 Crucifixión, 12 Entrada en Jerusalén, 13 Resurrección, 14 Presentación, 15 Descenso del Espíritu Santo. Según Diez-Demus.

calogeri vestidos con simples hábitos adoptan un aspecto de gran abstinencia. Comiendo unas semillas, hacen que se les vaya el color de las mejillas y que sus caras tengan el aspecto pálido que tendrían si hicieran ayuno. Mediante contorsiones de cuello y cara, y bajando los ojos, presentan una cierta imagen de santidad, ellos, que en realidad son lobos voraces vestidos de corderos e hipócritas furibundos. Provocan tal locura en el emperador y los nobles, en los clérigos y en toda la gente, que éstos creen cualquier cosa que digan y hacen todo lo que ordenan». De estas «costumbres perniciosas» que Brocard encontraba en los griegos, tres se referían a monjes: «que siempre sea un calógero el que es ordenado obispo en cada iglesia y no un clérigo secular, por excelente que sea»; «que en todo el imperio la única devoción es la de estos pérfidos calógeros»; «que ningún clérigo seglar, no importa cuál sea su fama o reputación, oiga la confesión de ningún hombre, sino que esta tarea esté reservada a los calógeros».

Adoración de iconos. A pesar de todo, la figura de Dios era demasiado imponente para el consuelo diario. Para recabar la certidumbre amistosa de que todo iría bien, los bizantinos preferían volverse hacia seres que habían ganado en esta tierra su batalla contra los poderes del infierno y, por lo tanto, se podía creer que mirarían los pecados de la humanidad con ojo indulgente: Cristo y los santos, pero sobre todo Su Madre, la Santísima (*Panagia*) o Madre de Dios (*Theotokos*). Como hemos visto, la presencia de los santos estaba garantizada por sus reliquias, pero estos fragmentos repugnantes de anatomía humana y de ropas, no podían centrar la atención del suplicante. La foto instantánea evoca la presencia de la persona amada con más fuerza que un rizo de su cabello; también se puede reproducir *ad infinitum*. Por lo tanto se creía que mediante una pintura o icono (*eikon*) el devoto bizantino se situaba cara a cara con su santo.

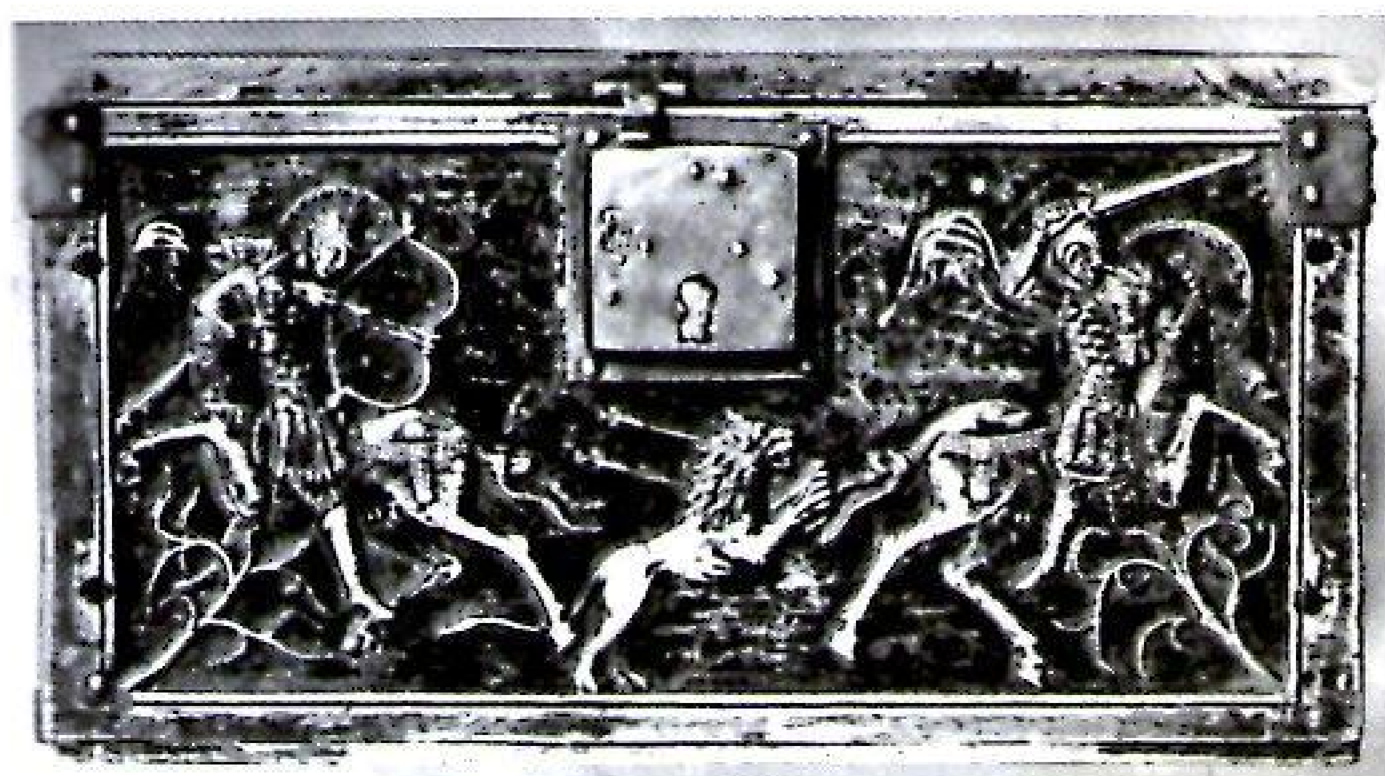
El cristianismo heredó del judaísmo el segundo Mandamiento entregado a Moisés, que prohibía la adoración de «ídolos» y los primeros cristianos fueron perseguidos por la insistencia con que se negaron a rendir pleitesía a la imagen del emperador. Con la institución del cristianismo como religión oficial y la personificación del emperador como Cristo en la tierra, estos escrúpulos perdieron fuerza, y con la exterminación final de la devoción pagana bajo Justiniano los cristianos pudieron venerar la representación de sus santos sin ningún impedimento. Las pinturas, en su mayor parte, eran en dos dimensiones y se insistía mucho en que el icono era solamente algo parecido a un ser sagrado y no en sí mismo un objeto de veneración. Se concedía gran importancia al parecido real. No en vano el icono bizantino más estimado y valorado es el de la Virgen Hodegetria, que se decía que fue pintado por san Lucas según el modelo vivo. Sin embargo, de la veneración de un ser espiritual a la veneración de un objeto tangible hay sólo un paso, especialmente en una sociedad conservadora que se ha visto privada de su tradición idólatra pagana. Por lo tanto, la superstición popular empezó a dotar a los iconos de vida propia, podían llorar, viajar, castigar y curar. Los adúlteros volvían contra la pared los iconos de sus dormitorios; una dama bi-



zantina se dio cuenta de que había sido hechizada mientras rezaba a sus iconos y los encontró cubiertos de excrementos. Imágenes famosas del mismo santo estaban rodeadas de distintas leyendas y atributos en diferentes lugares, al igual que, en tiempos antiguos, Artemisa de Éfeso era una deidad casi distinta de la Artemisa de Delos o Brauron.

La idolatría potencial de la adoración de iconos fue siempre una preocupación en los primeros tiempos de la sociedad bizantina, especialmente entre los monofisitas, que rechazaban la idea de que Cristo había tenido cara humana. Esta preocupación se convirtió en alarma a finales del siglo VII, cuando el imperio luchaba contra los árabes por su supervivencia y la alarma se transformó en iconoclastia en el siglo VIII, cuando los emperadores León III y Constantino V hicieron un intento sistemático de abolir la representación religiosa de la figura humana en todo el imperio. En el último capítulo nos referimos a las principales etapas de esta política y a su fracaso final. Aquí debemos considerar brevemente su significado. En años recientes se ha afirmado que la controversia iconoclasta debe tomarse en su justo valor: este importante conflicto que dividió a la sociedad bizantina como mínimo durante un siglo y cuarto no era una lucha económica, institucional o racial, sino una disputa sobre el lugar que debían ocupar las imágenes en el culto cristiano. Por lo que nosotros sabemos de la mentalidad bizantina, parece muy probable que buena parte del episcopado y del ejército, si no de todo el pueblo, creyeran de verdad que las invasiones árabes y eslavas era la forma que Dios tenía de castigar a los romanos por su idolatría. Los emperadores iconoclastas podían haber tenido otras intenciones, como el deseo de frenar la influencia de los monjes y concentrar la opinión pública en el culto al emperador, pero sin duda eran igualmente sinceros en sus convicciones de que los iconos eran impíos.

Abajo: Escenas militares y de caza, sin duda de estilo similar a las representadas en los mosaicos de los palacios seglares bizantinos. De un casquete de marfil en Troyes.





Arriba: Pendientes bizantinos del siglo VII.

Página anterior: La caza del león. Tapiz bizantino del siglo XIII. Biblioteca del Vaticano.

Finalmente, los iconoclastas perdieron por su inferioridad numérica, pero tampoco favorecieron su causa al afirmar que las imágenes eran consubstanciales con los originales. Contra esto, el apologista iconólatra Juan de Damasco objetó que los retratos de las personas santas que habían estado en la tierra eran símbolos que representaban sus caras pero no eran idénticos con su personalidad esencial. Dios había expresado claramente Sus intenciones enviando a Su Hijo a la tierra con forma humana. Por lo tanto, toda la discusión se centró en el tema de la Encarnación y los iconoclastas fueron arrastrados a adoptar una posición en consonancia con la de los monofisitas.

La cristiandad del este y del oeste estuvo representada en el concilio del año 787 que restableció el culto a las imágenes, aunque fuese esencialmente un conflicto interno bizantino. En occidente no se habían investido los iconos con la misma pasión ni se habían producido reacciones violentas contra ellos. Carlomagno –que no se sentía obligado por un concilio convocado por sus rivales imperiales– se contentó con declarar que las imágenes no eran necesarias para la salvación. Esto fue importante para el desarrollo del arte religioso en occidente ya que al serle negado su poder de intercesión estuvo sujeto a menos restricciones.

La iconografía de los iconos. Tenemos tendencia a creer que un icono es un panel de madera pintado, de dimensiones portátiles, que tenemos en casa o es llevado en procesión y, de hecho, los iconos ortodoxos más preciosos son de este tipo. Sin embargo, la decoración hecha con mosaicos o frescos que cubrían las paredes de todas las iglesias bizantinas, eran también tipos de iconos. En ellos hay mucho material que no se puede llamar estrictamente ico-

nográfico: vegetación simbólica, la representación plana de la cruz y retratos notables de emperadores y de obispos. La iglesia justiniana de Santa Sofía podría no haber tenido ninguna decoración figurativa. Sin embargo, con la derrota de la iconoclastia, se instituyó un riguroso programa. La iglesia, ahora, era la representación de la jerarquía celestial. La arquitectura habitual de la cruz griega coronada por una cúpula (véase páginas 132 a 140), se prestaba perfectamente a este esquema. En la superficie esférica de la cúpula estaba el busto de Cristo con la mirada hacia abajo, contemplando a Su pueblo como un maestro y juez sombrío. Como para respaldar esta imagen del Todopoderoso, los profetas y ángeles figuraban alrededor del tambor de la cúpula. En cada uno de los cuatro *pendentives*, había la figura de un evangelista. Las bóvedas que formaban los brazos de la cruz representaban los doce mayores acontecimientos de la vida de Cristo (*Dodekaeorton*); a la Ascensión se le concedía el lugar preferente, sobre el santuario, en el cual Cristo ocupaba la parte superior de la bóveda semicilíndrica, con seis apóstoles a cada uno de los lados. En la cóclea del ábside, al extremo oriental del edificio, principal centro del interior después de la cúpula, estaba entronada la Virgen con el niño Jesús sentado en su regazo. La parte inferior del edificio se podía decorar con otras escenas de la vida de Cristo o imágenes de santos.

Este orden iconográfico era fijo sólo en lo que se refería a que debía observarse cierta simetría y gradación, de acuerdo con el dogma ortodoxo. Pero cabían infinidad de variaciones. Con el tiempo se desarrolló el gusto por las escenas, en oposición a retratos. Sólo las iglesias relativamente modestas estaban pintadas de arriba abajo; las superficies inferiores en una iglesia *de luxe* como la de San Lucas estaban cubiertas con un revestimiento de mármol al igual que la de Santa Sofía, de Justiniano. Al mismo tiempo que se pretendía que la arquitectura realzase los frescos, el programa iconográfico también debía ajustarse al nuevo tipo de arquitectura. Los planos que adjuntamos de los tres monumentos bizantinos «clásicos» –San Lucas, Nea Moni y Dafne– lo ilustran más claramente. Por ejemplo, la falta de cruceros en Nea Moni hizo que ocho de las escenas de la vida de Cristo estuviesen situadas bajo la cúpula y otras cuatro relegadas al nártex; la presencia de *squinches* en vez de pendentives bajo las cúpulas de Dafne y de San Lucas requería la representación de escenas más que la de retratos individuales. La reintroducción del plano de basílica a finales del período bizantino precisaba de una modificación de los niveles superiores así como temas apropiados para superficies planas. Finalmente, había factores, como las preferencias del fundador o la finalidad del edificio, que podían determinar la prominencia, la inclusión y la localización de ciertos temas.

Los artistas y los patrocinadores bizantinos han dejado pocos escritos que nos faciliten información explícita sobre las tradiciones, técnicas y sociología del arte religioso bizantino. La incidencia de los mosaicos y los frescos sugiere que el primero era el medio preferido, pero que resultaba más caro. Por razones de conveniencia se pueden clasificar la mayor parte de representaciones como pertenecientes a una de las dos tradiciones: la forma «helenística», que combinaba la variedad y sutileza de color con el tratamiento naturalista de la perspectiva, de la ropa y de la forma humana; y la forma «abstracta» cuya tendencia era no mezclar los colores y mostraba la figura humana de frente, incorpórea y sin expresión. La forma en que evolucionaron generalmente es clara: el retrato de figuras monumentales individuales contra un fondo plano, dorado o azul, dio paso a escenas animadas, en donde ninguna figura es mayor que en la realidad y en donde hay una riqueza arquitectónica y de costumbres pintorescas de fondo. Pero son difíciles de identificar las fechas y los artistas basándose sólo en el estilo. La relación operativa entre los mosaístas y los pintores de frescos; el papel pionero de los ilustradores de manuscritos; las diferencias entre arte «metropolitano» y «provincial»; la existencia de «escuelas»; todo ello son factores cuya asunción general es prematura. Algunos de los monumentos más conocidos del arte bizantino son también los más elusivos. Los mosaicos de San Lucas se han atribuido, normalmente, al siglo XI, pero un reciente análisis basado principalmente en textos hagiográficos se inclina por datarlos a finales del siglo X. Ahora se cree que el panel *Deesis* de Santa Sofía es obra del reinado de Miguel VIII, pero aún se considera como posible una fecha de finales del siglo XII.

La pintura religiosa bizantina merece ser considerada como la forma artística cristiana más afortunada que nunca se creó. Uno siente la natural curiosidad por saber cómo percibían los bizantinos su creación visual. Desde este punto de vista, los autores de la época pueden ser decepcionantes si se les pide una «crítica artística». Las *ekphraseis*, o documentación literaria de obras de arte puede ser útil como evidencia de monumentos que ya no existen, o para saber en qué contexto fueron erigidos; también confirma que la mayor parte de discusiones sobre la estética bizantina se hicieron en términos que los propios bizantinos no expresan. En Bizancio no había lugar para la crítica adversa y los panegiristas estaban menos preocupados por loar lo que veían de acuerdo con sus méritos

visuales, que por identificarlo con una antigua tradición literaria según la cual el arte era bueno si reflejaba la naturaleza.

Artes menores y seglares. La escultura no era un medio habitual de iconografía religiosa. En las iglesias, estaba reservada a aquellas partes del edificio que normalmente eran de piedra –capiteles, jambas de puertas, divisiones, ambo, ciborio– y generalmente no representaban formas humanas, sino bestias míticas, dibujos geométricos y motivos florales. Pero la gran variedad de temas religiosos la realizaban otros artesanos –orfebres que trabajaban el oro y la plata, pintores de esmaltes, tallistas de marfil, joyeros, bordadores, ilustradores de manuscritos– que producían todos los objetos que se usaban en la liturgia, así como los que los ricos les encargaban para sus devociones privadas.

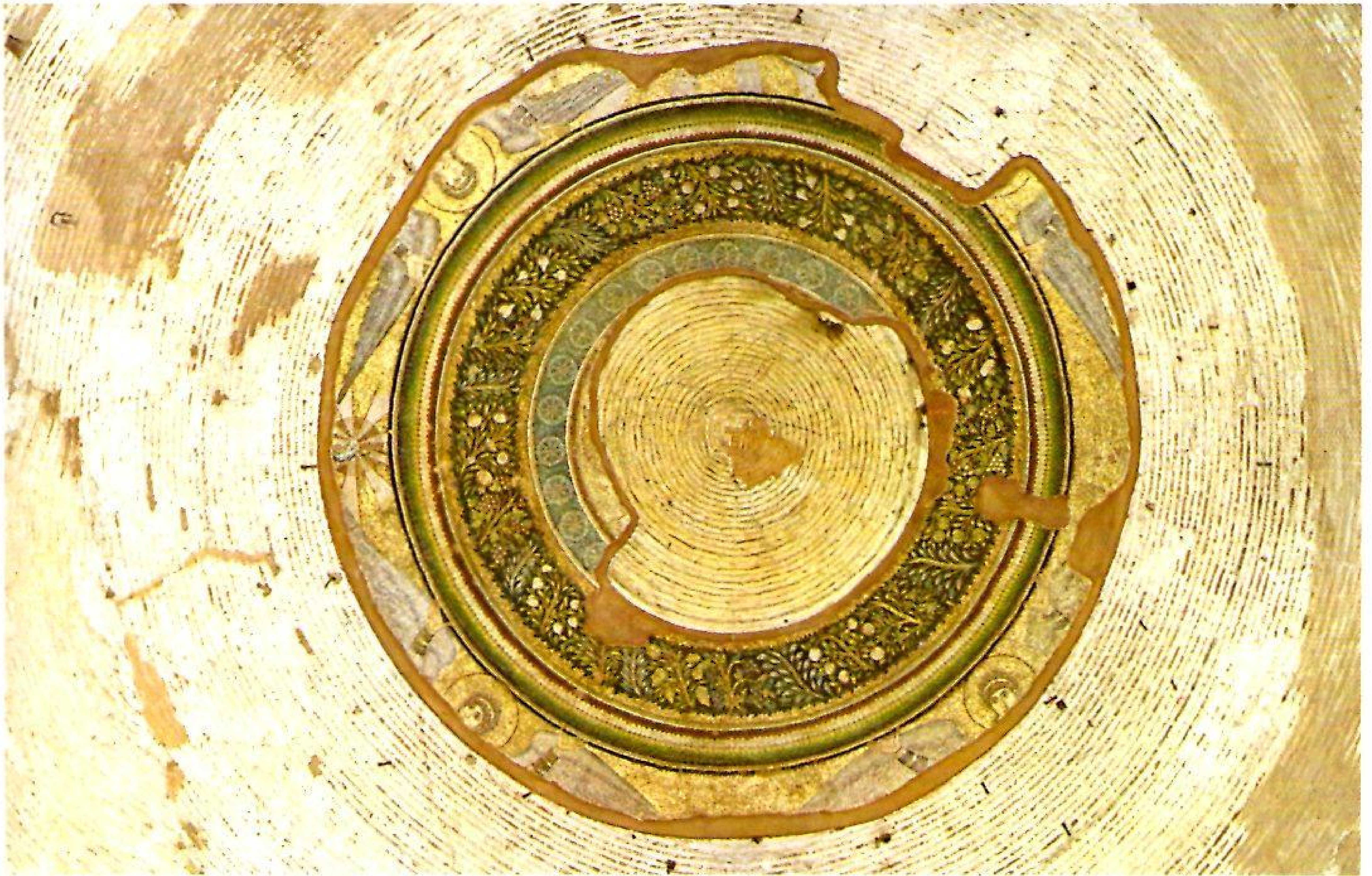
El arte monumental bizantino que vemos es de naturaleza tan abrumadoramente religiosa que es fácil olvidar que existió en Constantinopla una floreciente tradición artística seglar. La documentación escrita nos muestra que cuando se construían o renovaban palacios imperiales o de la nobleza, no era nada raro que se decorasen muros con escenas que narraban romances populares o hazañas del emperador reinante. El idealizado guerrero bizantino Digenes Akritas, incluyó escenas del Antiguo Testamento, clásicas y cristianas en la decoración de su fabuloso palacio del Éufrates. Constantino VII, en su *Vida de Basilio I*, describe los mosaicos con los cuales su héroe ornamentó su ampliación del gran palacio: «Desde las columnas hasta el techo, así como en la cúpula del este, todo el edificio está adornado con mosaicos formados por cubos de oro; muestra al creador de esta obra sentado en lo alto, escoltado por los generales subordinados que lucharon a su lado, que le hacen la ofrenda de las ciudades que habían capturado. Además en el techo, está reflejada la labor hercúlea del emperador: sus fatigas en representación de sus súbditos, sus esfuerzos guerreros y el premio de la victoria, otorgado por Dios». Niketas Choniates, el historiador del período que va desde 1118 a 1204, incluye los siguientes detalles cuando trata de Andrónico I: «Finalmente, edificó unas espléndidas estancias para su uso particular en la capilla de los Cuatro Mártires, en donde se hospedaría cuando visitase el altar. Como no tenía ninguna hazaña reciente digna de ser representada en aquellos muros, ya fuese con pinturas mezcladas o con finos cubos de mosaico, recurrió a sus proezas anteriores a su ascensión al trono, por lo que se encuentran representadas aquí carreras de caballos, cacerías, pájaros cloqueando, perros ladrando, la captura de ciervos y liebres, jabalíes de colmillos prominentes que están completamente paralizados, y los *zubros* traspasados por una lanza (se trata de un animal mayor que el oso mítico y que el leopardo moteado y que se cría especialmente entre los tauroescitas). Una vida rústica bajo tiendas, el consumo informal de los animales cazados, el propio Andrónico cortando con sus manos la carne del ciervo o del oso solitario y cocinándolo expertamente sobre el fuego...».

Evolución de la iglesia bizantina

Tesalónica fue fundada en el siglo IV a.C. por Casandro, rey de Macedonia. Su emplazamiento pronto hizo de ella la principal ciudad de los Balcanes, al estar situada en un golfo abrigado, y en un lugar en donde una de las mayores rutas de acceso desde el mar Mediterráneo a la cuenca del Danubio se cruzaba con la vía Egnacia, la principal vía de comunicaciones entre el Adriático y el Asia Menor. El traslado de la sede del gobierno imperial desde Roma a Bizancio no afectó su prosperidad y, en los períodos medio y último de Bizancio era el único centro provincial del imperio conocido como «gran ciudad» (*megalopolis*). La tradición cristiana de Tesalónica data de la visita misionera de Pablo el Apóstol. A pesar de los muchos desastres naturales que han afectado el paisaje urbano, y de la larga ocupación turca, que transformó las mayores iglesias en mezquitas, la ciudad conserva una selección representativa de los monumentos eclesiásticos bizantinos como pueda verse en cualquier otro lugar.

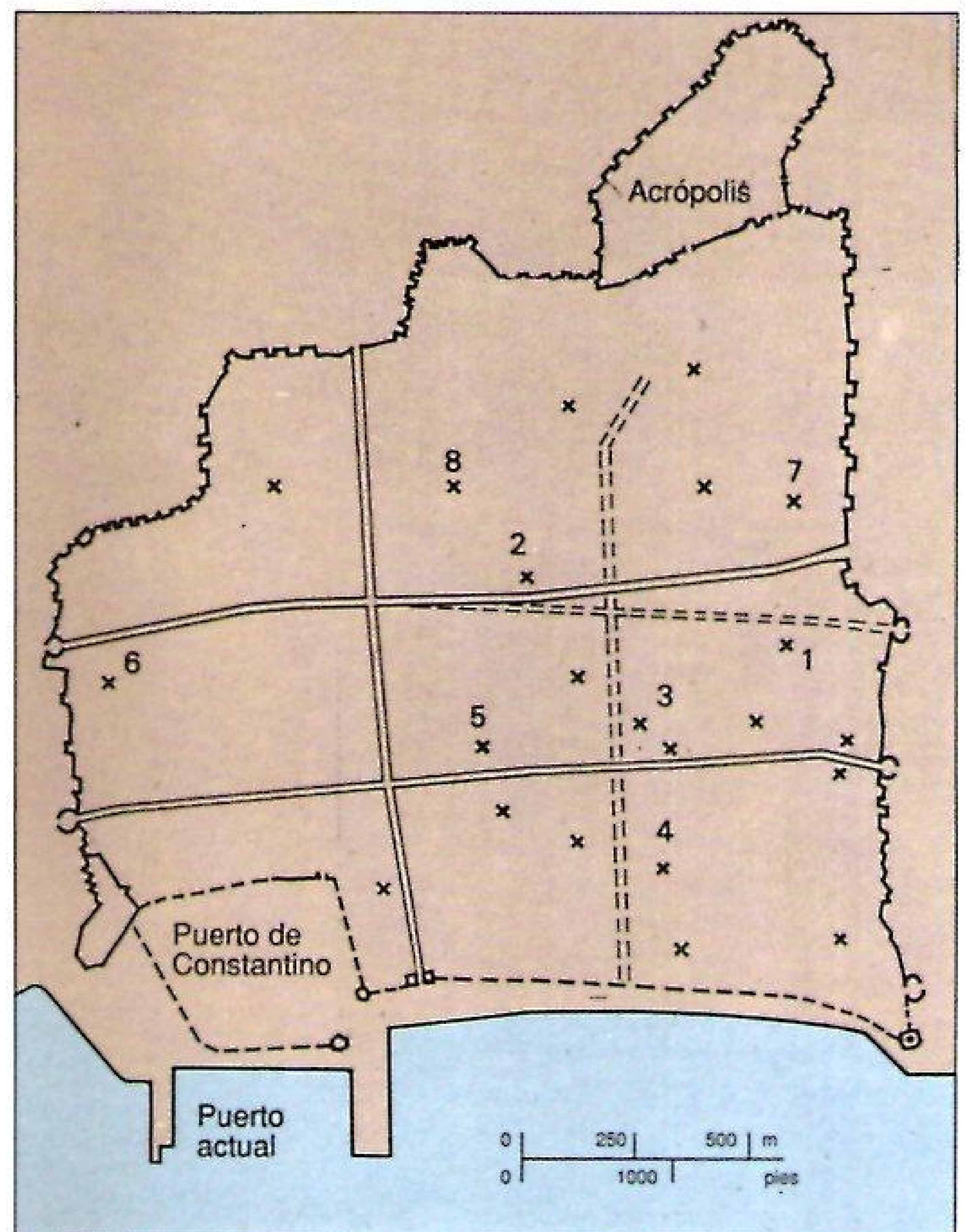
1. La Rotonda (San Jorge)
Abajo, un grabado de Texier del siglo XIX. *Página siguiente, abajo.* Su aspecto exterior, tal como puede verse hoy. Las excavaciones han revelado que originalmente este edificio formaba parte del palacio imperial construido por el tetrarca Galerio hacia el año 300 d.C. Los mosaicos del techo cristiano (*página siguiente, arriba*) muestran que fue convertida en iglesia a mediados del siglo V. No quedan claras ni sus funciones seglares ni religiosas, ya que no hay referencia explícita a ella en fuentes bizantinas. Convertida en mezquita hacia finales del siglo XVI, fue reconvertida de nuevo en iglesia en 1912 y actualmente es un museo.







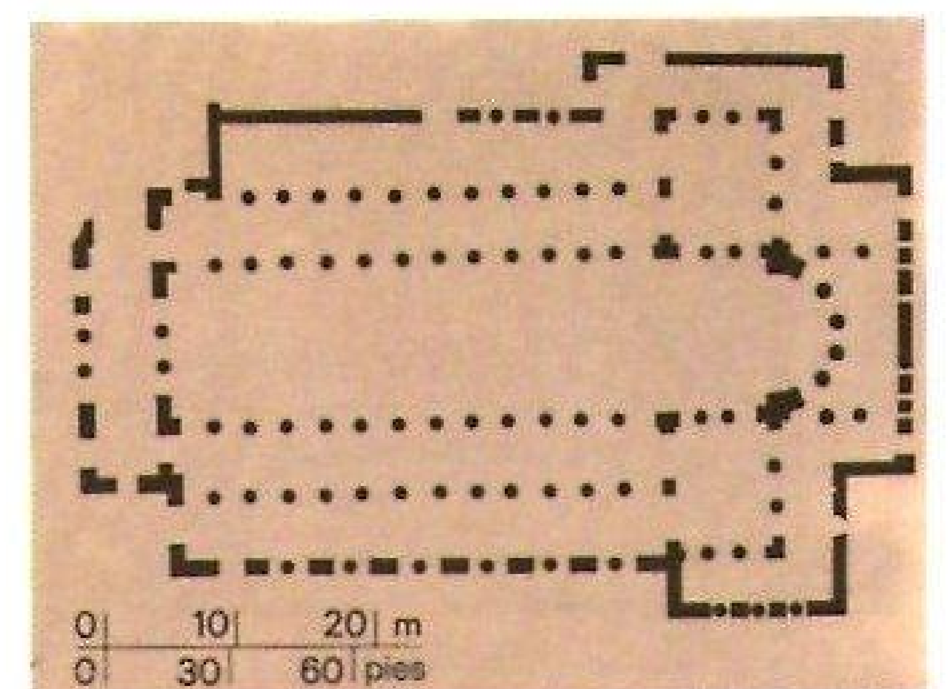
Derecha. Plano de la ciudad bizantina, según Theocharides. 1 Rotonda (San Jorge), 2 Basílica de San Demetrio, 3 Basílica de Theotokos «Acheiropoietos», 4 Santa Sofía, 5 Panagia ton Chalkeon, 6 Iglesia de los Santos Apóstoles, 7 San Nicolás Orphanos, 8 Iglesia del Profeta Elías.











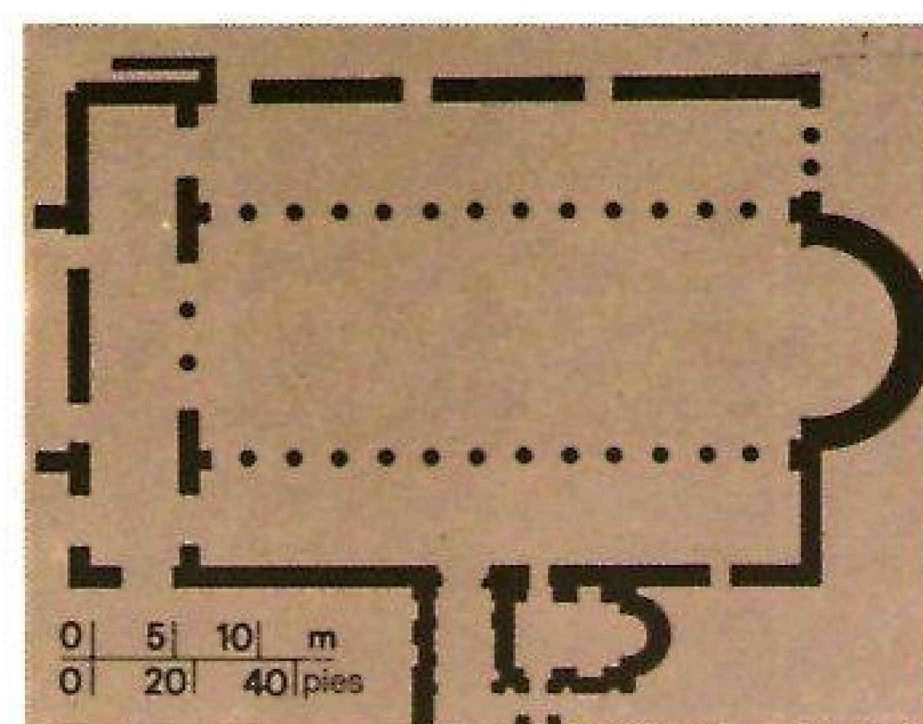
2. Basílica de San Demetrio
Demetrio fue un cristiano, probablemente martirizado en Sirmio, en el Danubio, hacia el año 300 d.C. Después de que Sirmio fuese destruida por los hunos en el año 441, su culto se trasladó a Te-



salónica y se centró en la basílica que construyó en la década del 440 un prefecto llamado Leoncio. Aunque un incendio destruyó buena parte de ella hacia el año 630, pronto fue reconstruida de nuevo y, como tal, sobrevivió hasta el gran incendio de 1917, que quemó gran parte de la ciudad. Antes de su nueva reconstrucción (*extremo izquierdo*) el edificio fue sometido a una investigación arqueológica extensiva. Se puede distinguir todavía el plano de la iglesia original (*izquierda*, según Mango), una basílica de cinco naves laterales, crucero y galería y se conservan algunos de los antiguos frescos (por ejemplo, san Joasaph, en el primer pilar de la derecha (*página anterior, arriba*).

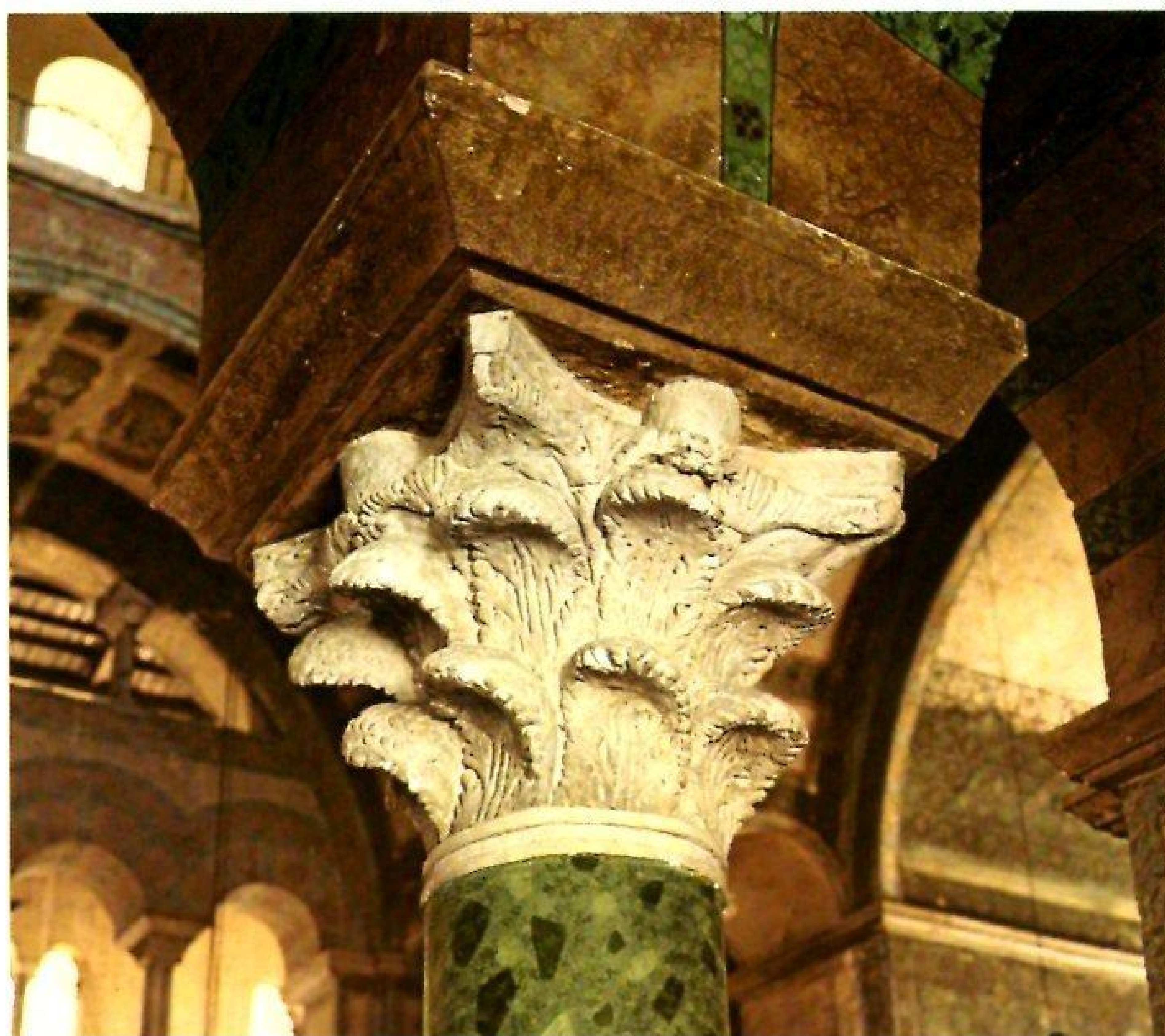
3. Basílica de Theotokos «Acheiropoietos» (Hagia Paraskeve)

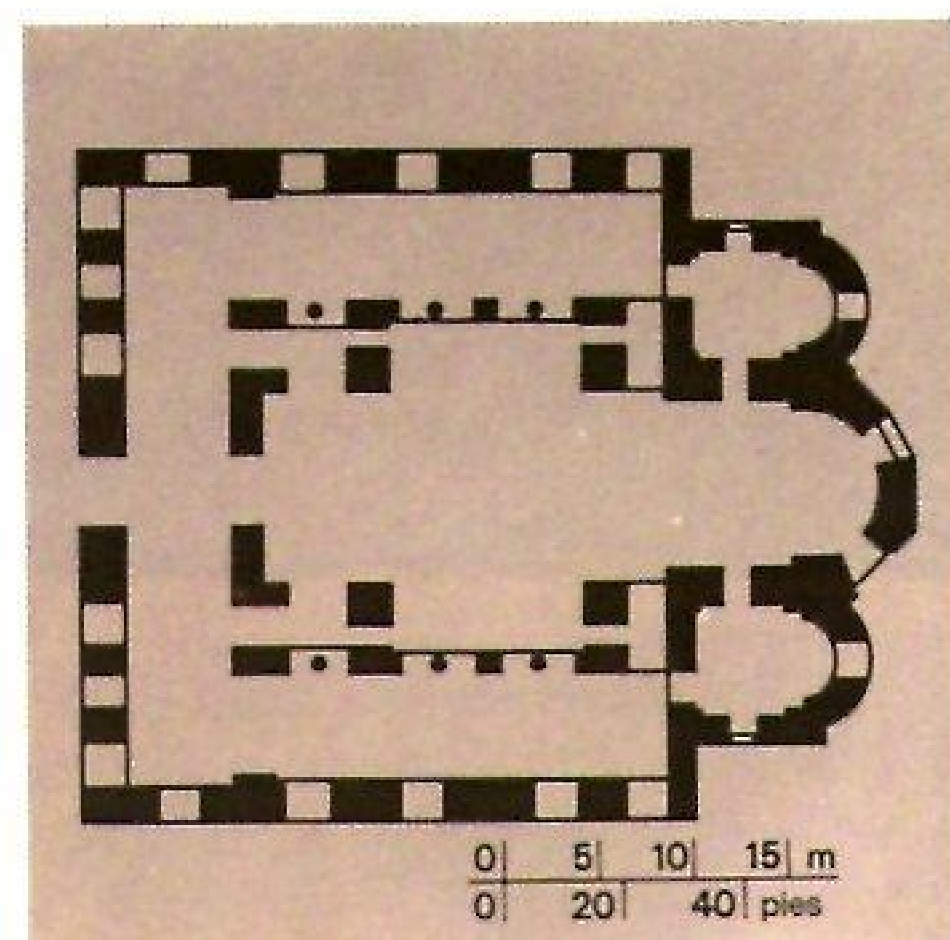
Basílica con tres naves laterales, que también data de la década del 440. En el plano (*derecha*, según Mango), véase (1) la falta de puerta central en el muro oeste del nártex; (2) la base continua elevada que aguanta las columnas. La iglesia fue una de las más importantes en la vida litúrgica de Tesalónica, pero la reiterada restauración ha borrado gran parte de la obra original. Sin embargo, todavía pueden verse algunos mosaicos del siglo XV bajo las arcadas de la galería y en el suelo (*arriba*). Las columnas monolíticas de la planta tienen capiteles corintios y las del nivel superior los tienen jónicos. Fue



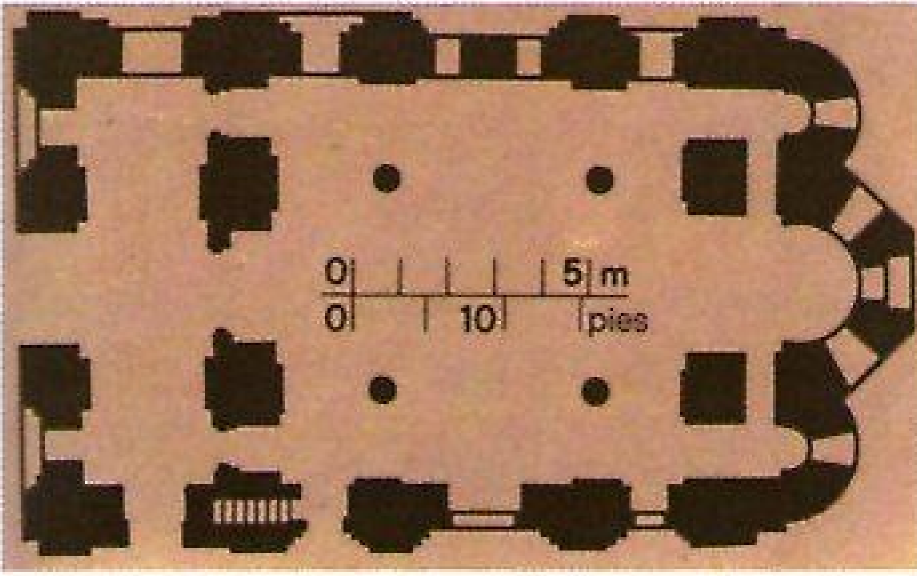
construida parcialmente en el lugar de una villa romana, de la cual se conservan algunos mosaicos en el suelo, al extremo del crucero izquierdo.







4. Santa Sofía
Esta iglesia, que fue sede arzobispal de Tesalónica en la Edad Media, data de no mucho después, y probablemente de no mucho antes, del reinado de Constantino VI e Irene (780-797), lo cual se conmemora en una inscripción del santuario. Con sus *prothesis* y *diakonikon* flanqueando el santuario (*bema*) (ver el plano *arriba*, según Mango) y con sus cuatro pilares (*izquierda*) que sostienen la cúpula dentro del







área de la nave, representa una evolución con respecto a la basílica abovedada de Santa Sofía de Constantinopla. Sin embargo, sus galerías al norte y al sur y la ausencia de bóvedas transversales tienen un parecido con la estructura justiniana. Fue construida sobre el emplazamiento de una basílica del siglo V de proporciones colosales (más de 100 metros de largo), que formaba parte de la restauración de la ciudad a mediados del siglo V.

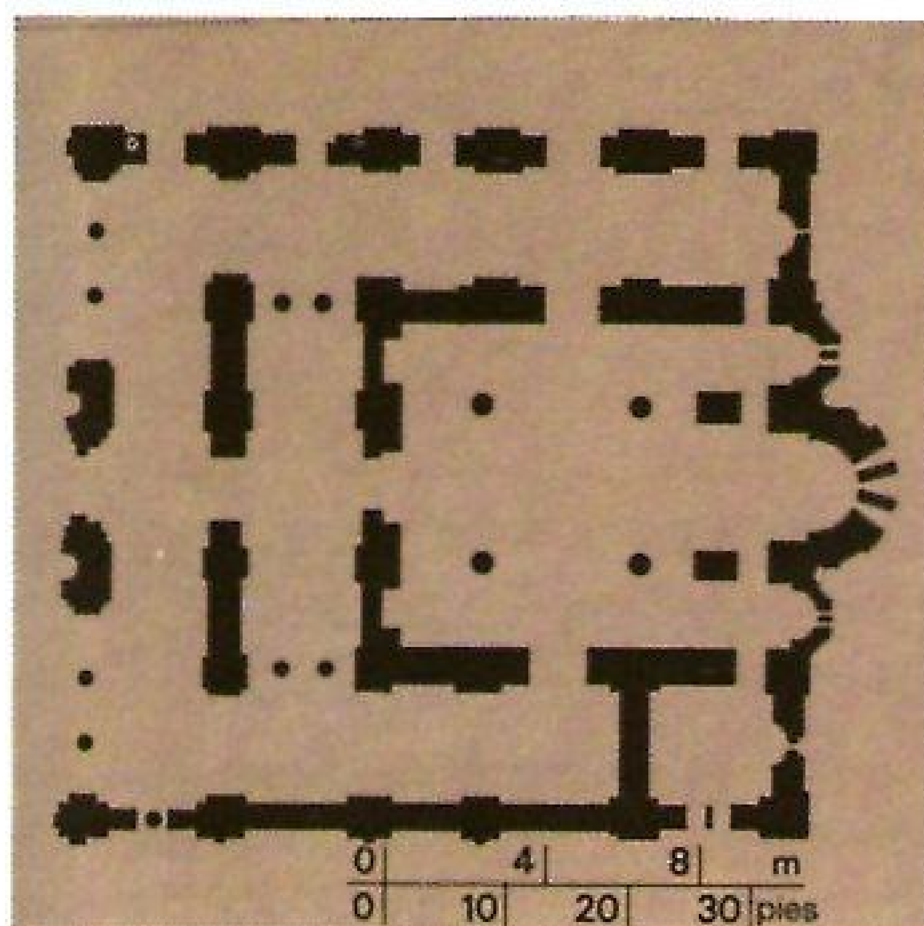
5. Panagia ton Chalkeon

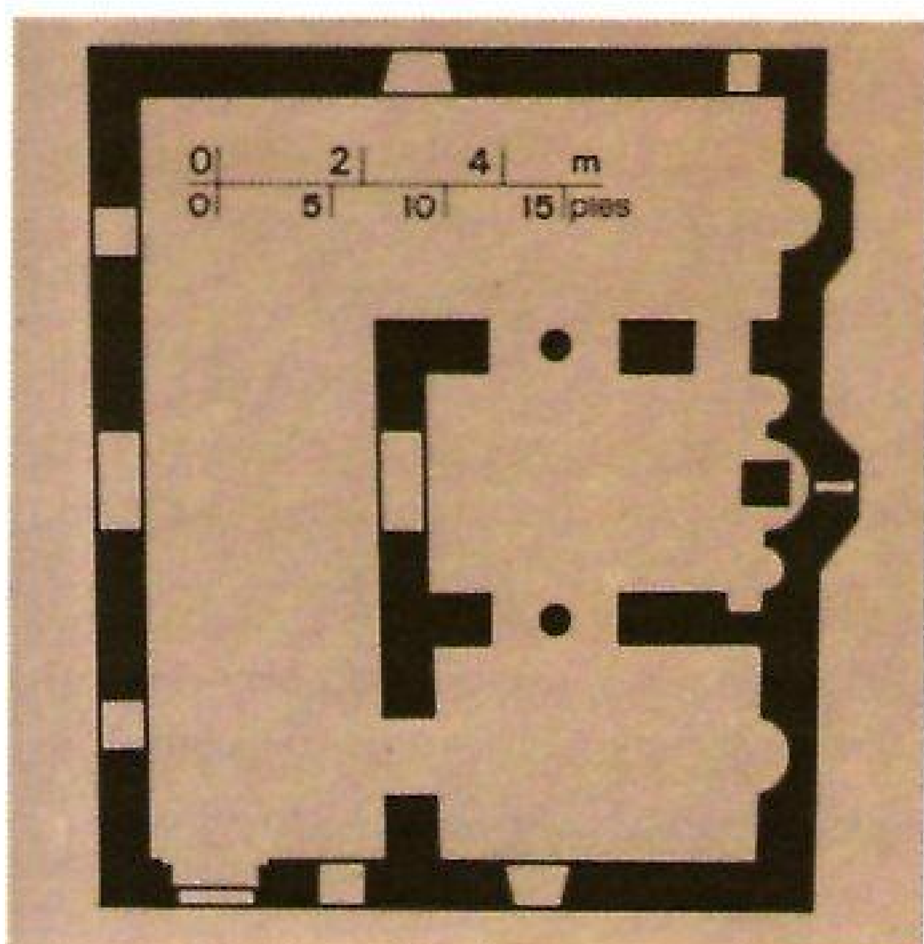
La estructura clásica de mediados del período bizantino, la «cruz griega» o «cruz cuadrada abovedada», está representada en Tesalónica por esta iglesia construida en el año 1028 (ver plano *arriba*, según Mango). El cuadrado está formado por la nave, o sea, el área entre el santuario y el nártex. Los brazos de la cruz están formados, a nivel del techo, por las bóvedas adjuntas a la cúpula, y sus ángulos interiores por las cuatro columnas sobre las que descansa la cúpula. Nótese el tambor poligonal (en oposición al cilíndrico) bajo la cúpula: esta característica, que se originó probablemente en Armenia durante el siglo VII y apareció en Bizancio a finales del siglo X, permitía una mayor amplitud de tambor y cúpula. Los excelentes frescos del nártex y del santuario (*derecha*) son contemporáneos con la iglesia.



6. Iglesia de los Santos Apóstoles
Arriba. Fue construida en 1310-1314 por Niphon, patriarca de Constantinopla. Un reciente análisis (ver plano, *página siguiente, arriba,* según Krautheimer) ha demostrado que la obra de albañilería señala dos fases de construcción: 1, la convencional cruz griega con cúpula y nártex; 2, los cuatro exonártex abovedados y ambulatorio, que rodean el centro por tres de sus lados. Nótese el decorativo trabajo de enladrillado y la elevación de la estructura central. En conjunto, el edificio sigue la tendencia de las primeras iglesias paleólogas, incluida la que está cercana a ella en Tesalónica, Santa Catalina, y es precursora del monasterio serbio más armonioso y ambicioso, el de Gracanica.



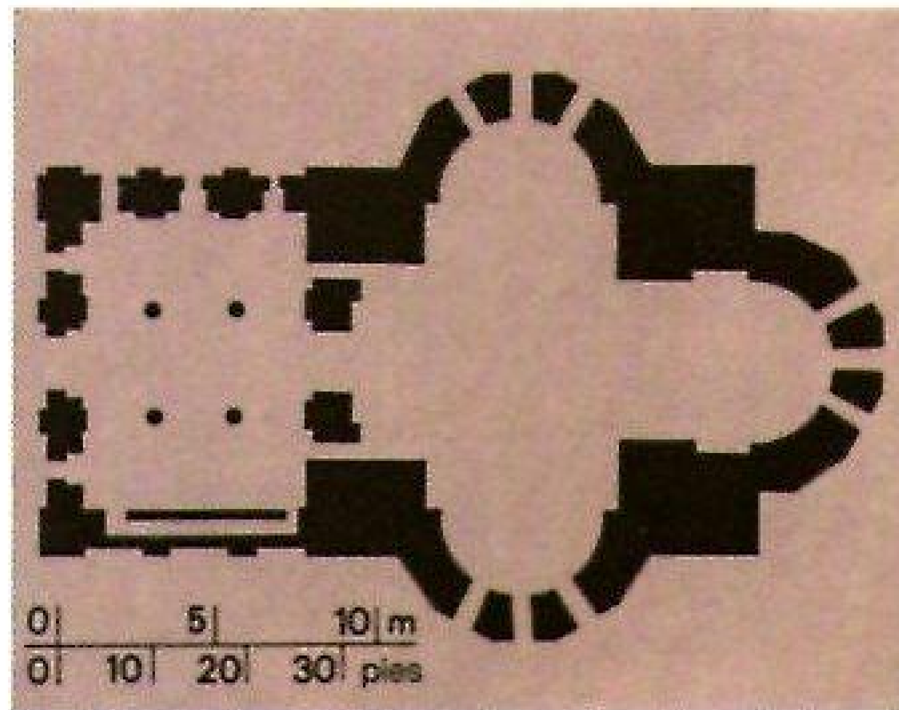






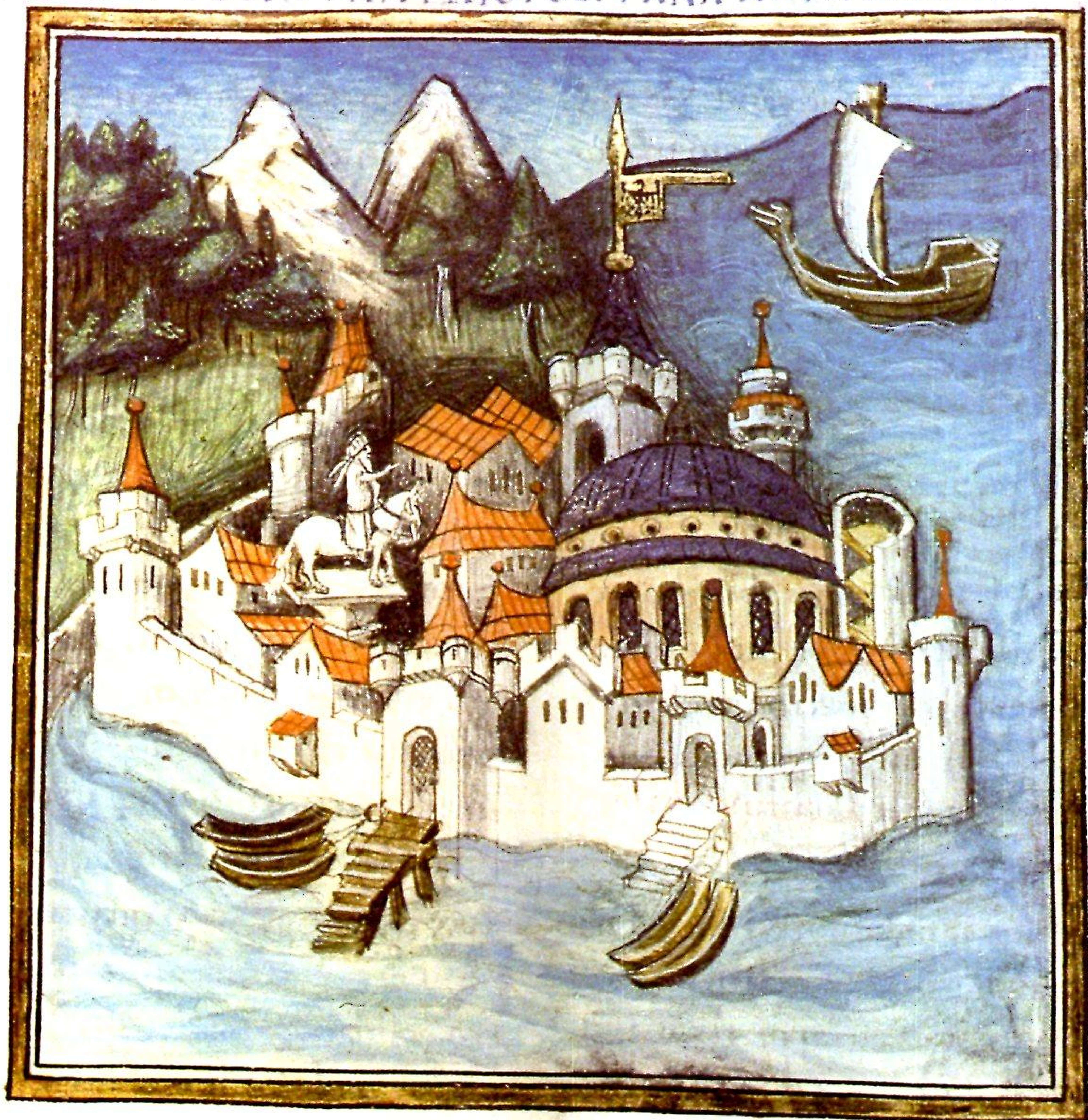
7. San Nicolás Orphanos
Fundado a principios del siglo XIV, este pequeño monasterio (*página anterior, abajo*) es más notable por sus pinturas (*derecha*) que por su arquitectura. Sin embargo, puede servir aquí de ejemplo de las muchas iglesias con planta de basílica y sin cúpula, que se construyeron en los Balcanes a partir del siglo XI. El ambulatorio-cum-exonártex, de grandes dimensiones poco frecuentes (ver el plano *arriba*, según Xyngopoulos), sin duda tenía la misma finalidad que en las otras iglesias paleólogas.





8. Iglesia del Profeta Elías
Destaca por su gran trabajo de enladrillado y por la forma semicircular de su crucero (ver el plano, según Mango), característica que normalmente se asocia con las iglesias del monte Athos y que demuestra la gran influencia que tuvo este centro monástico en la sociedad de Tesalónica del siglo XIV. La iglesia podría pertenecer al monasterio de Nea Moni, fundado entre 1360 y 1370 por el monje Macario Choumnos.

Capítulo sexto: Los logros bizantinos



¿Qué se consiguió en Bizancio? ¿Qué valor tiene para nosotros? El enjuiciamiento general de la sociedad bizantina tiende implícitamente a responder a estas dos preguntas como si fuese una sola y a que el veredicto dependa de la actitud del autor respecto a la segunda. Sin embargo, es posible tener una opinión personal sobre Bizancio pero llegar a un cierto consenso sobre los logros materiales. Estadísticamente, los resultados son impresionantes. El Imperio Romano Oriental tuvo una existencia continuada durante más de 1.000 años, durante los cuales no sufrió ningún cambio constitucional radical y siguió teniendo la misma capital, excepto durante el medio siglo del Imperio Latino. En su apogeo dominó toda el Asia Menor y la península de los Balcanes. Durante el fin de la antigüedad y las Edades bárbaras (o Edades oscuras) sufrió invasiones bárbaras tan devastadoras como cualquiera de las que afectaron Europa occidental y en todo momento resistió los encarnizados ataques de los poderosos imperios de Oriente Medio. Desde el siglo IX y durante la larga y lenta decadencia de sus últimos 400 años, la civilización de Constantinopla encabezó la influencia cultural en los Balcanes, Rusia y, ocasionalmente, en otras partes de Europa oriental. Adoptó estructuras sociales y formas de asentamiento más primitivas, sin perder sus tradiciones legales, económicas y literarias. A casi ninguno de sus gobernantes le faltó una aptitud especial ya fuese para la administración, la guerra o la diplomacia y un sorprendente número de ellos combinaban sus dotes en los tres aspectos. En resumen, pocos estados cuentan con un récord tan largo o tan distinguido.

El juicio de la historia probablemente se hubiese contentado con considerar que la cultura de Bizancio era tan ajena a la nuestra como la de la China imperial o la del Egipto faraónico. Sin embargo, los elementos romanos, griegos y cristianos de la civilización bizantina son también factores importantes de la cultura europea occidental. Por lo tanto, los estudios bizantinos que se han hecho en el oeste han partido de la doble premisa de que Bizancio era bueno en tanto que transmitió estos elementos a la Europa moderna y malo en la medida que hizo un uso distinto de ellos.

El elemento romano. La «herencia romana» era una cuestión candente en la Edad Media, cuando el hombre no podía concebir una forma mejor de autoridad política que la del emperador romano. La continuidad básica del Imperio Occidental es un hecho que ningún erudito moderno discutiría y que causó dificultades sin fin al papado y a los monarcas germánicos que adoptaron el título imperial. Los occidentales resolvieron el problema llamando al gobernador de Constantinopla «emperador de los griegos». Esta expresión peyorativa atribuía al Imperio Bizantino una entidad que no era del todo cierta; sin embargo, reflejaba con precisión el hecho de que el estado medieval funcionaba como una unidad cultural y no como una federación políglota de ciudades y tribus, como en el Imperio Romano clásico. Sin duda, Bizancio inspiraba la imagen que los emperadores occidentales, especialmente Otón deseaban para sí mismos, y las ceremonias de coronación de otras monarquías occidentales podrían haberse inspirado en Constantinopla. Sin embargo, en general, los elementos más beneficiosos de la tradición romana –la ley romana y la literatura latina– fueron transmitidos a la Europa moderna por la Iglesia occidental. Los herederos políticos directos de Bizancio en el mundo moderno fueron los imperios ruso y otomano.

Página anterior: La ciudad de Constantinopla de un manuscrito del siglo XV del *Notitia Dignitatum*. Bodleian Library, Oxford.

El elemento griego. Desde el siglo XVII los expertos prestaron gran atención a la herencia griega de Bizancio porque, tal como se ha mencionado con anterioridad, el conocimiento del griego clásico se transmitía a través de Constantinopla. A un ambiente intelectual instruido, que creía que sus logros más destacados estaban conectados, en cierto modo, con el reciente resurgimiento de los estudios clásicos, le parecía increíble que los bizantinos hubiesen leído la misma literatura durante 1.000 años y, sin embargo, no hubiesen avanzado más en el mundo antiguo. Esta fuerte impresión la explica Edward Gibbon, historiador de finales del siglo XVIII en su *Decadencia y caída del Imperio Romano*:

«No se ha añadido ni una sola idea a los sistemas especulativos de la antigüedad, y una sucesión de discípulos pacientes se convirtieron, a su vez, en maestros dogmáticos de la siguiente generación servil. No se ha salvado del olvido ni una sola composición de historia, filosofía o literatura por las bellezas intrínsecas de estilo o de sentimiento, de fantasía original o siquiera de buena imitación. En prosa, la censura puede absolver al menos ofensivo de los escritores bizantinos por su simplicidad pura y poco presuntuosa pero los oradores, más elocuentes en su presunción, son los que más se alejan del modelo que pretenden emular. En cada página se siente herido nuestro gusto y razón por la selección de palabras altisonantes y obsoletas, por la fraseología rígida e intrincada, las imágenes discordes, el juego infantil del adorno falso o intempestivo, y el doloroso intento de elevarse, para sorprender al lector, y rodear un significado trivial con el humo de la oscuridad y la exageración.... La mentalidad de los griegos está sujeta a los

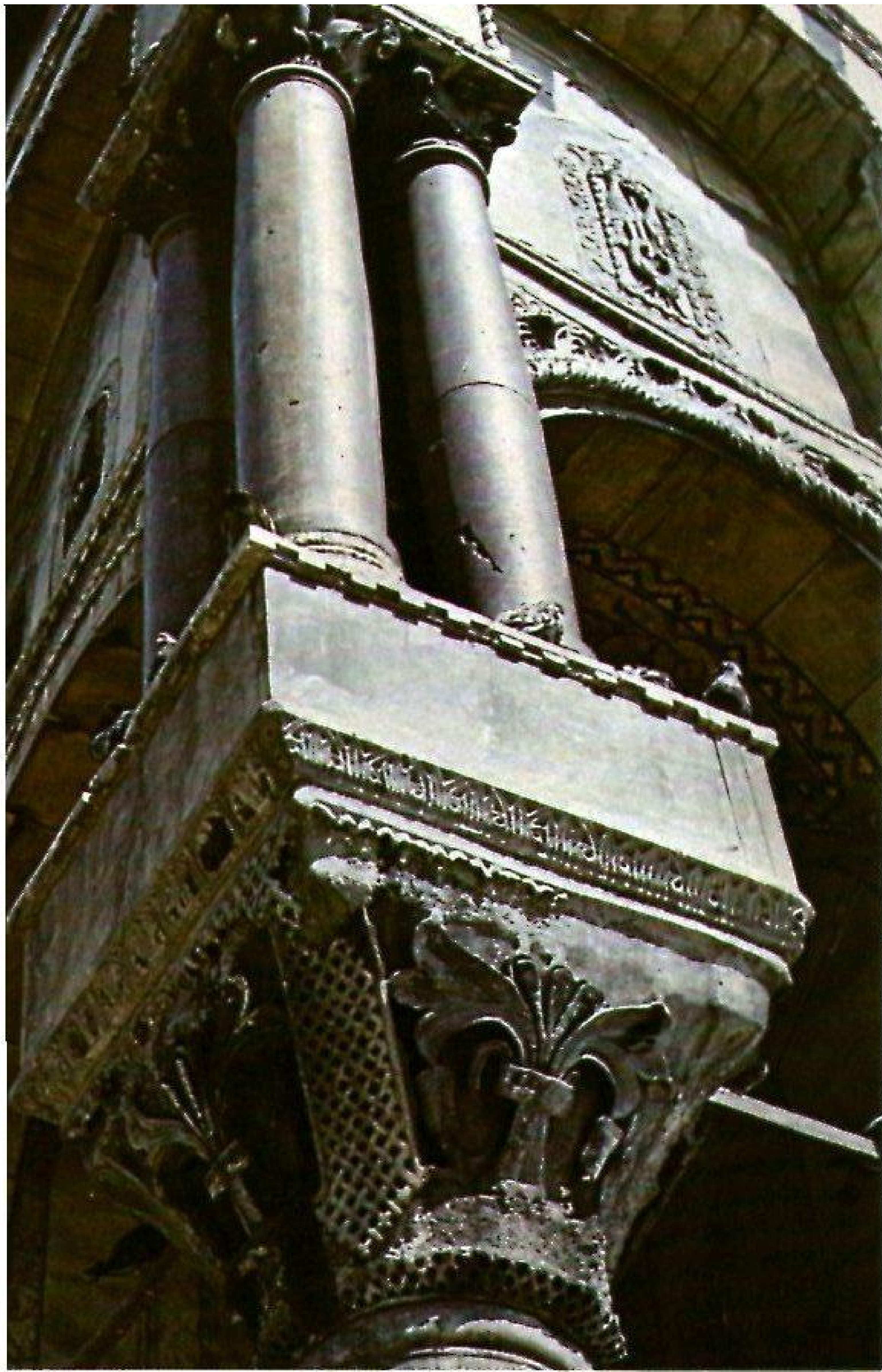


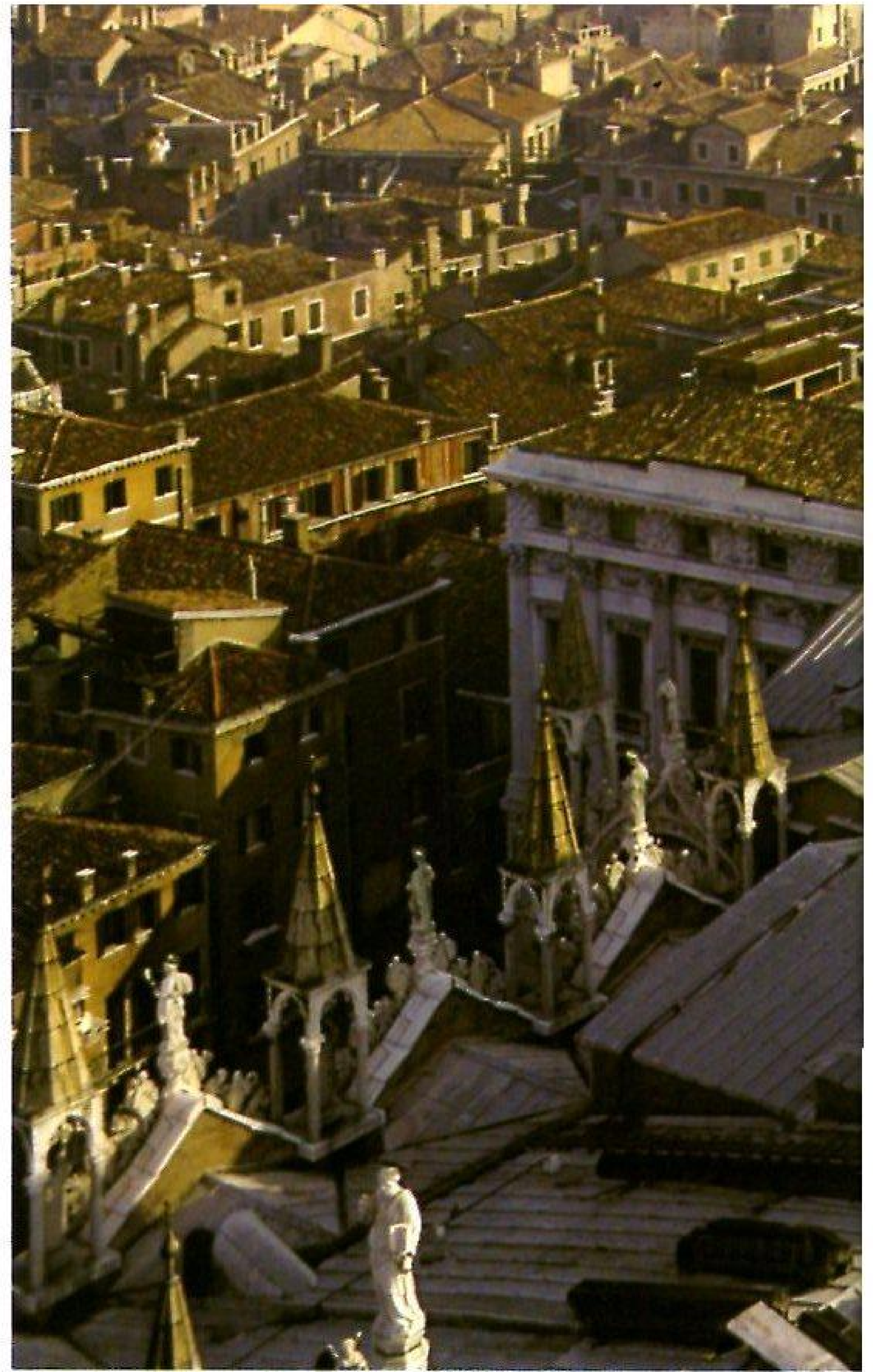
Santa Sofía, Constantinopla, construida por Justiniano en el siglo VI. Quizás el monumento más glorioso de la civilización bizantina.

grilletes de una superstición básica e imperiosa, que extiende sus dominios alrededor del círculo de ciencia profana. Su inteligencia se perdía en controversias metafísicas; en la creencia de visiones y milagros habían perdido todos los principios de evidencia moral; y sus gustos se hallaban viciados por las homilías de los monjes, una mezcolanza absurda de declamación y escritura. Incluso estos despreciables estudios ya no estaban dignificados por el abuso de talentos superiores; los líderes de la Iglesia ortodoxa estaban humildemente contentos de admirar y copiar a los oráculos de la antigüedad. Ni de las escuelas ni del púlpito salió ningún rival de la categoría de Atanasio o Crisóstomo.»

Quizás esta interpretación no sea completamente aceptable, pero es lícito preguntarse si 200 años de investigación hicieron más atractiva o intelectualmente estimulante la literatura bizantina. Y la explicación es plausible: la estructura monolítica de Bizancio sofocaba la creatividad individual, mientras que la desunión del oeste la promovía.

La actitud anticristiana de Gibbon fue controvertida en su Inglaterra natal, pero su aversión hacia la religiosidad bizantina ha sido compartida por muchos cristianos occidentales, tanto católicos como protestantes. Ya hemos tra-





tado de la actitud bizantina hacia el monasticismo: los comentarios de Brocard los hubiera podido escribir cualquier anticuario inglés o francés del siglo XIX. Una parte fundamental de esta antipatía provenía del desprecio hacia el comportamiento de los griegos, desprecio que había encontrado su expresión mucho antes en el vilipendio que hacía el poeta romano Juvenal de los «griegos aduladores». La experiencia de las Cruzadas confirmaron lo peor de los prejuicios occidentales. Los bizantinos no sólo obstaculizaron el movimiento de los cruzados, sino que lo hicieron con una suavidad que, para los impulsivos occidentales, les parecía la representación pura de la bellaquería, si bien hacía tiempo que formaba parte de la práctica diplomática bizantina.

Odo de Deuil, que hizo la crónica de la participación del rey francés Luis VII en la Segunda Cruzada, explica que cuando el ejército de los cruzados se acercaba a Constantinopla, los griegos se mostraron hostiles al principio, pero cuando la emperatriz estableció contacto con la reina francesa, los griegos «quedaron reducidos internamente a mujeres, dejando de lado cualquier fibra masculina en palabra y en espíritu. Prometieron inmediatamente cualquier cosa que creyeron que deseábamos, pero lo hicieron sin buena fe ni integridad. Son de la opinión de que el perjurio no tiene importancia si se comete en beneficio de su santo imperio. Y que nadie crea que estoy atacando por odio una raza de hombres, y que este odio me hace inventar cosas que no he visto, porque, si preguntan a alguien que haya conocido a los griegos, estará de acuerdo en que, cuando tienen miedo, se arrastran con la más absoluta humillación y cuando tienen los triunfos en su mano oprimen despóticamente a quienes están por debajo suyo». Cuando los cruzados llegaron a Constantinopla sus suspicacias fueron aún mayores a causa de las lisonjas que les profesaron. Un obispo les propuso tomar la ciudad por la fuerza «porque no tiene la esencia del cristianismo, sino sólo el nombre». Si bien la idea se tomó seriamente aún llevó medio siglo más de profundizar en la desconfianza mutua hasta que fue llevada a cabo.

La situación apremiante de los bizantinos en los años de su declive final no despertó mucha más simpatía en los occidentales. El español Pero Tafur, rememorando su vi-



Arriba: La catedral de San Marcos, en Venecia, debe mucho al estilo bizantino de arquitectura. *Página anterior:* Uno de los varios capiteles sacados de la iglesia de San Polyeuktos, en Constantinopla después de la Cuarta Cruzada y colocado en el extremo occidental de San Marcos.

sita a Constantinopla en la década de 1430 escribió: «Los habitantes no van bien vestidos sino que son tristes y pobres, mostrando las penurias por las que pasan que no son, sin embargo, tan malas como se merecen, porque se trata de gentes viciosas, hundidas en el pecado».

Cuanto más se alejaba el clima intelectual europeo del de la Edad Media, más siniestro aparecía Bizancio. Un mayor distanciamiento ha prestado más encanto a la visión. De acuerdo con el editor de la traducción inglesa del libro de Charles Diehl *Bizancio, grandeza y miseria* (París, 1919) «hemos avanzado mucho desde el siglo XVIII cuando se creía que "la historia del Imperio Bizantino no es sino un entramado de rebeliones, sediciones y perfidias" (Montesquieu), "un relato tedioso y uniforme de debilidades y miseria" (Gibbon), o "una historia monótona de las intrigas de sacerdotes, eunucos y mujeres, de envenenamientos, de conspiraciones, de ingratitud uniforme, de fratricidio perpetuo" (Lecky)». Pero incluso Diehl –que fue considerado suficientemente apologista de Bizancio como para dar su nombre a una calle de Tesalónica– se sintió obligado a hacer los siguientes pronunciamientos morales sobre los bizantinos: «Y sin embargo, hay ciertos rasgos que se repiten incluso en los mejores de ellos: impulsividad, entusiasmo, un temperamento nervioso e impresionable, ambición desmedida y amor por la sutileza y la intriga; lo que se traducía en una conducta que con demasiada frecuencia estaba salpicada de falta de escrúpulos, juego doble y, por encima de todo, de una debilidad de carácter en contraste con la fortaleza intelectual. Entendemos que la raza soportaba la carga, demasiado pesada, del pasado, que sus energías se disiparon rápidamente y que su carácter estaba falto de fundamentos morales». Afortunadamente para los actuales bizantinistas ya no se estilan, ni son fáciles, los juicios morales.

El elemento cristiano. Sin embargo, la absoluta sinceridad de la devoción de los bizantinos hacia la fe cristiana es algo

que no se puede poner en duda. De hecho, la forma en que continuaron patrocinando monasterios, en que se enzarzaron en disputas doctrinales y rehusaron la unión con la Iglesia occidental hasta la caída de su capital, demuestra que estaban dispuestos a pagar el precio de su extinción política a fin de conservar la integridad de sus relaciones con Dios. Quizás la contribución más valiosa que ha hecho Bizancio a la civilización moderna es el ejemplo de una Iglesia que escogió la parte aparentemente menos ejemplar de María porque tenía fe en que la eternidad se podía alcanzar aquí y ahora. No es que la Iglesia sufriese pérdidas materiales con la caída del imperio cristiano. Los sultanes otomanos, influenciados tanto por la ley islámica como por sus propias razones políticas, permitieron la libertad de culto a sus súbditos cristianos y garantizaron a los monasterios y obispados la tenencia, relativamente segura, de sus propiedades territoriales. Se reconoció al patriarca de Constantinopla como cabeza de todas las comunidades cristianas del Imperio Otomano, cualquiera que fuese su lenguaje y ésta fue la jurisdicción más extensa, próxima a la del sultán, que tuvieron los cristianos.

En torno al patriarcado crecieron, en los siglos XVI y XVIII, un grupo de familias griegas, conocidas como los *Fanarios*, del barrio de *Fanari* (Fener), en el cual posteriormente fijó su sede el patriarcado. Los *fanarios* hicieron enormes fortunas en el comercio y tuvieron mucha influencia en el Saray actuando como intérpretes (dragomanes) entre los sultanes y los embajadores europeos. Adquirieron gran importancia para los otomanos por esta capacidad y como agentes en los satélites rumanos del imperio, los principados de Moldavia y Valaquia. Desde finales del siglo XVII dominaron las cortes principescas de Iasi y Bucarest. Allí y en Constantinopla perpetuaron la tradición cultural bizantina, proclamándose incluso descendientes de familias aristocráticas bizantinas. Su implicación con las clases dirigentes otomanas era demasiado grande como para respaldar incondicionalmente las aspiraciones nacionalistas. El ímpetu ideológico de la independencia griega provenía de la Europa occidental. Sin embargo, a nivel popular, fue la Iglesia la que proporcionó las fuerzas para que las utilizaran los líderes nacionalistas. Uno de los primeros poemas de Constantino Cavafis, «En la Iglesia», expresa la fuerza emotiva de Bizancio, y de la ortodoxia, para el griego actual:





Arriba: Pantocrátor. Mosaico del siglo XII en el ábside de la catedral en Cefalù, Sicilia.
Iglesias pintadas de Rumania. *Derecha:* Voronet (1488-1547), conmemorando la victoria de Esteban el Grande sobre los turcos.
Página siguiente: Moldvita (1532-1537). Representa el sitio de Constantinopla.

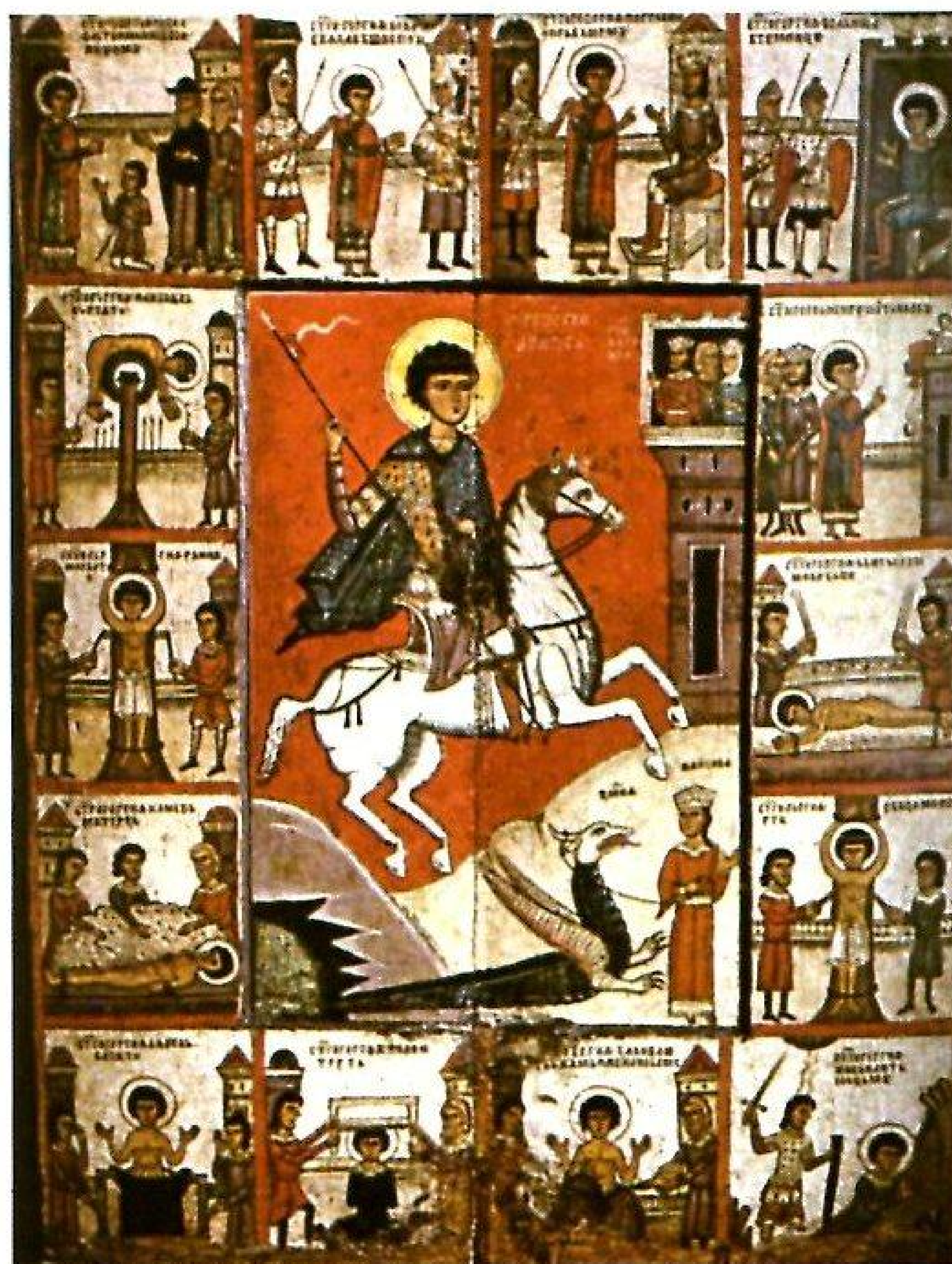

BVLATINTENEBRIS
SETABEBITLVMĒ
VITE



Amo la iglesia, su *hexapteryga* [discos procesionales
grabados con los símbolos de seis alas de los
querubines],
la plata de sus recipientes, sus candelabros,
sus lámparas, sus iconos y sus ambones.

Cuando entro aquí, en la iglesia de los griegos,
con la dulce fragancia de su incienso,
sus cantos y recitales litúrgicos,
las majestuosas figuras sacerdotales
con el ritmo solemne de cada movimiento,
resplendentes en el decoro de sus vestidos,
mi mente va hacia los grandes honores de nuestra raza
a nuestra muy gloriosa herencia bizantina.

El legado de Bizancio. Por su lenguaje, y por la continuidad del patriarcado, los griegos tienen tanto derecho como cualquier otra nación a reivindicar la problemática herencia de Bizancio. Pero no son los únicos. La historia medieval de la actual Bulgaria es la historia del primer y segundo imperios búlgaros, las primeras imitaciones deliberadas de



Bizancio tuvo un papel importante en la conversión y civilización de Rusia. *Derecha:* Un icono del Museo Ruso, Leningrado. *Abajo:* Catedral de la Natividad, Suzdal.



la monarquía bizantina. La actual Yugoslavia unifica muchas tradiciones pero la más heroica de ellas es la de la Serbia ortodoxa, cuya existencia se remonta a Esteban Dusan, el «Emperador de Serbios y Griegos» del siglo XIV, y su antecesor del siglo XII Esteban Nemanja, el «primer coronado», fundador de uno de los monasterios más florecientes del monte Athos, Chilandar. Los años épicos de los principados rumanos son consecuencia bizantina y el moderno Bizancio de las cortes fanarias fue un régimen ajeno compartido por pocos rumanos. Incluso así, la tradición nacional de Rumania ha sido ortodoxa. La leyenda de Cirilo y Metodio, los «apóstoles de los eslavos» ha añadido un capítulo bizantino a la historia de Checoslovaquia y los contactos diplomáticos entre la dinastía de los Comnenos y los primeros reyes de Hungría han dejado su huella en la memoria húngara. Bizancio jugó un papel importante en la conversión y civilización de Rusia. Antes y después del período de la dominación mongol en los siglos XIII y XIV, los sacerdotes y artistas bizantinos desplegaban una gran actividad en Kiev y en Novgorod. Después de 1461 fueron los grandes príncipes de Moscovia y sus sucesores, como zares de Rusia, quienes proclamaron ser los dirigentes del auténtico Imperio Ortodoxo. Junto con rusos y ucranianos, la URSS contenía dos grupos minoritarios, los georgianos y los armenios (estos últimos también están ampliamente diseminados por el mundo), cuyos reinos medievales estaban íntimamente conectados con Bizancio. Finalmente, en el oeste, no deberíamos olvidarnos de mencionar la isla de Sicilia cuya cultura, de fertilización cruzada, tiene una parte de raza bizantina.

Para todos estos países Bizancio es uno, y con frecuencia el único, elemento común de su pasado y la investigación histórica remite a sus estudiosos hasta la Constantinopla medieval, de la misma forma que remite a los europeos occidentales a la civilización medieval de Roma, París o Florencia. La perspectiva histórica en el este de Europa se ha deformado con frecuencia por las pasiones nacionalistas, pero no se han necesitado nunca correctivos, ya sea de nacionalistas rivales o de expertos en la tradición occidental, cuyos prejuicios residen en otra parte.

Glosario

Abasidas. Dinastía árabe, 750-1258 d.C., que tenía su capital en Bagdad y que gobernó en África del norte y en el oeste de Asia. En el siglo IX los abasidas lucharon frecuentemente contra los bizantinos, pero perdieron su poder efectivo hacia mediados del siglo X y posteriormente cayeron ante los **selyúcida.**

Ábside. Parte sobresaliente de una iglesia, normalmente de plano semicircular, que contiene o está situado detrás del altar mayor. En las iglesias bizantinas el ábside está, casi sin excepción, orientado al este.

Aecio. General romano que dominó el Imperio de Occidente durante 20 años. Comandante de las fuerzas en Galia, él solo mantuvo en aquel territorio la supremacía de Roma, derrotando a **Atila,** hasta que fue traicioneramente asesinado por el emperador en el año 454 d.C.

Ágora. Plaza del mercado, centro social y económico de una ciudad griega que consistía normalmente en un espacio cuadrado al aire libre en torno al cual se construían la mayor parte de edificios públicos.

Agustín (354-430). Obispo de Hipona, en África, convertido al cristianismo después de haber sido pagano y maniqueo. Sus numerosos escritos constituyen el fundamento de la teología católica; entre ellos, los más famosos son las *Confesiones* y la *Ciudad de Dios*, escritos para disculpar a los cristianos por la caída de Roma en el año 410. Encabezó la oposición a los **donatistas** y murió durante el asedio de Hipona por los vándalos.

Alamanis. Tribu germana del este del Rin que con frecuencia hacía incursiones en Galia y entraba en conflicto con los romanos. En el siglo V los alamanis se establecieron en Alsacia y Suiza, fundando un reino que duró hasta ser conquistado por **Clodoveo.**

Alanos. Pueblo nómada iraní, procedente de las estepas del sur de Rusia, dividido en dos por los **hunos.** El grupo occidental se unió a la invasión germana de Galia y posteriormente se estableció con los **vándalos** en África, compartiendo su suerte. Los descendientes de la rama oriental todavía viven en el Cáucaso.

Alarico. Rey de los **visigodos** que había servido en los ejércitos romanos pero que se rebeló contra el imperio al ver defraudadas sus esperanzas de ascenso. En los años 395 y 396 asoló Grecia e intentó invadir Italia sin éxito. Después de asesinar a **Estilicón** sitió Roma para pillar la ciudad, puso un emperador títere, y en el año 410 la saqueó. Murió poco después planeando invadir África.

Ambrosio de Milán (340-397). Gobernador de la región de Milán. fue proclamado obispo de la ciudad el año 374, aunque nunca celebró oficios religiosos. Por su elocuencia y fuerte personalidad dominó la Iglesia occidental combatiendo la herejía y el paganismo y rechazó con éxito la interferencia del poder imperial en la Iglesia.

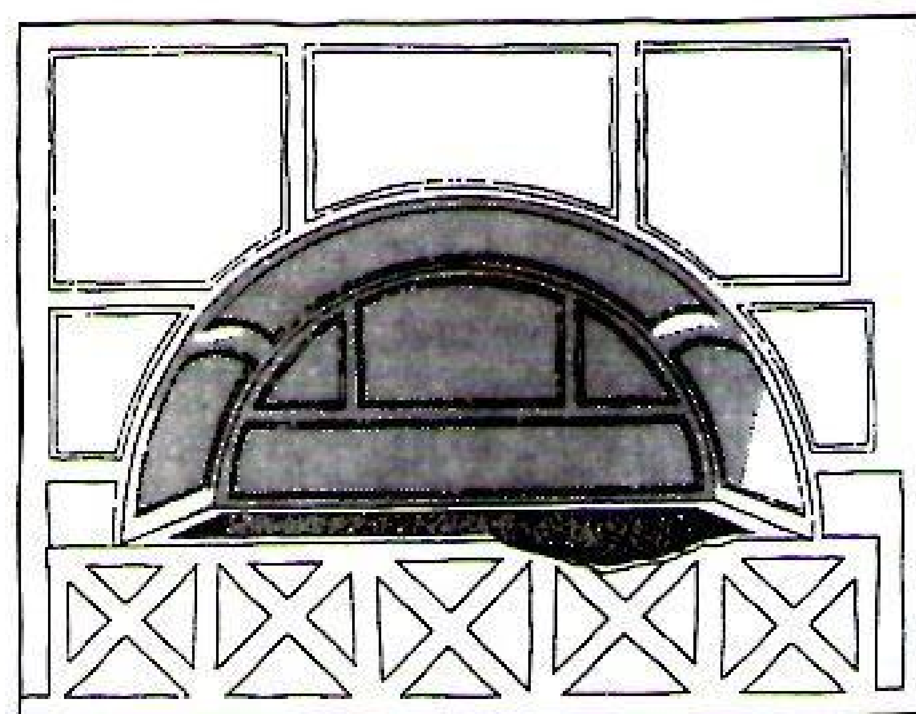
Ambulatorio. Paseo cubierto, especialmente dentro de una iglesia, detrás del altar mayor.

Anfiteatro. Construcción oval o circular formada por filas de asientos rodeando la arena en la cual, en tiempos romanos, se llevaban a cabo combates entre gladiadores y entre ellos y animales salvajes; en muchas ocasiones fue lugar de martirio de cristianos.

Antonio, san (h. 250-350). El primer monje cristiano y fundador monasterial. A la edad de 20 años abandonó su lugar de nacimiento para retirarse al desierto de Egipto a vivir en soledad y ascetismo. Salió para organizar la vida de los monjes que se habían congregado en torno suyo y se retiró de nuevo a una montaña cercana al mar Rojo, en donde murió.

Apicio. «Gourmet» del tiempo de Tiberio que, según se cuenta, se suicidó después de haber gastado en comida la mayor parte de su fortuna. Fue autor de un libro de cocina del cual ha sobrevivido una edición de finales de la antigüedad.

Arcisolia. Nichos semicirculares en donde depositar cadáveres, que se encuentran en catacumbas y mausoleos, frecuentemente decorados con pinturas e inscripciones.



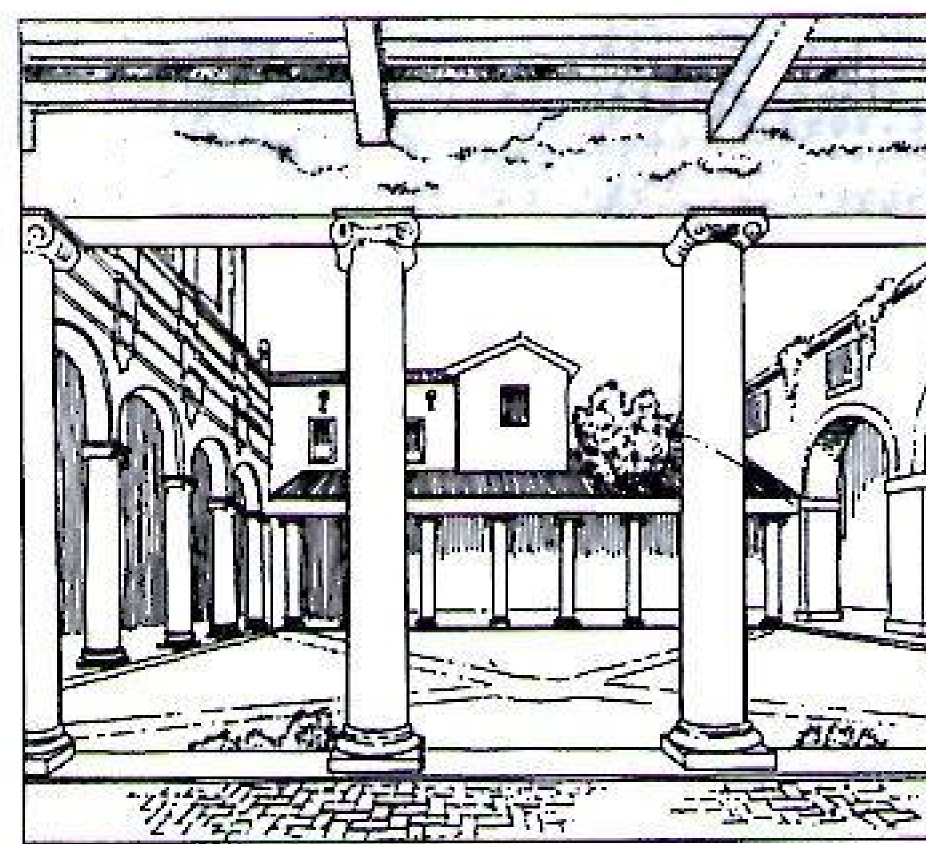
Arcisolia

Arrianos. Seguidores de Arrio, un monje de Alejandría de tiempos de Constantino que sostenía que Dios Hijo fue creado por Dios Padre, pero que era de distinta substancia a la de Él, punto de vista condenado por herético en el **Concilio de Nicea.** Esta herejía tuvo muchos seguidores en oriente durante el siglo IV, y más tarde en occidente, en donde las tribus germánicas se habían convertido al cristianismo arriano.

Atanasio (h. 293-373). Obispo de Alejandría y el mayor defensor de la ortodoxia en el siglo IV. Apoyado por la Iglesia egipcia sobre la cual ejercía un poder absoluto, sufrió la persecución y el exilio al oponerse encarnizadamente a la herejía de los **arrianos.** Han sobrevivido muchos de sus numerosos escritos.

Atila, rey de los hunos (433-453). Gobernante de unos dominios que se extendían desde el Rin hasta el mar Caspio. Después de frecuentes amenazas al Imperio de Oriente, que lo compró con enormes sobornos, se volvió hacia occidente, penetrando en la Galia, en donde fue derrotado por **Aecio** cerca de Orleans. Más tarde destruyó Aquilea y avanzó hacia Roma.

Atrio. Originalmente, el principal patio descubierto de una casa romana. En la arquitectura cristiana, patio al aire libre, rodeado de columnas o arcadas, frente a una **basílica.**



Atrio

Augusto. Uno de los títulos del emperador, especialmente en la reforma de Diocleciano, para designar uno de los dos emperadores de más categoría, que gobernaron en Nicomedia y Milán. Ver **césar.**

Austuriani. Tribu nómada del desierto del Líbano, veloces jinetes que complementaban su deficiente nivel de vida con el robo y que

devastaron las ciudades de Tripolitania y Cirenaica en los siglos IV y V.

Ávaros. Nómadas turcos de la región del Volga que se establecieron en la cuenca del Danubio alrededor del 560. Desde allí asolaron los Balcanes con sus aliados, los eslavos, en donde cesaron el gobierno imperial. En el año 626 sitiaron sin éxito Constantinopla en alianza con los persas. Posteriormente declinó su poder cuando se independizaron los eslavos pero siguieron siendo importantes en el Danubio hasta que fueron destruidos por Carlomagno.

Bacaudae. «El valiente», grupos de bandidos, campesinos y esclavos que protagonizaron una rebelión en Galia a finales del siglo III. Aunque fueron aplastados por Maximino en el año 284, sus revueltas y depredaciones fueron una amenaza constante hasta el final de la dominación romana. Durante la confusión de las invasiones germanas, en el año 408, establecieron un estado en Bretaña que mantuvo su independencia durante mucho tiempo.

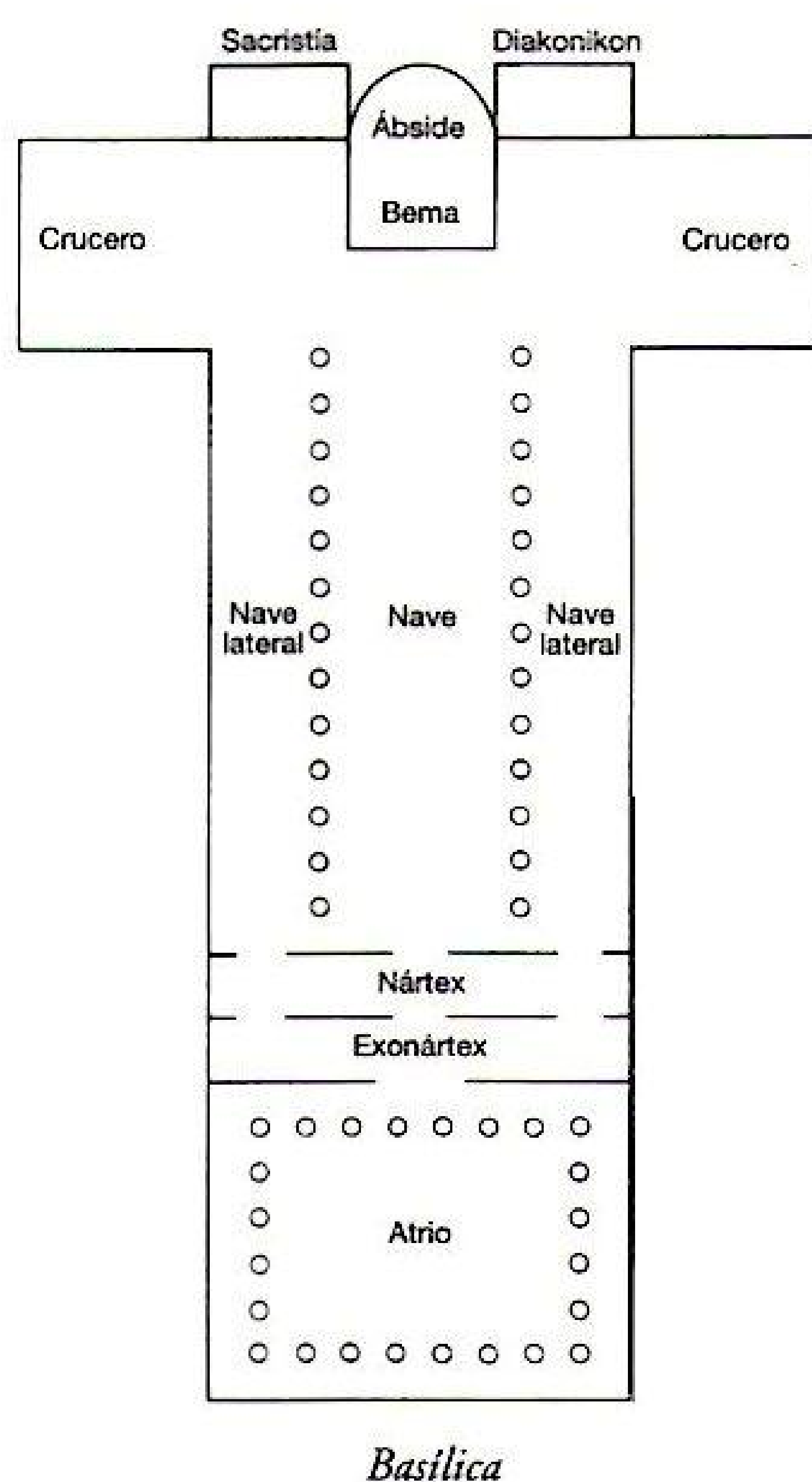
Bas-Empire. «Bajo Imperio», nombre que se da en francés a finales de la Antigüedad, para distinguirla del «Alto Imperio», que se refiere a los dos primeros siglos. A veces se amplía para incluir a los bizantinos, como en la extensa historia de Charles Lebeau (escrita en 1757-1786) quien, al igual que **Gibbon**, hacía hincapié en la idea de la decadencia.

Basílica. En tiempos de los romanos, edificio público rectangular, normalmente un mercado o sala de juicios, adyacente al **foro**. El término se adaptó al uso cristiano para significar una iglesia larga con una nave central y otras laterales. Hay muchas variaciones del plano básico.

Basilio, san (h.330-379). Obispo de Cesarea, en Capadocia, y la figura dominante de la Iglesia del siglo IV. Defendió con éxito la ortodoxia contra los **arrianos** y estableció una regla para organizar la vida de los monjes que sigue siendo fundamental en las iglesias del este.

Belisario (505-565). General romano bajo Justiniano, cuyo papel en la represión de la rebelión de Nika le valió el mando de la expedición contra los **vándalos**. Su rápida conquista de Sicilia y de África fue premiada con el éxito y seguida por sus grandes victorias en Italia. Posteriormente fue sustituido en Italia, pero sacado de su retiro en el año 559 para sofocar la invasión bárbara que casi llegó a la capital.

Bema. Coro y presbiterio o santuario de una iglesia griega, la parte que contiene el altar y los asientos de los clérigos.



Basílica

Benedicto, san (h. 480-544). Fundador y organizador del monasticismo occidental. Vástago de una familia senatorial, abandonó la vida licenciosa y se fue a vivir a una cueva en las montañas del este de Roma. Su santidad atrajo a muchos seguidores y posteriormente se trasladó a Monte Casino, en donde fundó un gran monasterio e impuso una regla para organizar la vida de los habitantes.

Búlgaros. Tribu turca del área situada entre los Urales y el Volga que cruzaron el Danubio en el año 679 y establecieron su reino en un territorio que todavía lleva su nombre. Bajo su primer (679-1018) y segundo (1186-1396) imperios, lucharon fieramente con los bizantinos por la supremacía de los Balcanes.

Burgundios. Tribu germana cuyos miembros entraron en la Galia durante la gran invasión del año 406 y se establecieron como aliados de los romanos en el este de aquel país (Burgundia), en donde **Atila** eliminó su reino. Un segundo reino fundado en Saboya sobrevivió hasta el siglo VI en que fue tomado por los **francos**.

Bury, John Bagnell (1861-1927). Historiador inglés que, entre muchos otros trabajos, publicó una importante serie de volúmenes sobre el período de 395-867. Se trata de un estudio cuidadoso y bien escrito en el que argumentaba a favor de la continuidad entre Roma y Bizancio, que ahora se pone en duda por la evidencia de la arqueología.

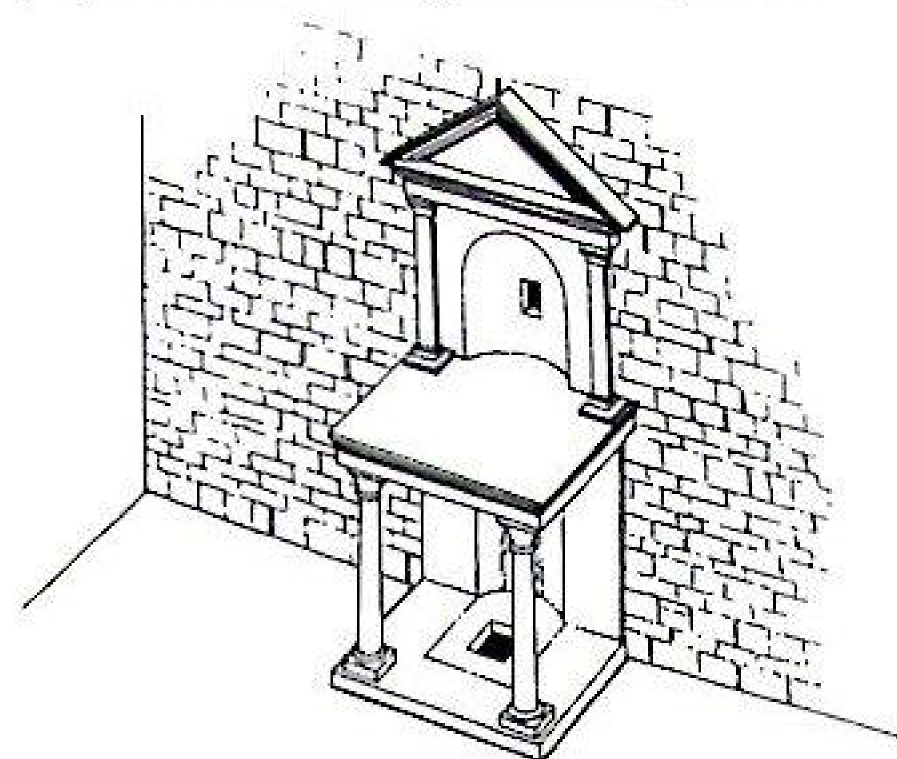
Califa. Literalmente «sucesor» (por ejemplo, de Mahoma), título de los gobernantes **omeyas** y **abasidas** de los estados árabes, más tarde adoptado por los **sultanes** otomanos.

Carausio (287-293). Comandante de la flota en Bolonia, se pasó a la piratería y se proclamó emperador, tomando Gran Bretaña y Galia. Defendió victoriosamente la primera –hasta que fue asesinado– mediante una cadena de recias fortalezas en la **costa sajona**.

Catacumba. Cementerio subterráneo con muchas cámaras y nichos para tumbas, que se encontraban especialmente en Italia. Los cristianos se reunían con frecuencia en las catacumbas de Roma en peregrinaje y ritual.

César. Bajo la reforma de Diocleciano, título de los emperadores subordinados que gobernaron desde Sirmio, cerca del Danubio, y Tréveris, cerca del Rin. En teoría, debían suceder a los **augustos** cuando se retirasen y nombrar ellos mismos césares subordinados.

Ciborio. Dosel sobre el altar mayor de una iglesia, normalmente sostenido por cuatro pequeñas columnas y hecho de piedra.



Ciborio

Circo. Espacio ovalado u oblongo, con filas de asientos en tres de sus lados y una barrera en mitad, que se utilizaba para competiciones de carros y otros espectáculos. El ejemplo más famoso era el circo Máximo, en Roma.

Ciriaco D'Ancona (1391-1449). Primero de una larga serie de viajeros ingleses que visitaron Oriente Próximo para hacer un estudio científico de la antigüedad. Durante sus viajes comerciales recogió inscripciones, manuscritos y antigüedades, a cuyo estudio dedicó buena parte de su vida. Sólo sobreviven fragmentos de sus obras.

Cirilo y Metodio. Dos hermanos de Tesalónica, misioneros en Bohemia y Moravia en los años 863-885, conocidos como los «Apóstoles de los eslavos». Crearon un alfabeto para la

lengua eslava que todavía se usa y, al predicar en su idioma, hicieron posible que enraizase firmemente en los Balcanes el cristianismo bizantino, si bien el área en donde predicaron volvió pronto al catolicismo occidental.

Cisma. Rotura de relaciones entre las Iglesias Oriental y Occidental, especialmente el gran cisma de 1054, después del cual ortodoxos y católicos ya no eran de la misma comunión. Había sido anticipado por el llamado «cisma fociano» de finales del siglo X.

Clodoveo, rey de los **francos**, que empezó su carrera derrotando la última resistencia romana bajo **Syagrius** en el año 486. Más tarde se convirtió al cristianismo, extendió su poder sobre el resto de Galia e hizo de París su capital. Fue el fundador de la dinastía Merovingia que gobernó Francia durante las Edades bárbaras.

Códice. Libro, de acuerdo al uso actual, con las páginas unidas, que empezó a substituir los rollos de papiro en el siglo II d.C. y consiguió la imponerse a finales de la antigüedad.

Colonos. Granjeros que arrendaban algunas fincas de grandes haciendas y que las trabajaban a cambio de una parte del producto. A finales de la antigüedad fueron convertidos en siervos, sin libertad de movimiento. Finalmente, el estado dependía de ellos para sus ingresos.

Concha. Nicho semicircular coronado por media cúpula, usado frecuentemente como altar dentro de las iglesias.

Conde de África. Bajo la reforma de Diocleciano, comandante del ejército romano en la diócesis de África, que incluía la actual Algeria, Tunicia y Libia occidental.

Cósroes I. Rey de Persia (531-579), el más grande de la dinastía **sasánida.** Su larga guerra con Justiniano (540-562), durante la cual sus fuerzas destruyeron Antioquía y arrasaron las provincias orientales, no reportó grandes beneficios, pero su reforma y reorganización del gobierno fue una conquista perdurable.

Cósroes II. Rey de Persia (589-628), emprendió una gran guerra contra los romanos cuando su protector, Mauricio, que lo había restituido al trono después de una revuelta, fue asesinado en el año 602. Sus fuerzas consiguieron increíbles triunfos y, por un momento, virtualmente restableció el imperio de los aqueménidas, al conquistar la región situada entre Cilicia y Egipto. Sin embargo, después de la victoriosa invasión de Persia por Heraclio fue asesinado y su imperio se hundió.

Costa Sajona. Costa este y sudeste de Inglaterra, llamada así porque estaba expuesta a los ataques de los sajones y de otras tribus de Alemania. Estaba defendida por una serie de poderosas fortalezas, empezadas por Carausio y reforzadas por sus sucesores durante el siglo IV.

Covel, John (1638-1722). Director del Christ's College de Cambridge que, como capellán de la Compañía de Oriente Medio, vivió en Turquía durante los años 1670-1677. Escribió varios trabajos sobre sus viajes y estaba especialmente interesado por buscar en la Iglesia griega materiales que los obispos ingleses necesitaban en sus disensiones con Roma.

Crisóstomo, san Juan (345-407). Sacerdote y elocuente orador de Antioquía que pasó diez años en el desierto y nunca abandonó sus ideales ascéticos. Como patriarca de Constantinopla (398-404) adquirió una gran popularidad por sus invectivas contra el despilfarro y la frivolidad de aquellos días, pero cayó en desgracia con el gobierno al que criticaba y murió en el exilio.

Crucero. Parte de una iglesia perpendicular a la nave, entre ella y el ábside. En una **basílica** da al edificio su aspecto cruciforme.

Cruz Griega, Iglesia en. Plano de una iglesia en el cual el centro del edificio forma una cruz que sostiene la cúpula y que, a su vez, está situado en una estancia cuadrada.

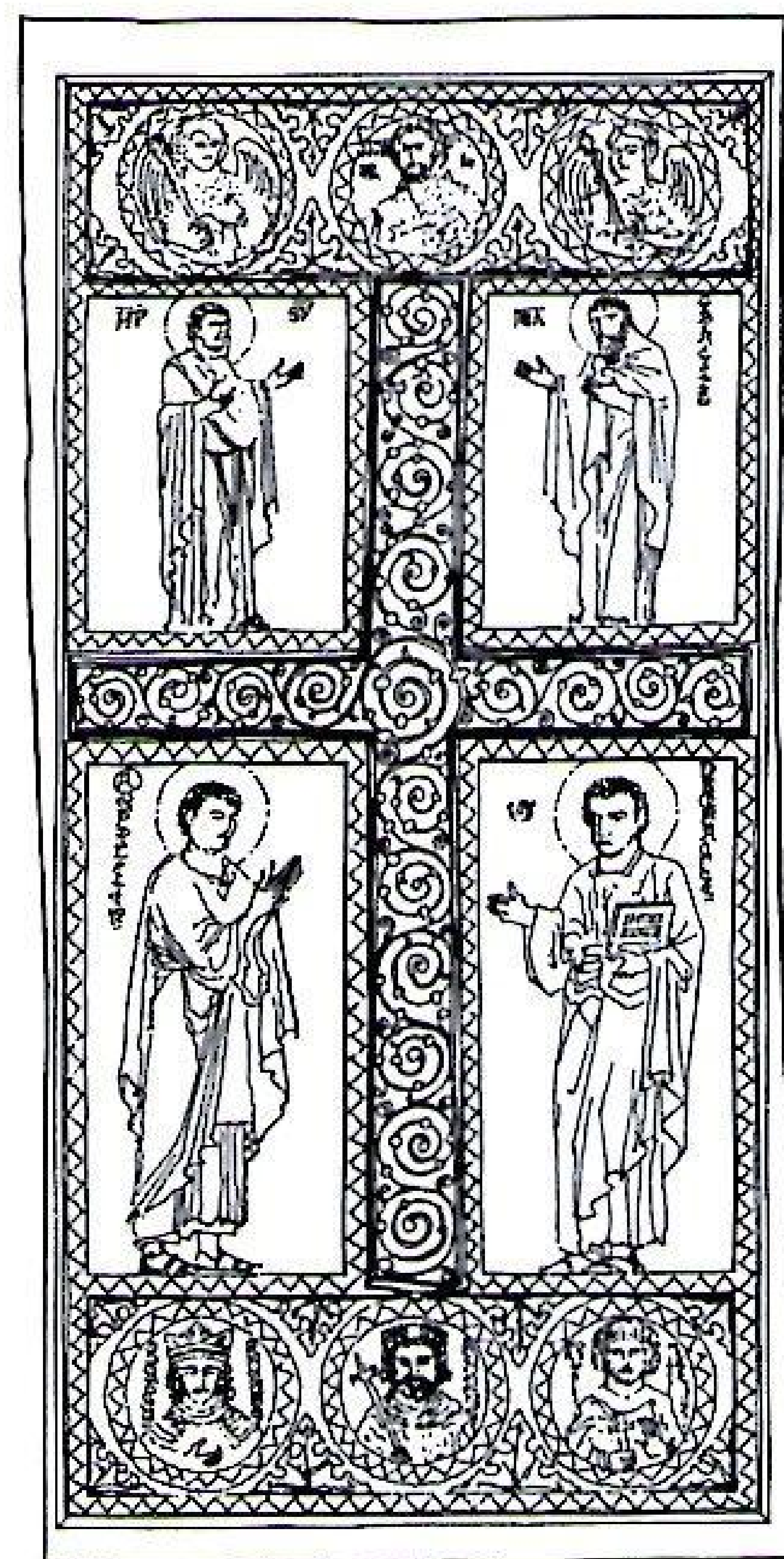
Cumanos. Tribu turca que se estableció en la región del Dniéper a mediados del siglo XI. Desde allí, atacaron frecuentemente a rusos, búlgaros y bizantinos, que se vieron obligados a sostener varias guerras contra ellos. Su estado fue finalmente destruido por los mongoles en 1239.

Curzon, Robert (1810-1873). Viajó por Egipto, Palestina, Grecia y Albania, visitando monasterios con la esperanza de descubrir manuscritos inéditos. Su «Visitas a los Monasterios de Oriente Medio», publicado en 1849 y escrito de forma muy amena, tuvo una considerable importancia científica.

De Officiis. Manual de ceremonial cortesano bizantino recopilado bajo Juan Cantacuzeno. Sus descripciones del ritual de la corte y las listas de los funcionarios, de acuerdo con su categoría, constituyen una valiosa información de la historia administrativa.

Decurión. Miembro de un consejo que gobernaba las municipalidades en que se dividía el imperio, encargado de recaudar los impuestos locales. En tiempos del imperio muchos servían voluntariamente, pero a fines de la antigüedad se introdujo la obligatoriedad a medida que aumentaban las demandas del estado. Los decuriones, famosos por su rapacidad y avidez de ascenso, fueron una parte fundamental y valiosa de la maquinaria del gobierno hasta Justiniano.

Deesis. Escena, frecuente en los mosaicos de las iglesias, en la que se ve a la Virgen María y a Juan el Bautista intercediendo ante Cristo por los pecados del mundo.



Deesis

Desechos. Trozos de antiguas estructuras, estatuas, inscripciones, etc., vueltos a utilizar como material de construcción en nuevas edificaciones.

Diakonikon. Estancia unida a una iglesia, habitualmente adyacente al ábside, usada como sacristía, archivo y depósito de ofrendas.

Diehl, Charles (1859-1944). Uno de los más importantes eruditos actuales en estudios bizantinos, cuyos trabajos sobre Ravena y África bizantina y justiniana son de gran valor. También escribió muchas obras populares que despertaron considerable interés sobre Bizancio.

Digenes Akritas. Narración épica bizantina compuesta probablemente a mediados del si-

glo XI. Describe las aventuras del héroe de este nombre, un guerrero fronterizo de ascendencia mixta cristiana y musulmana que luchó valientemente contra los árabes en la frontera oriental.

Donatistas. Secta cristiana herética del norte de África que rompió con la Iglesia por las diferencias sobre la cuestión de readmitir a la comunión a quienes habían entregado las escrituras durante la Gran Persecución. Aunque declarados heréticos por Constantino y perseguidos durante un siglo, la secta tuvo numerosos adeptos, con frecuencia fanáticos, y gran influencia en África.

Du Cange, Charles du Fresne, Sieur (1610-1688). Fundador de los modernos estudios bizantinos, beneficiario de una sinecura gubernamental que le permitió pasar 20 años investigando en los archivos de París. Entre sus numerosos escritos se encuentran diccionarios de griego y latín medievales y trabajos sobre el Imperio Latino, Constantinopla y genealogía bizantina, todos aún fundamentales.

Dualismo. Sistema de creencias que reconoce el Bien y el Mal como las dos fuerzas opuestas supremas del mundo. Tales doctrinas fueron fundamentales para el zoroastrismo, el mitraísmo y para los semicristianos maniqueos y tuvieron gran influencia sobre los **paulicios**.

Duces. En la reforma de Diocleciano, comandantes de los ejércitos provinciales, la mayor parte de ellos en la frontera. Cada uno controlaba un área que normalmente equivalía a una provincia civil. Los «duces» se escogían de entre los comandantes regimentales y casi nunca ascendían a rangos superiores.

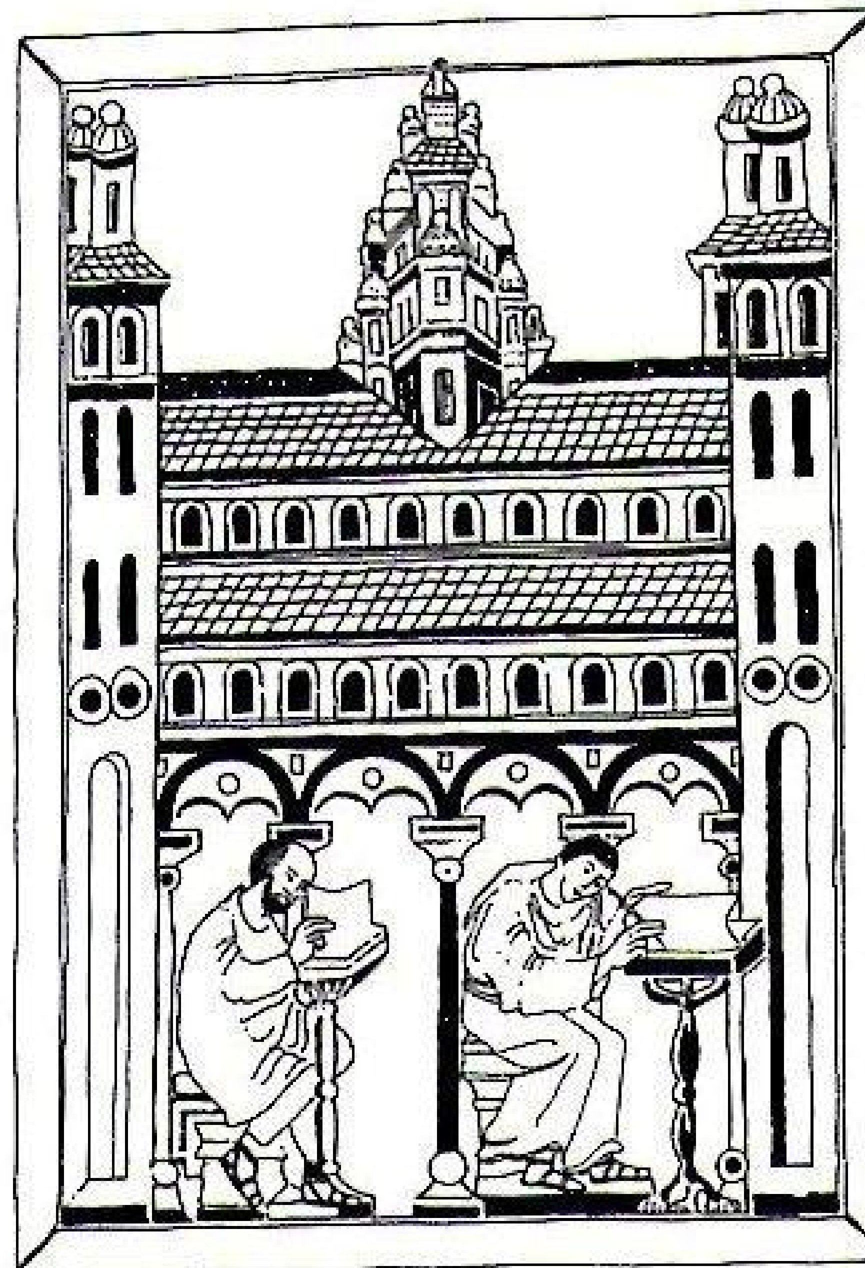
Edades bárbaras (o Edades oscuras). En la historia bizantina se aplica con frecuencia este término al período de invasiones que va desde el siglo VII al mediados del IX porque se sabe poco de él y la documentación es escasa.

Éfeso, Concilio de (449). Conocido como el «Concilio Ladrón», dominado por el obispo de Alejandría y los **monofisitas**, que vencieron la oposición de todos e impusieron su doctrina ortodoxa. Sus decretos fueron anulados, y no se reconoce como concilio ecuménico.

Embolos. Término usado a finales de la antigüedad para designar una calle flanqueada por columnas, detrás de las cuales normalmente había tiendas o casas.

Emir. «Comandante», título que se daba a los **califas** árabes, a generales y a gobernadores de los principados turcos en Asia Menor.

Escritorio. Estancia o edificio de un monasterio dispuesto especialmente para escribir y copiar manuscritos, papel fundamental de los monasterios que los hacía centros del saber y conservadores de la herencia clásica.



Escritorio

Eslavos. Grupo de pueblos de habla indoeuropea, originarios de la Europa centrooriental. Gradualmente se extendieron por el oeste y por el sur y en los siglos VI y VII entraron masivamente en los Balcanes bajo la dominación de los **ávaros**. Excepto en Grecia, colonizada por los bizantinos, sus asentamientos en la península han sido permanentes.

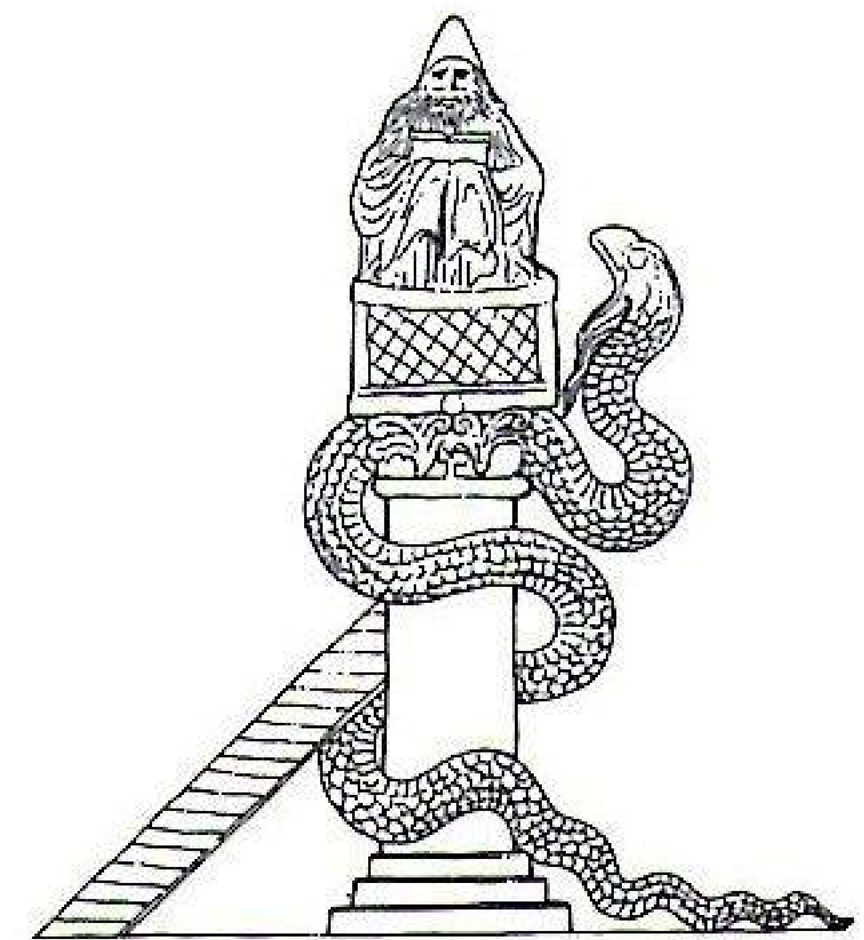
Espina. Barrera a lo largo del centro del **hipódromo**, alrededor de la cual se hacían las competiciones de carros. A veces estaban decoradas, como la de Constantinopla, con estatuas y otras obras de arte.

Estilicón. Vándalo que mandaba los ejércitos romanos bajo Teodosio y fue nombrado guardián del joven emperador Honorio, que se casó con su hija. Defendió victoriosamente Italia de todos los ataques, hasta que fue asesinado en el año 408.

Estilita. Asceta, que demostraba su santidad viviendo en lo alto de una columna, una costumbre iniciada y hecha famosa por san Simeón de Antioquía (389-459) y seguida después por muchos a finales de la antigüedad. Se revitalizó en los siglos X y XI.

Estilóbato. Cimientos contínuos de piedra sobre los que descansan columnas o pilares.

Estrategos. En el sistema administrativo militarizado de las **temas**, el gobernador de un distrito. La palabra conserva su significado primitivo de «general».



Estilita

Eusebio (h. 260-340). Obispo de Cesarea en Palestina y, como consejero eclesiástico del emperador Constantino, uno de los sacerdotes más influyentes de su época. Entre sus muchos escritos, han sobrevivido sus *Historia de la Iglesia* y *Vida de Constantino*, documentos fundamentales sobre la Iglesia y la época.

Exarca. Título de los gobernadores de Italia y de África, que tenían poderes militares y civiles. Eran nombrados por Mauricio para proteger las provincias seriamente amenazadas y se cree que sirvieron de modelo para el sistema de **temas**.

Facción. Organizadores y partidarios de los equipos que competían en el **hipódromo**, que llevaban el nombre de sus colores: Azules y Verdes. En la mayor parte de las ciudades la población se dividía en dos facciones, cuyos violentos enfrentamientos fueron una fuente constante de sedición hasta el reinado de Justiniano.

Fallmerayer, Jakob Philipp (1790-1861). Historiador alemán, autor de *Historia del Imperio de Trebisonda* (1827) e *Historia del Peloponeso durante la Edad Media* (1830-1836), más conocido por su mal aceptada (y exagerada) opinión de que los griegos de su época eran descendientes de eslavos o albanos, sin una gota de auténtica sangre griega.

Fanarios. Nombre aplicado a las familias griegas que dieron origen a los príncipes de Valaquia y Moldavia (actual Rumania) bajo los otomanos (1711-1821), llamados así por proceder del barrio de Fanar, en Estambul.

Filioque. Diferencia doctrinal entre las Iglesias oriental y occidental. Los católicos creían

que el Espíritu Santo procedía del Padre *y del Hijo (filioque)* y lo añadieron al credo. La Iglesia ortodoxa rechazó la innovación y la utilizó como base de su cisma bajo **Focio**. Siguió siendo motivo de disensiones irreconciliables entre las dos Iglesias.

Finlay, George (1799-1875). Historiador inglés cuya participación en la revolución griega le indujo a escribir la historia de Grecia desde la conquista romana hasta su época, un trabajo de gran influencia, que atrajo la atención del mundo de habla inglesa hacia el período posclásico.

Florencia, Concilio de. Concilio de la Iglesia llevado a cabo bajo el papa Eugenio IV en 1439, al que asistieron el emperador Juan VIII, el patriarca de Constantinopla y otros dignatarios ortodoxos, que firmaron un acta de unión con la Iglesia occidental, esperando recibir ayuda del oeste contra los turcos. Al igual que el concilio de **Lyon** no resolvió nada, ya que el pueblo bizantino se mostró hostil ante la idea de la unión.

Focio (h. 820-891). Secretario imperial que ascendió hasta llegar a ser patriarca de Constantinopla en 858-867 y 878-886. Se opuso a lo que creyó eran pretensiones del papa por la supremacía y provocó el primer gran cisma entre las Iglesias oriental y occidental. Fortaleció la Iglesia y promovió mucha actividad misionera. Era un hombre culto y protector de la educación. Sobreviven muchas de sus obras.

Foro. Plaza de mercado y centro público de comercio en una ciudad romana. En las colonias romanas normalmente ocupaba el centro del lugar y contenía templos, así como salas de juicios y tiendas. La palabra acabó significando simplemente una plaza al aire libre.

Francos. Grupos de tribus germánicas establecidas en la parte norte de la frontera del Rin, que efectuaron importantes ataques en la Galia durante los siglos IV y V. Cuando los romanos abandonaron el Rin los francos pasaron al norte de Galia y posteriormente, bajo **Clodoveo**, gobernaron toda la provincia, que tomó de ellos su nombre actual, Francia.

Gala Placidia (388-450). Hija de Teodosio y hermana de Honorio, fue hecha prisionera por Alarico durante el saqueo de Roma, permaneció con los godos durante cinco años y casó con su rey, Ataúlfo. Después de la muerte de éste, fue devuelta a Roma a cambio de 600.000 medidas de grano y se casó con el general Constancio, que había sido su pretendiente durante mucho tiempo. Fue regente de su inútil hijo Valentiniano III, entre los años 423 y 436. Su mausoleo en Ravena es uno de los monumentos más notables de la época.

Garum. Salsa hecha con pescado que se tenía en salmuera durante 2 o 3 meses, utilizado universalmente en la cocina romana en lugar de sal y como condimento.

Gibbon, Edward (1737-1794). Historiador inglés que, mientras «meditaba entre las ruinas del Capitolio» en 1764, se inspiró para escribir la *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano,* una obra maestra acabada en 1787 que nunca ha sido superada en cuanto a estilo, buen criterio e investigación exhaustiva.

Gildo. Jefe moro que ascendió hasta llegar a ser **Conde de África** bajo Teodosio, después de cuya muerte se rebeló y cortó el suministro de grano a Roma. La rebelión fue sofocada en el año 398, Gildo fue ejecutado y sus extensas haciendas confiscadas.

Gobernadores. Jefes de la administración civil en las provincias, subordinados a los **vicarios** y a los **prefectos pretorianos**. Normalmente, el cargo se ostentaba durante un período corto y era una etapa importante en la carrera de un funcionario. Su poder creció a medida que decaían las municipalidades, pero el cargo desapareció con la militarización de la administración en el siglo VII.

Godos. Tribu germánica que originalmente habitaba la región del Báltico y que amplió sus dominios hasta el Danubio y el mar Negro en el siglo III. Desde allí los godos invadieron los Balcanes y el Asia Menor, infligiendo serias derrotas a los romanos. Más tarde se dividieron en **ostrogodos** y **visigodos**.

Gregorio el Grande. Descendiente de una rica familia senatorial, fundó monasterios en Sicilia e Italia y se hizo monje. Como papa (590-604), reorganizó y fortaleció la Iglesia enviando misiones e incrementando la autoridad papal tanto en asuntos civiles como eclesiásticos. Estableció claramente la supremacía del papa en occidente y prácticamente ejerció el poder imperial en Italia.

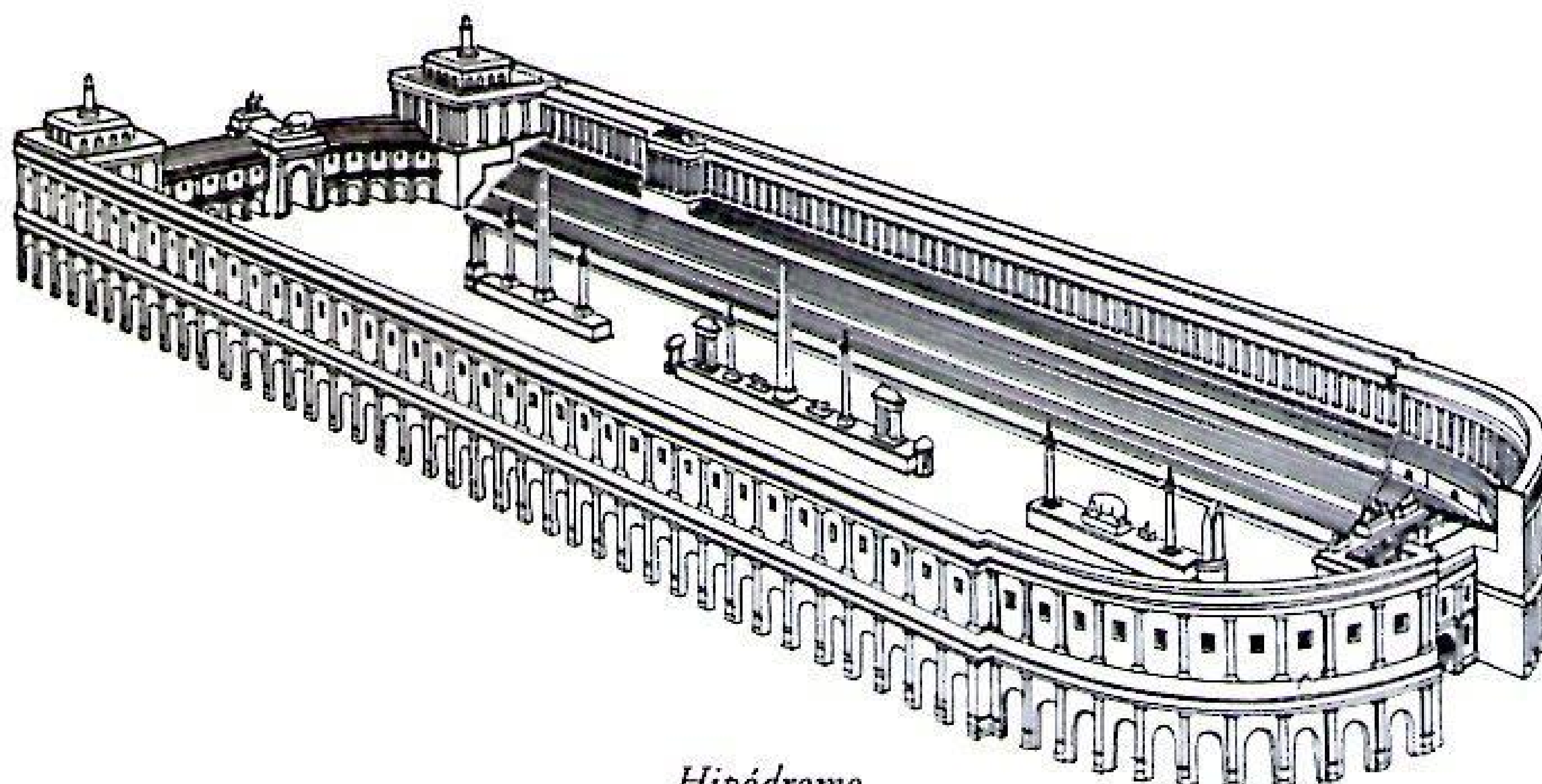
Guiscard, Robert. Líder de los normandos en Italia, de la cual expulsó victoriosamente a los bizantinos, tomando Bari en el año 1071, y después emprendió la campaña de Sicilia. En el año 1081 pasó a los Balcanes, derrotó a Alejo Comneno y tomó Durazzo, en un intento por conquistar el imperio. Murió de enfermedad después de ser derrotado por bizantinos y venecianos en el año 1085.

Helena (h. 247-327). Esposa de Constancio I y madre de Constantino. Se dice que al final de su vida fue en peregrinación a Jerusalén, en donde descubrió la **Santa Cruz**. Es reconocida como santa por la Iglesia griega y, generalmente, se la representa con su hijo, también santo.

Hérulos. Tribu germánica que se unió a los **godos** durante el reinado de Galieno para devastar Asia Menor. Su invasión de Grecia en el año 267 fue especialmente destructiva. Más tarde lucharon con los romanos o bárbaros y desaparecieron de la historia en el siglo VI.

Hipódromo. Lugar en que se efectuaban carreras de carros, muy populares a fines de la antigüedad. Se trataba de un recinto largo, con una gran tribuna, redondeado a ambos extremos. El más famoso estaba en Constantinopla, en donde el emperador aparecía ante la plebe, que podía expresar allí sus opiniones.

Hopf, Karl (1832-1873). Profesor alemán que dedicó su vida al estudio de Grecia bajo el dominio fráncico (después de 1204). Realizó una exhaustiva investigación de los archivos griegos y europeos e hizo un trabajo de recopilación extremadamente valioso por la cantidad de material inaccesible que contiene.



Hipódromo

Hunos. Tribu nómada del Asia Central que se trasladó a Europa en el siglo IV. Destruyeron a los **godos** y se asentaron en la cuenca del Danubio durante 50 años, desde donde asolaron el imperio romano. Después de la muerte de su jefe, **Atila**, pronto perdieron el poder.

Icono. Imagen de Cristo, de la Virgen o de un santo, pintada o hecha con mosaico. El interior de las iglesias normalmente estaba cubierto de iconos, aunque la palabra se usa con frecuencia para designar a pequeñas pinturas portátiles, sobre tablas. Los iconos fueron (y son) muy apreciados en la Iglesia ortodoxa.

Iconoclasta. «Destructor de imágenes». Nombre que se aplica a un partido reformista de Bizancio, que deseaba eliminar los **iconos** y la superstición que llevaban consigo. Los iconoclastas subieron al poder con León III a mediados del siglo VIII y conservaron su preeminencia hasta el concilio del año 843. Como resultado de su trabajo, se conoce poco de la pintura bizantina anterior, y se abandonó totalmente la escultura.

Isaurios. Tribu de las montañas del sur del Asia Menor, famosa por su bandidaje. Se sublevaron varias veces en los siglos III y IV y después adquirieron tal importancia en el ejército romano que uno de sus jefes llegó a ser emperador, con el nombre de Zenón. Después de su muerte se rebelaron de nuevo, pero fueron definitivamente suprimidos por Anastasio.

Krum, rey de Bulgaria (h. 800-814). Bajo su dominio, los **búlgaros** se hicieron poderosos, capturando Serdica (Sofía) en el año 809, destruyendo el ejército bizantino y matando al emperador en el año 811. En el 813 Krum puso sitio a Constantinopla, sin éxito, jurando que volvería, pero murió al año siguiente.

Krumbacher, Karl (1856-1909). Fundador de los estudios bizantinos en Alemania, y del mayor periódico sobre el tema. Su exhaustiva *Historia de la Literatura Bizantina* es todavía una obra de referencia indispensable.

Leake, coronel William (1777-1860). Topógrafo y anticuario inglés que sirvió en Turquía, Grecia y Egipto a principios del siglo XIX. El fruto de sus investigaciones está contenido en varias obras importantes sobre topografía y numismática, entre las cuales *Viajes en el Morea* (1830) y *Viajes por el Norte de Grecia* (1835), son los más conocidos.

Lombardos Tribu germánica que abandonó la región del Danubio después de la llegada de los **ávaros** y descendió hacia Italia en el año 568. Conquistaron rápidamente el norte y el centro, dividiéndose la península con los bizantinos a quienes no reconocían la supremacía. Conquistaron Ravena en el año 751, pero en el 774 fueron derrotados por Carlomagno y dejaron de existir como reino.

Lyon, Segundo Concilio de. Sínodo convocado por el papa Gregorio X en 1274 para reformar la moral clerical y llegar a acuerdos para una nueva cruzada. Durante el mismo, los delegados bizantinos aceptaron la unión con la Iglesia occidental, un acto que despertó una acendrada hostilidad en el imperio.

Magiares. Pueblo nómada del sur de la estepa rusa, llamados por los bizantinos para atacar a **Simeón** de Bulgaria. Fueron empujados hacia el oeste por los **pechenegos** en el año 896 y se establecieron en la cuenca del Danubio, desde donde efectuaron incursiones devastadoras en Europa. Después de la coronación de su rey, san Esteban, en el 1001, se hicieron cristianos y fundaron el reino húngaro. Los húngaros actuales son sus descendientes.

Martín de Tours (316-400). Cristiano que después de haber servido en el ejército romano se hizo asceta y fue uno de los fundadores monasteriales en occidente. Se opuso a los **arrianos** y, como obispo de Tours (371-400), trabajó mucho para erradicar el paganismo de Galia.

Martirial. Estructura construida en un lugar asociado a la memoria de un mártir y que varía desde un simple ábside o patio protegiendo la tumba del mismo, hasta un elaborado recinto. También puede indicar una iglesia construida en honor a un mártir.

Máximo de Éfeso. El filósofo pagano más conocido y milagrero del siglo IV. Julián cayó bajo su influjo mientras era estudiante en Pérgamo y lo invitó a la capital cuando llegó a emperador. Máximo tuvo enorme influencia durante el reinado de Julián, pero fue ejecutado en el año 371, en la persecución de los magos llevada a cabo por Valente.

Metropolitano. Obispo de una capital provincial. Como la organización de la Iglesia seguía el mismo modelo que el estado, tenía jurisdicción sobre los obispos de la provincia, cuyas fronteras seguían siendo las mismas a pesar de los cambios civiles. El metropolitano mandaba en la Iglesia junto con el patriarca.

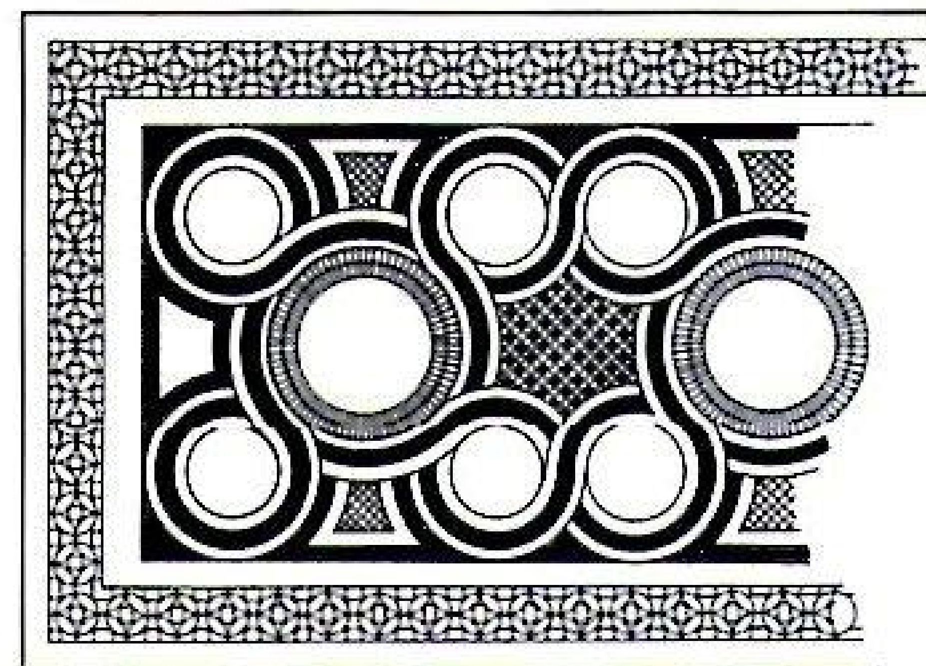
Milvio, Puente. Puente sobre el Tíber, al norte de Roma, en donde Constantino tuvo su visión de la Cruz y derrotó a Majencio en el año 312.

Mitra. Dios persa del sol, cuya devoción se extendió por el Imperio Romano en el siglo I d.C. Como Sol Invencible, el dios favorito del ejército, el culto a Mitra se difundió a lo largo y ancho del imperio, fue el centro de la religión oficial bajo Aureliano, y dios dominante hasta Constantino. En el siglo IV fue substituido por el cristianismo.

Monconys, Baltasar (1611-1665). Viajero francés cuya predilección por el ocultismo le llevó a buscar las huellas del zoroastrismo en el este. Visitó el Próximo Oriente y Turquía en 1645-1649.

Monofisitas. Seguidores de una facción cristiana que creía que Cristo tenía una sola naturaleza en vez de dos (la humana y la divina). La herejía se originó en Egipto a mediados del siglo V y pronto consiguió la fanática adhesión de las provincias orientales. Se supone que la oposición de estas regiones a la teología de Constantinopla facilitó las conquistas árabes.

Moros. Tribus de habla bereber de las montañas del norte de África que desafiaron durante mucho tiempo el gobierno de la región por parte de romanos y bizantinos. A finales del siglo III se habían apoderado de las provincias occidentales; más tarde, hicieron que la reconquista bizantina fuese precaria. Muchos moros, como **Gildo**, ocuparon puestos importantes al servicio imperial.



Mosaico

Mosaico. Tipo de decoración en el que los dibujos se forman mediante pequeños cubos coloreados; los bizantinos tenían especial predilección por los de cristal de colores. Bajo los romanos, los mosaicos se colocaban especialmente en el suelo, pero a finales de la antigüedad se ponían también en paredes y techos y siguieron siendo para los bizantinos la decoración preferida en las iglesias.

Mottraye, Aubry de la (1674-1743). Originalmente un ministro protestante, pasó gran parte de su vida viajando por el Imperio Otomano y por Europa. La narración de sus via-

jes, que contiene mucha información curiosa, se publicó tanto en inglés como en francés.

Muhammad II. Sultán otomano (1421-1451), hombre culto y de buen gusto, famoso por su conquista de Constantinopla en 1453. También extendió su imperio a Europa y Asia e incluso, poco antes de morir, llegó a establecerse en Italia.



Muhammad II

Nártex. Vestíbulo de una iglesia, que precede la nave central y las laterales y está separado de ellas por un muro o por una fila de columnas. En la Iglesia primitiva era el lugar desde donde los aspirantes al bautismo y los penitentes podían contemplar el servicio.

Nicea, Concilio de. Primer concilio ecuménico, que tuvo lugar en el año 325, para condenar la doctrina de los **arrianos**. Lo presidió Constantino, con lo cual estableció la supremacía del emperador en la Iglesia oriental.

Nicea, Segundo concilio de. Séptimo concilio ecuménico que se celebró gobernando Irene en el año 787 y al que asistieron 350 obispos y numerosos monjes. Anuló el concilio iconoclasta del año 754 y restableció el culto a las imágenes. Es el último que la Iglesia ortodoxa reconoce como ecuménico.

Odaenathus. Gobernador de la ciudad de caravanas de Palmira, en el desierto de Siria. Después de la derrota y captura de Valeriano en el año 260, defendió la causa romana en el este eliminando a los usurpadores e infligiendo una seria derrota a los persas. Asesinado en el año 267.

Odo de Deuil. Monje francés que acompañó al rey Luis VII en la Segunda Cruzada (1147-1148). Sus cartas a casa, refundidas en un solo relato, son la principal fuente de información sobre la Cruzada en Asia Menor y están llenas de invectivas contra los bizantinos.

Odoacro. General germano que ostentó el poder supremo en Italia con ayuda de las tropas bárbaras, en el año 476, y destronó al último emperador occidental, Rómulo Augústulo. Gobernó Italia como vasallo nominal del emperador occidental, pero cuando llegó a ser demasiado poderoso el emperador envió contra él a Teodorico, el **ostrogodo** que le derrotó y mató en el año 493.

Omeyas. Dinastía árabe, con capital en Damasco, que gobernó (661-750) en una vasta área que iba desde España hasta el Asia central y que frecuentemente entró en conflicto con los bizantinos. Los califas omeyas emprendieron dos grandes expediciones contra Constantinopla en los años 673 y 716.

Osman. Fundador tradicional y primer gobernante (1290-1326) de la dinastía **Otomana.** Hizo que su tribu nómada de la frontera bizantina se asentase, fundando un estado que controlaba como mínimo una gran ciudad.

Ostrogodos. «Godos del este» conquistados por **Atila.** Al deshacerse el imperio de los hunos se trasladaron a los Balcanes. Su rey, Teodorico (471-526) alcanzó una posición romana elevada y condujo su pueblo a Italia, en donde establecieron un reino. Después de su derrota por Justiniano, los ostrogodos volvieron a cruzar los Alpes y desaparecieron de la historia.

Otomanos. Tribu turca cuyo nombre se deriva de su primer dirigente histórico, **Osman** (1290-1326). Nombrados por los **selyúcidas** guardas fronterizos en Bitinia, en la frontera bizantina, se esparcieron a expensas del imperio tomando pronto las ciudades de Bitinia y cruzando hacia Europa en 1354, en donde conquistaron rápidamente los Balcanes. La dinastía fundada por Osman gobernó Turquía hasta 1922.

Pacomio, san (292-346). Monje egipcio organizador de la vida monástica cristiana. Después de servir en el ejército se convirtió al cristianismo en el año 314 y se retiró al desierto para hacerse ermitaño. Dedicó buena parte de su vida a organizar monasterios y vida en común para la gran cantidad de monjes de Egipto, trabajo que tuvo una influencia permanente.

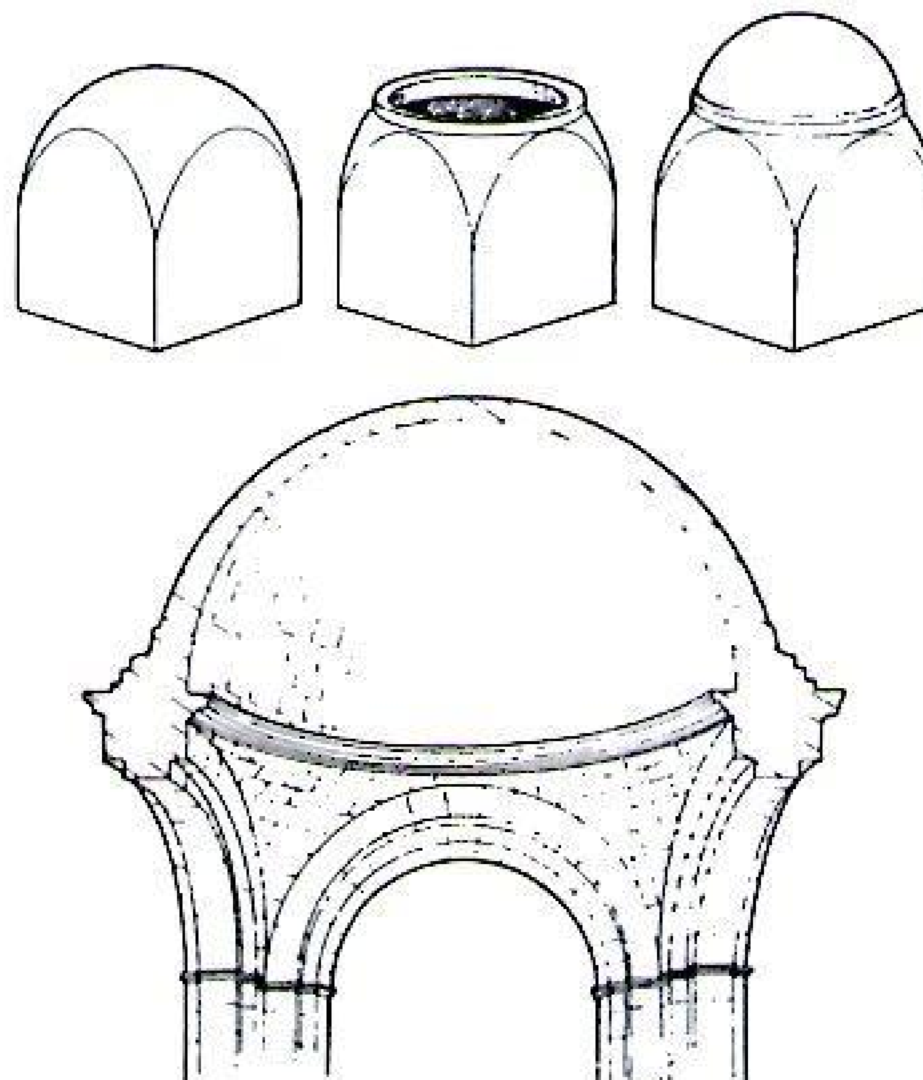
Paparregopoulos, K. Historiador griego moderno cuyos cinco volúmenes de su *Historia del Pueblo Griego desde la más Remota Antigüedad hasta los Últimos Años,* apareció en Atenas en 1860-1877. La obra es importante por la atención que dedica al período bizantino y famosa por sus opiniones partidistas y nacionalistas.

Patriarca. Título honorario que se daba a los obispos que ejercían su autoridad en grandes áreas. A finales de la antigüedad los obispos de Constantinopla, Antioquía, Jerusalén y Alejandría ostentaban este título, pero en el período bizantino generalmente se refiere al cabeza de la Iglesia de Constantinopla.

Paulicios. Secta cristiana que rechazaba las imágenes y la Cruz, alegorizaba buena parte de la doctrina cristiana e incorporaba muchos elementos de **dualismo.** Tuvieron fuerza en Asia Menor y, después de una violenta persecución bajo Teodora, fundaron un estado independiente en Tefrice, más allá de la frontera oriental, y atacaron el imperio hasta que fueron derrotados por Basilio I. Muchos fueron trasladados a Bulgaria, en donde difundieron su doctrina.

Pechenegos. Tribu turca de las estepas del sur de Rusia. Expulsados de su tierra natal en el año 889, fueron requeridos por **Simeón** de Bulgaria para atacar a los **magiares,** que ocupaban las tierras entre el Danubio y el Don. Tuvieron considerable importancia para la diplomacia bizantina como posible contrapeso a búlgaros, rusos o magiares, pero atacaron con frecuencia al imperio llegando, incluso, a poner sitio a Constantinopla en 1090, hasta que fueron derrotados y dispersados en 1122.

Pendentive. Pared hecha de un segmento de una esfera, que sirve para sostener una cúpula sobre arcos de columnas.



Pendentive

Peristilo. Patio rodeado de columnas, frecuente en casas de finales de la antigüedad y en edificios públicos.

Póstumo (259-268). General del ejército del Rin, bajo Valeriano. Se rebeló y fundó un estado independiente, gobernando Galia, Gran

Bretaña y España desde su capital, Tréveris. Defendió victoriosamente sus dominios contra el emperador y los bárbaros hasta que murió a manos de sus tropas, al no permitirles saquear la ciudad de Mainz, que se había rebelado.

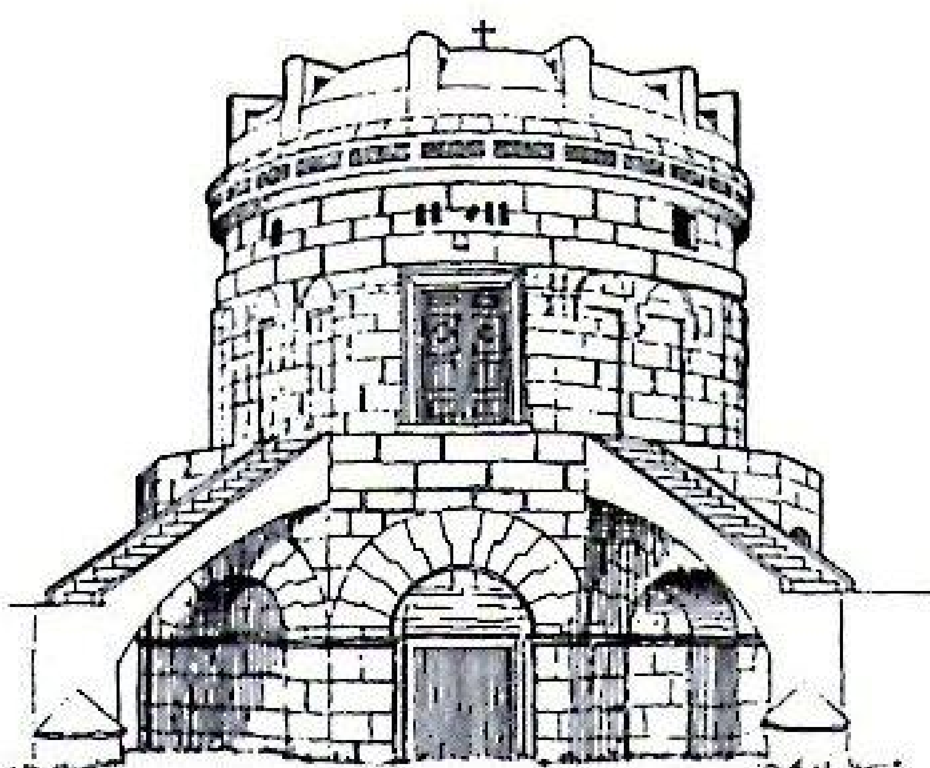
Pouqueville, François (1770-1838). Viajero francés que asistió a la campaña de Napoleón en Egipto y, a su vuelta, fue capturado por corsarios de Berbería y metido en prisión durante tres años en Grecia y Estambul. A partir de entonces, se le despertó un interés por Oriente Medio que le duraría toda la vida y que ampliaría con viajes posteriores, escribiendo numerosos relatos interesantes de la región.

Prefecto Pretoriano. Originalmente el jefe de la guardia personal del emperador, el prefecto evolucionó hasta llegar a ser jefe del gobierno civil bajo Diocleciano. Había cuatro prefectos, cada uno de ellos responsable de la administración de una extensa área: el más poderoso después del emperador era el prefecto del este, que controlaba Tracia, Próximo Oriente y Egipto. Este cargo desapareció durante las Edades bárbaras.

Prothesis. Estancia adjunta a una iglesia, normalmente adyacente con el **ábside**, que se usaba para preparar y guardar los materiales de la Santa Comunión.

Ramsay, sir William Mitchell (1851-1939). Erudito en lenguas clásicas y arqueólogo, que llevó a cabo continuas exploraciones en Asia Menor (1880-1914). Como profesor en Aberdeen, fundó una importante escuela que ha continuado sus investigaciones. Escribió varios libros e innumerables artículos sobre Asia Menor y sobre la historia antigua de la Iglesia. Su *Geografía Histórica de Asia Menor* (1890), si bien repleta de errores de hecho y de método, no ha sido sustituida.

Rotonda. Edificio redondo, especialmente el cubierto por una cúpula, forma que a veces se usaba a finales de la antigüedad para mausoleos e iglesias.



Rotonda

Sandys, George (1578-1644). Perspicaz viajero inglés que visitó Turquía, Egipto y Tierra Santa en 1610-1611. Publicó el relato de su viaje, pero es más conocido por su papel en la Colonia de Virginia y por su traducción de la *Metamorfosis* de Ovidio.

Santa Cruz. La cruz en que murió Cristo. Más tarde fue enterrada y descubierta milagrosamente por **Helena** en el año 326. Se construyó una iglesia para depositar la reliquia y otra en Roma (S. Croce in Gerusalemme) a la que se envió un trozo. Sacada de Jerusalén por **Cósroes II**, fue restituida por Heraclio y después llevada a Constantinopla durante la conquista árabe.

Sasánidas. Poderosa dinastía nacionalista que gobernó Persia desde el año 226 al 651, y compitieron frecuentemente con los romanos por el dominio de Oriente Próximo. El gobierno estaba muy centralizado y era fuertemente zoroastrista.

Schlumberger, Gustave (1844-1928). Historiador francés que popularizó los estudios bizantinos e hizo una labor importante estudiando monedas y sellos. Sus monumentales y prolijas obras de los siglos X y XI, aunque poco leídas actualmente, fueron extremadamente populares y nunca han sido reemplazadas.

Selyúcidas. Tribu turca del Asia Central que conquistó Persia a principios del siglo XI, tomó Bagdad en 1055, en donde su líder fue proclamado sultán y poco después comenzaron a atacar el Asia Menor bizantina. Después de su gran victoria en Manzikert en 1071, fundaron un estado en Asia Menor, con su capital en Konya (Iconium), que perduró hasta finales del siglo XIII.

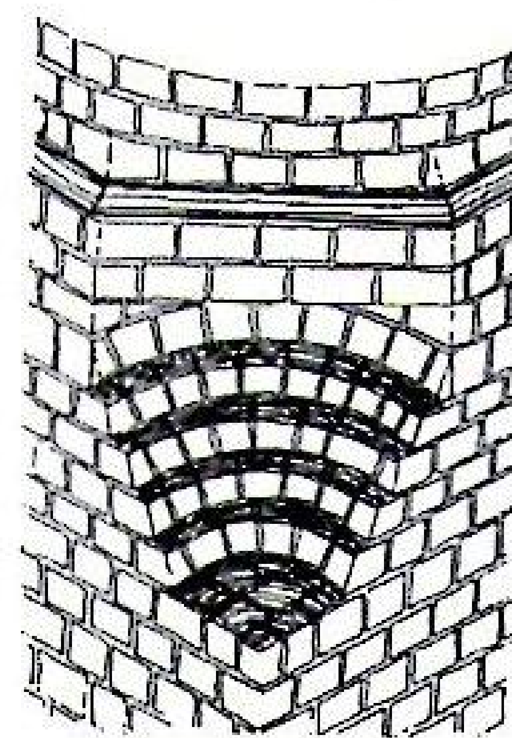
Senado. Originalmente un consejo con un gran papel en los asuntos de estado, pero reducido a finales de la antigüedad a un cuerpo de hombres ricos e influyentes. Ser miembro de los dos senados, de Roma y de Constantinopla, era un privilegio valioso y profundamente codiciado. El senado continuó existiendo durante el período bizantino con un papel ceremonial.

Siete Iglesias de Asia, Las. Comunidades cristianas del Asia Menor a las cuales se dirigió san Juan el Divino en el Libro de la Revelación. Se trataba de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Thyateira, Sardes, Filadelfia y Laodicea.

Simeón, zar de Bulgaria (893-927). Educado en Constantinopla y profundamente impresionado por la cultura bizantina favoreció su crecimiento en Bulgaria, en donde fundó una nueva y espléndida capital. Si bien se vio obligado a pasar buena parte de su reinado luchando contra los **magiares**, tenía pretensiones de ser emperador e infligió serias derrotas a los bizantinos, sitiando Constantinopla por dos veces.

Spon, Jacob (1647-1685). Médico y anticuario de Lyon que hizo un largo viaje a Grecia y Turquía en 1674-1676, durante el cual recogió más de 200 inscripciones y mucha información valiosa que publicó detalladamente. Escribió muchos otros trabajos sobre antigüedades y medicina.

Squinch. Serie de pequeños arcos situados en las esquinas de una estancia cuadrada para convertir su parte superior en un octágono que puede sustentar una cúpula.



Squinch

Strzygowski, Josef (1862-1941). Crítico de arte e historiador austríaco, primero en apreciar la importancia del Asia Menor en la historia del arte y de la arquitectura cristianos. Publicó diversos trabajos pioneros sobre el tema.

Suevos. Nombre de un grupo de tribus germánicas. Una de ellas cruzó el Rin en el año 406 y devastó Galia antes de fundar un reino al noroeste de España que sobrevivió hasta que fue conquistado por los **visigodos** en el siglo VI. Otra rama del mismo pueblo se instaló en una región del sudoeste de Alemania a la que dieron el nombre de Suabia.

Sultán. Título que se daba al gobernador del Imperio Otomano. Primero se aplicó oficialmente a los gobernadores selyúcidas de Mesopotamia en el siglo XI, para indicar que ejercían el poder material en nombre del **califa**.

Syagrius. Último defensor de la Galia romana que controló la parte norte de la provincia desde el año 464 hasta el 486, después de que el resto hubo caído ante los germanos. Fue derrotado por **Clodoveo** en Soissons y ejecutado.

Tema. Provincia de la administración bizantina militarizada del siglo VII y posteriores, que se deriva de una palabra que también quiere decir «ejército». En este sistema, originalmente el ejército tenía el control de una provincia, que estaba gobernada por un **estratego** o general.

Tetrapilar. Arco monumental de cuatro lados, normalmente construido en la intersección de dos avenidas principales y que con frecuencia señalaba el centro de la antigua ciudad o barrio.

Tetrarquía. «Gobierno de cuatro», término aplicado en tiempos actuales al gobierno de Diocleciano con sus cuatro emperadores: dos **augustos** y dos **césares**.

Texier, Charles (1802-1871) Arqueólogo francés que hizo largos viajes científicos al Asia Menor en 1833-1837 y 1839. Los resultados se publicaron en los tres monumentales folios de su *Description de l'Asie mineure* (1838-1848), una obra llena de planos detallados, dibujos y observaciones.

Timur (o Tamerlán). Gobernador mongol (1369-1405), famoso por sus fabulosas conquistas que iban desde las fronteras de China hasta el Asia Menor, en donde su rapidísima campaña deshizo temporalmente el poder de los otomanos. A su muerte se desintegró su imperio.

Tomás el Eslavo. General bizantino, compañero de armas de Miguel de Amorium y León V. Cuando este último fue asesinado, Tomás encabezó una revuelta que se ganó la adhesión de la mayor parte del Asia Menor. Se proclamó defensor de los iconos y puso sitio a Constantinopla en donde fue derrotado en el año 823. Sus rebeliones debilitaron tanto el imperio que los árabes pudieron apoderarse de Creta poco después y descender hacia Sicilia.

Vándalos. Tribu germánica del sur de Alemania que se trasladó al Danubio en el siglo III y en el año 406 cruzó el Rin devastando Francia antes de instalarse en España. En el año 429 toda la nación pasó a África, que pronto conquistaron fundando un reino que duró hasta que fue derrotado por Justiniano. A partir de entonces, desaparecieron de la historia.

Vicario. Bajo el sistema de Diocleciano un oficial del **prefecto pretoriano** que tenía autoridad fiscal y judicial en varias provincias agrupadas en una diócesis. En tiempos de Justiniano se creyó que el cargo era innecesario y generalmente se abolió.

Visigodos. Una de las naciones de los **godos** que cruzó la frontera romana en el año 376 huyendo de la invasión de **Atila**. Establecidos en los Balcanes después de la batalla de Adrianópolis pronto se trasladaron a Italia saqueando Roma en el año 410, antes de establecer su reino al sur de Galia (419-507) y después en España (507-711).

Wood, John Turtle (1820-1890). Arquitecto y arqueólogo inglés, el primero en llevar a cabo una excavación científica en Asia Menor. Excavó en Éfeso desde 1863 hasta 1874 y en 1869 consiguió su propósito inicial de descubrir los restos, profundamente enterrados, del templo de Artemisa que había sido en tiempos una de las maravillas del mundo antiguo.

Zar. En ruso y búlgaro, rey. En último término, se deriva de césar. De la misma manera, en esas lenguas Constantinopla es llamada «*Zarigrado*», la «ciudad del zar».

Zenobia. Viuda de **Odaenathus,** se hizo cargo del gobierno de Palmira cuando fue asesinado su marido y fundó un estado independiente que, en su apogeo, controló Egipto, Siria y la mitad del Asia Menor. Finalmente fue derrotada por Aureliano en el año 272, celebró su triunfo y se retiró a una villa cerca de Roma.